SHOUT
SHARE
IT

ÁLVARO ALCALÁ GALIANO

España

ante el

Conflicto Europeo

1914-1915

MADRID
1916

La Verdad sobre la Guerra,

Origenes y aspectos del Conflicto Europeo.

Obra escrita

por

Alvaro Alcalá Galiano.

(1)

La Vérité sur la Guerre,

Origines et aspects du Conflit Européen.

Traduit de l'espagnol

par

Alfred de Bengoechea.

Avant-Propos

de

Paul Hervieu,

de l'Académie Française.

(2)

The Truth about the War

by

Alvaro Alcalá Galiano.

(Translated from the original)

With Words by H. Wickham Steed

La Verdad sobre la Guerra,

Orígenes y aspectos del Conflicto Europeo,

(cuarta edición)

por

Álvaro Alcalá Galiano.

La Vérité sur la Guerre,

Origine et aspects du Conflit Européen,

traduit de l'espagnol

par

Alfred de Bengoechea.

Avant-Propos

de

Paul Hervieu,

de l'Academie Française

The Truth about the War

by

Álvaro Alcalá Galiano.

(Translated from the spanish)

Fisher Unwin. Ld. London

El estudio de Álvaro Alcalá Galiano, sobre las causas verosímiles y probables de la guerra europea, no es, solamente, la revelación de un entendimiento fornido y de un caudal de lectura que pocos hombres han acumulado a la temprana edad del joven y brillante escritor; es también un noble gesto de asco, imposible de reprimir, para un espíritu generoso, ante el presente espectáculo de barbarie que están dando las naciones.

MANUEL BUENO, en el *Heraldo de Madrid*.

El folleto del Sr. Alcalá Galiano no es un alegato frío y calculado; tiene la exuberancia cordial de la oratoria, que es tal oratoria; hablada o escrita, pues escrita la hay también y abunda en periódicos y piezas literarias menores. Es, además, este opúsculo un acto de independencia por parte de un escritor joven, procedente de un medio social donde, al parecer, predominan ideas opuestas a las que en dicho folleto se defienden.

E. GÓMEZ DE BAQUERO, en *El Imparcial*.

El folleto de D. Álvaro Alcalá Galiano, **La Verdad sobre la Guerra,** ha producido en Francia grata, honda y saludable impresión. Saludable, porque ha venido á mitigar los recelos y desconfianzas que inspira el estado de nuestra opinión pública, con la gran ventaja de su procedencia, por el hecho de juntarse, en este caso, la representación de un intelectual con la representación de un aristócrata.

«JUAN DE BÉCON», en *La Epoca*.

El joven y distinguido escritor D. Álvaro Alcalá Galiano, que ha obtenido ya muchos éxitos literarios, acaba de publicar un tomo interesantísimo y de gran actualidad, que lleva el título **La Verdad sobre la Guerra:** *Origen y aspectos del conflicto europeo*, en el cual ha reunido

todos los documentos e impresiones que han de influir en la opinión de la gente deseosa de conocer los acontecimientos.

La Correspondencia de España.

Escrito «bajo la impresión de recientes discusiones y lecturas», según honradamente confiesa el autor, en el prólogo, claro es que el libro no puede hallarse absolutamente libre de apasionamientos; pero como el Sr. Alcalá Galiano se ha tomado la molestia de pensar, buscando siempre elevación para sus puntos de vista, y como, además de pensar, ha estudiado los antecedentes del conflicto, abundan en su obra atinadas observaciones y comentarios y juicios personales llenos de interés.

Diario Universal.

... **La Verdad sobre la Guerra,** si bien delata un temperamento brioso y apasionado, no hace olvidar al hombre estudioso; al observador certero y agudo; al político súbdito del ideal que sustenta; al aristócrata que, palmo a palmo, conoce la cultura y la nación por él comentada; al hábil discutidor, al fervoroso apóstol que, cual encendido por la lumbre interior de su fe, graba en el ánimo del lector las doctrinas por él pregonadas.

ADRIÁN DE LOYARTE, en *El Pueblo Vasco.*

El autor, D. Álvaro Alcalá Galiano, lleva un apellido que ilustró el siglo pasado, en la vida política de su patria. Ya nos era muy ventajosamente conocido como novelista, así como por un estudio sobre la novela moderna en España y por sus libros *Impresiones de Arte* y *Del Ideal y de la Vida*. Esta vez ha condensado, en menos de cien páginas, el alegato mejor concebido para ganar la causa de los aliados, ante aquellos compatriotas suyos en quienes puedan subsistir aún irreflexivos convencionalismos.

PAUL HERVIEU, de la Academia Francesa. *(Prefacio de la traducción francesa.)*

Hay *germanófilos* en España, incluso entre los liberales, los republicanos y los socialistas; y *francófilos* incluso entre los miembros del clero y de la nobleza. Pongo como ejemplo **La Verdad sobre la Guerra,** una obra de forma concisa y pura cuyo joven autor, lleno de talento, M. Álvaro Alcalá Galiano, hijo del antiguo Embajador de España en Londres, pertenece a la aristocracia católica. Los hechos, expuestos con franqueza y vigor, las ideas grandes y elevadas de derecho, de justicia y de humanidad, atraerán a cuantos haya ofuscado el *bluff* colosal de Germania.

MAURICE BARRÉS, de la Academia Francesa, en *L'Echo de Paris.*

Tan buen sentido, tanto rigor en el razonamiento y tanta claridad en la expresión, causan una impresión reconfortante. La dialéctica muy oportuna del Sr. Alcalá Galiano, seguros estamos de que triunfará sobre muchas ideas preconcebidas y que hará caer muchas anteojeras. Escribiendo páginas tan repletas de verdades, el autor ha prestado a sus compatriotas un eminente servicio, a la vez que ha dado prueba de un valor cívico por el cual se le debe felicitar ampliamente.

A. MOREL-FATIO, en *La Revue des Deux Mondes.*

En su obra de polémica y de propaganda, **La Verdad sobre la Guerra,** el Sr. Alvaro Alcalá Galiano ha reunido, con el propósito de combatir al partido «germanófilo» español, los principales argumentos que demuestran, con toda evidencia, la responsabilidad de Alemania en la guerra europea, sus apetitos ilimitados, su deformación moral, su culto exclusivo de la fuerza.

MARCELL ROUFF, en el *Mercure de France.*

Tenemos verdadero gusto en discernir, bajo la discreción de un lenguaje atento en observar la neutralidad

nacional, un sentimiento de justicia debido a la causa de los aliados, y nos apresuramos a expresar nuestra gratitud al talento lleno de erudición que nos ha expuesto las simpatías que siente por Francia la caballerosa España.

Le Gaulois.

El autor, después de haber señalado los excesos monstruosos cometidos por los alemanes en Bélgica y en Francia, analiza las teorías que ha engendrado Alemania desde Fichte hasta Von Bernhardi.

Le Temps.

Para orientar a sus compatriotas y para decirles, a veces, verdades bastante amargas, el Sr. Alcalá Galiano traza los orígenes del conflicto y los lazos que los agentes alemanes tienden a la hidalga España. Han querido servirse de ella, en el orden espiritual, como en el orden material se han servido de Turquía.

Journal des Debats.

En un prefacio que encierra, acaso, las últimas líneas que haya escrito, Paul Hervieu ha hecho un bello y sobrio elogio del autor y de su traductor el poeta hispano-francés, A. de Bengoechea. Este librito es un alegato en defensa de la verdad y de la civilización, obra de un espíritu independiente y luminoso, como nacen a menudo en la patria de Cervantes.

La Revue, de París.

Esta traducción del llamamiento de un escritor español a sus compatriotas, hará comprender a los ingleses las fuerzas contrarias que forman la opinión española respecto de la guerra. Con admirable claridad y elocuencia, el autor analiza el conflicto y denuncia la propaganda *pangermanista* como fatal para los intereses de su patria.

The Times.

Se trata de un folleto de 47 páginas, y es un excelente resumen de la guerra, dado el espacio en que está condensado el problema. Se ha traducido al inglés y, al revés de lo que suele pasar con otras traducciones, resulta de fácil y amena lectura. Con un estilo de lo más claro, el autor señala los verdaderos instintos belicosos de Alemania.

The Morning Post.

Siempre es interesante el saber lo que piensa un extranjero inteligente sobre los actos de sus propios compatriotas, sin dejarse influir por el ambiente nacional. **La Verdad sobre la Guerra** es la traducción de un folleto español que vale la pena de leerse, puesto que España es de las pocas naciones europeas que, al parecer, permanecerán alejadas del conflicto actual.

The Spectator.

La Verdad sobre la Guerra es una pequeña obra sobre el origen y aspectos del conflicto europeo, traducida del español, que escribió D. Álvaro Alcalá Galiano...

Hay, por lo menos, un pensador en España que se ha dado cuenta del verdadero estado de las cosas.

Nottingham Guardian.

Muchos escritores han dado su opinión respecto al modo de ver las terribles dificultades del conflicto: algunos, como el español Alcalá Galiano en **La Verdad sobre la Guerra,** condenan esta misma guerra por su falta de miras elevadas, su esterilidad y sus desastres incalculables.

The Review of Reviews.

El Sr. Alcalá Galiano habla claro en su librito acerca de Alemania, de la *kultur* y de Nietzsche. Empieza describiendo la bancarrota de la civilización y de la religión; las salpicaduras del socialismo y del internacionalismo que

la guerra ha esparcido por toda Europa. Termina preguntándose: «¿Cuál será el resultado de toda esta ruina y desolación?»... Su misma respuesta es: «Nadie puede preverlo.»

New India (Madras).

Según parece, hay una gran divergencia de opiniones en España respecto á la guerra, y el Sr. Alcalá Galiano ha tomado la pluma contra los *germanófilos* que, a juzgar por lo que nos dice, deben ser muy numerosos entre los españoles.

The Japan Chronicle (Japón).

El Sr. Alcalá Galiano ha conseguido en la aristocracia y en el público en general un gran éxito con este libro, escrito para combatir las opiniones erróneas que la propaganda alemana trata de introducir en España.

The New York Herald.

Librito muy discutido en España y digno de meditarse.

La Obra, de Buenos Aires.

El escritor español Alcalá Galiano, en un libro reciente cuyas numerosas ediciones se han agotado en pocos meses, ha definido con extraordinaria claridad la verdadera esencia del imperialismo británico. El hecho tiene su importancia en España, país de grandes arranques idealistas, y donde una politiquería clerical y de tauromaquia había explotado, en contra de Inglaterra, la espina fantástica de Gibraltar.

El Día (Montevideo).

España ante el Conflicto Europeo

1914-1915

13p
23467e

ÁLVARO ALCALÁ GALIANO

España

ante el

Conflicto Europeo

1914-1915

292213
16. 10. 33

MADRID
1916

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL LECTOR

Este libro ha sido escrito durante el verano y el otoño de 1915; es decir, en plena guerra europea. Reflejan sus páginas, en parte, la opinión española, y en parte las evoluciones del conflicto europeo, vistas por un espectador desde este lado de los Pirineos.

Dejando correr la pluma a compás de los acontecimientos, han quedado impresas en mis páginas las mil fluctuaciones del aspecto político y del militar en esta etapa histórica de 1914 a 1915. Así, en lo que se refiere a la política española, el Gabinete Dato rige nuestros destinos en los primeros capítulos de mi obra y en el último cambia el decorado nacional con la subida al poder del partido liberal. El lector no tiene, pues, más que recordar los sucesos del último año que ha pasado ya a la Historia, para vivir en plena actualidad.

España ante el Conflicto Europeo es como una ampliación de lo esbozado en *La Verdad sobre la Guerra*. Pero ésta fué una obra de polémica, lanzada como refutación a toda una campaña de calumnias, errores e intereses que desorientaban a la opinión pública, mientras que la de ahora, escrita con mayor serenidad, si bien con igual convencimiento, es obra de análisis y de observación. Describen sus páginas el estado de opinión del público español, más que la tragedia misma, y a falta de otras cualidades, el libro, al menos, revelará al lector una gran sinceridad, en la cual no influyen ni el medio ambiente, ni prejuicios de clase, ni «etiqueta» de partido.

El Autor.

I

LOS PROGRESOS DE LA CIVILIZACIÓN

Al estallar el magno conflicto de la civilización, que hemos llamado la «guerra europea», España, una vez declarada la neutralidad, para calmar sus inquietudes, se conmovió y agitó en pro o en contra de los beligerantes con el ardor del público romano presenciando la lucha de los gladiadores en el circo.

Esta vez el circo era la vasta arena de Europa, y el espectáculo visto desde este lado de los Pirineos prometía ser «gratis», aunque luego hayamos pagado, también, nuestra parte involuntaria en los gastos que había de causar la tragedia universal.

Por el momento, el vulgo, siempre infantil e impresionable, no advirtió las consecuencias, sino el interés enorme, palpitante de la lucha gigantesca... ¿Vencerá Alemania?... ¿Se defenderá Bélgica?... ¿Resistirá Francia?... ¿Qué hará Inglaterra?...

Las apuestas, las suposiciones, las noticias, corrían de boca en boca con ansiedad febril. Somos muy dados a las emociones violentas. No en balde son las corridas de toros nuestra fiesta nacional. Íbamos, al fin, a ver los toros... «desde la barrera», como se dijo hasta en la prensa. También oímos, entonces, aquello de... «ahora les toca a ellos»; lo cual quería decir que pasado el mal rato del desastre colonial, ante una Europa espectadora, la suerte nos favorecía en el actual momento histórico, haciéndonos ahora espectadores.

El primer cañonazo en Europa trajo, como es natural, pánico, incertidumbre, espectación, interés, y sobre todo, un general asombro. La mayor parte de las gentes no creían probable una conflagración europea. Las teorías pacifistas, los Congresos de la Paz, el «internacionalismo» obrero, habían desviado, hasta estos tiempos recientes, la atención pública de las teorías agresivas de algunos escritores alemanes, de los armamentos colosales de Alemania, de la competencia entre el Imperio y la Gran Bretaña al construir ambas sus naves con febril impaciencia y creciente rivalidad... Oíamos con frecuencia decir en charlas políticas: «¿Veremos la guerra naval de Inglaterra y Alemania?»... pero se hablaba de ello como de un peligro menos próximo y terrible que otras evoluciones de nuestra civilización.

Acaso la guerra, en el exterior, haya retrasado un tanto otras guerras interiores; no creo que

las borre, como se figuran los militaristas. Estas amenazas, paralizadas en la hora actual, constituían un grave peligro en cada país. Era el formidable avance del socialismo, el asalto del radicalismo al capital, escalando primero los parlamentos, después los gobiernos. Era el problema obrero, los sindicatos, las huelgas, unas veces con legítimas aspiraciones, otras con carácter marcadamente revolucionario que producían el choque inevitable de las dos fuerzas contrarias: la masa obrera y las tropas, el pueblo y la tradición, la revolución contra la autoridad.

En algunos países, la anarquía había vencido todo obstáculo, saciando su sed de odio y de venganza con el apodo de República; véase el triste y vergonzoso desquiciamiento de Portugal, entregado a las turbas de aventureros políticos que expoliaron a la Monarquía y hoy explotan a un pueblo engañado... Y, sobre todos los tronos y todos los caudillos gobernantes, bien fuesen radicales o conservadores, amenazaban de continuo los trágicos nubarrones del atentado; caían víctimas del crimen un Rey Humberto, una Emperatriz de Austria, un Carnot... y también un Cánovas, un Stolypin, un Canalejas. El socialismo revolucionario y el anarquismo disolvente parecían las dos más graves amenazas de esta humanidad «culta» y «progresiva», cuyas armas son la violencia y la destrucción, lo mismo entre los individuos que entre los distintos Estados europeos.

La guerra ha empequeñecido todas estas cosas, haciéndolas desaparecer momentáneamente. Los problemas sociales padecen un eclipse. No hay que suponer, por eso, que han dejado de existir. Volverán con la paz, más apremiantes, más amenazadores. Si el «militarismo» vence en la hora actual, quizá venga luego una formidable reacción contra su agresiva preponderancia, cuando de entre las ruinas humeantes aparezca, siniestra, la muerte triunfadora, coreada por el hambre y la miseria. ¡Negra pesadilla que debe turbar ya a algunos ministros y soberanos responsables!...

A pesar de que dice Treischke, y repiten sus admiradores inconscientes, que «... *entre los pueblos civilizados la guerra es la única forma del progreso*», la guerra no es más que un lamentable retroceso en la Historia. Podrá ser un «progreso material» para el usurpador, como lo es para el ladrón y el criminal el asaltar al prójimo y robarle su dinero. Eso es indiscutible. Pero huelgan entonces las palabras «progreso», «civilización», «cultura» y otros motes con que pretenden adornarla los modernos profesores alemanes.

Despójese de sus ropajes de falso idealismo y llámense las cosas por su nombre: «codicia», «robo», «violencia», «crimen». Criminales son los monarcas y los políticos que, por ambición personal o anhelo de conquistas, provocan una guerra y lanzan millares de víctimas al abismo

de la muerte. Así se explica que después de algunas guerras, sea terrible el despertar de los pueblos derrotados y estallen sangrientas revoluciones. El pueblo vencido quiere liquidar las cuentas, y no hay botín para reparar tantas pérdidas de hombres y dinero. Y entonces se desborda la ira colectiva y la sed de venganza confundiendo, en su ciego furor, a inocentes y culpables.

Mientras dura la lucha, el patriotismo apaga los rencores de los partidos políticos e idealiza la causa de la guerra. En la guerra lo que se pide es síntesis, acción; no análisis y espíritu crítico. Si las masas tuviesen esa frialdad de ánimo al juzgar los hechos de sus gobiernos, acaso disminuiría un tanto el patriotismo de los pueblos. Leyendo la Historia serenamente, aumenta en nosotros la convicción de que no hay más que una guerra santa, legítima: la de un pueblo que defiende su territorio patrio contra el invasor. Fué lo que hizo noble y heroica nuestra guerra de la Independencia contra Napoleón. En la conflagración actual europea, es lo que dignifica la causa de Francia, invadida otra vez por los alemanes, sus implacables vencedores. Hace de Bélgica, un país pequeño en el mapa y grandioso en la Historia; un país que no quiso claudicar su nacionalidad ni servir de objeto utilizable por miedo y servilismo. Digna también de mención es Servia, de quien el Imperio Austro-Húngaro, acaso inspirado por un vecino despótico, exigió unas condiciones vergonzosas y humi-

llantes. El caso era provocar una negativa y hallar pronto un pretexto, aun cuando fuese malo, para encender la mecha.

Si la anexión de la Bosnia y la Herzegovina trajo, como represalias de una raza humillada, el terrible atentado de Sarajevo, ¿imagina el lector qué foco de legítimas venganzas no sería el día de mañana Bélgica, sometida al yugo alemán? Si esto, en efecto, sucediese y fueran los Príncipes prusianos a visitar sus nuevos Estados, amparándose en las tropas y la policía, ¿iba a sorprender a nadie una repetición de Sarajevo?

No; sería el natural recibimiento que el hambre, la ruina y el patriotismo herido, dispensaran a la tiranía. Vencidos y pisoteados el derecho y la justicia por las armas, no tendrían más remedio que hacer uso de las mismas, contra los usurpadores.

Los entusiastas partidarios del militarismo prusiano, dicen a esto y a todo: «*¡La guerra es la guerra!*» Tanto equivale decir con Perogrullo, inspirador de aquella frase: «el robo es el robo», o bien «la fuerza es la fuerza»... Todo ello es muy cierto, por desgracia. Lo triste es no poder decir, en pleno siglo XX: «la razón es la fuerza» o «el derecho es nuestra ley». Haber vuelto a las mismas carnicerías humanas de otros tiempos, sin idealismos religiosos o caballerescos, ni más pretexto que el dinero y la «expansión territorial», prueba que somos gente muy despreciable comparada con el hombre pri-

mitivo de las cavernas, que no presumiría de «cultura».

Y a esto dirán los «superhombres» prácticos y modernos que desdeñan los «sentimentalismos»... ¿pero en qué cabeza humana, no siendo la de un soñador, cabe el creer en una paz universal, mientras haya naciones y fronteras?...

Bueno será insistir en que no hemos creído semejante absurdo. La guerra podrá ser una de las mayores plagas humanas, pero el deber de la civilización consiste en sofocarla, como hacen la ciencia y la higiene en las ciudades, aislando las epidemias. Decir que «siempre ha habido guerras», como un mal irremediable, equivale a decir que todo ser humano ha de morirse, y que huelgan, por lo tanto, cuidados inútiles, recetas facultativas y consultas de médicos. Con tan «sanchopancesca» teoría, claro está que al primer catarro fuerte se iba uno al otro mundo sin necesidad de medicinas. La ciencia médica y la cirugía no habrían dado un paso en estos veinte siglos, puesto que no habrían de suprimir la muerte.

Pero el sentido común y la experiencia nos dicen que la ciencia y el progreso pueden con frecuencia vencerla y alejarla en varios casos. Ya no se mueren las personas de los mismos males que se morían hace un siglo. Hay enfermedades, antes incurables, que hoy tienen rápida y fácil curación. Y aun sabiendo la muerte inevitable, el ser humano, egoístamente, prefiere,

enfermo y todo, seguir viviendo a dejar de existir. Si está sano y bueno, soñará como suma felicidad morirse de viejo.

Las mismas observaciones son aplicables a la vida de los pueblos, aunque sean «débiles», y según los apóstoles del *militarismo,* «no tengan derecho a la vida».

Con tan rigurosas medidas me temo que iba a estar nuestro planeta muy poco habitado. Claro está que para el General von Bernhardi, teorista «neroniano», el ideal sería que lo habitaran sólo los alemanes. Desde su punto de vista, es todo un programa patriótico, no cabe negarlo. ¡Lástima grande que la Providencia, al hacer el mundo, no tuviera esto en cuenta, y poblara el universo de tantas razas menos «cultas», aunque a veces más humanas! Verdad es que en tan remotos tiempos bíblicos y en los orígenes del cristianismo, la Providencia siguió mostrando cierta preferencia por los humildes, los perseguidos y los pobres. Luego, dejando a un lado la Biblia y los Evangelios, incompatibles con la «misión providencial» de los pueblos modernos, cultos y progresivos, la Providencia, siempre sabia en sus decisiones, acabó por «germanizarse», y sin quitarle del todo sus amplios poderes de «representación» al Vaticano, confió sus intereses, por lo visto, a los ejércitos del Kaiser, con grandes muestras de regocijo por parte de muchísimos católicos latinos y, lo que es aún más raro, de multitud de clérigos.

Sin duda en el clamor de la lucha se ahogó el eco de aquellas palabras: «... *mi reino no es de este mundo*». Tales son los ciegos impulsos humanos, que aun en aquéllos a quienes vemos apartarse desinteresadamente del mundo, sus pompas y vanidades, puede más, a veces, el amor a un régimen político, que el espíritu de conformidad ante los males del siglo o la aureola del martirio y del sacrificio.

***

Ante el trágico espectáculo que representa Europa, hay que aceptar humildemente el fracaso de la civilización. La palabra «fracaso» no es excesiva. Otro tanto diríamos de la organización sanitaria de un país que no hallara medio de sofocar una epidemia de tifus o de cólera, aislando los focos de infección. Europa en guerra por un conflicto austro-servio, refleja algo más desolador que la bancarrota de la diplomacia y de las teorías pacifistas; es la resurrección del espíritu primitivo con los refinamientos de la ciencia. Equivale a un ataque de parálisis que detiene el progreso de la humanidad... De los tratados, de las conferencias y de los Congresos de la Paz, puede decirse, como Hamlet: «... *palabras, palabras, palabras*»... En cuanto a las restantes naciones neutrales, viendo esta magna y brutal hecatombe con los brazos cruzados, hacen el efecto de unos bomberos que presenciaran

tranquilos un colosal incendio, en vez de apagarlo.

Aunque en la historia de los pueblos europeos hubo guerras injustas, agresiones feroces y tiranías incalificables, la Historia del siglo xx habrá contribuído, vergonzosamente, a glorificar la «fuerza bruta» al hacer la apología de la guerra. Nunca podrá aceptar la verdadera civilización las teorías de los «superhombres» alemanes, que han precipitado a su Imperio en esta lucha mundial. Aunque Moltke haya dicho que: «... *la guerra es un eslabón en el divino sistema del Universo*», y Von Bernhardi, que «... *la guerra es el factor más grande en el avance de la cultura y del poder*» (!), a nosotros, los «decadentes» civilizados, nos parece la guerra el resurgimiento de la barbarie antigua que hemos debido combatir y eliminar como una plaga, en vez de fomentarla en libros y en discursos. Si algunos lectores belicosos son capaces de entusiasmarse con estos «filósofos del militarismo», que no son más que «apaches» intelectuales, despreciando leyes, tratados, razones y sentimientos humanitarios, vuelvan la vista a Bélgica y digan si para este país, hoy arruinado, ha sido la guerra... «un avance en la cultura y en el poder» ¡Quien escribió estas líneas, paradójicas y absurdas, sólo debió pensar en el triunfo despótico del Águila Imperial, saciando sus desenfrenados apetitos en la sangre y los despojos de otros pueblos destrozados!...

La guerra ofensiva no puede nunca repre-

sentar el derecho y la justicia. El valor, el heroísmo, la caridad, son casos aislados que no idealizan, a pesar de sus ejemplos, su vergonzoso origen: la codicia y el odio. Y aun mirada bajo su aspecto práctico, la guerra es la bancarrota del progreso; un eclipse de la razón humana. Nada puede compensar los millares de vidas segadas que pudieron servir para las artes, las letras, las ciencias, la civilización, y han servido sólo de carne de cañón... Millones gastados en armamentos y en acorazados que se van a pique en unos minutos... Hambre, miseria, emigración de muchedumbres... Ciudades en ruinas, monumentos destrozados, cataclismos financieros hasta en los más remotos confines de la tierra... ¿Dónde está entre tantos horrores ese «avance en la cultura?»...

No lo vemos, pero es, sin duda, por un absurdo sentimentalismo. Nuestro «superhombre» *pangermanista* dice, como el anarquista, que es preciso destruir para construir los Estados modernos. A fin de llevar a cabo con la mayor rapidez posible esta necesaria operación quirúrgica que salve a tiempo a la humanidad, no se ha reparado en gasto alguno al preparar los utensilios. Como siempre, la organización sanitaria de Berlín previó todos los casos y todas las medidas; admirables ejércitos, colosales morteros, taubes y «zeppelines», bombas y hasta gases asfixiantes... Era preciso «regenerar» Europa, extirpando radicalmente toda raza decadente y pueblo moribundo

que perjudicara su organismo vital: Prusia. Nadie, por obcecado que sea, puede negar los grandes progresos realizados por el Imperio alemán para su «obra redentora». Antaño, tras largas y fatigosas luchas, morían miles de hombres. Hoy, gracias a los progresos de la artillería, mueren cientos de miles con relativa facilidad. Se recibe una lluvia de fuego sin saber de dónde, y se muere uno sin ver quién le ha matado. La ciencia militar, al extender tanto las distancias, ha dificultado la estrategia, pero ha proporcionado a los beligerantes el placer de no verse casi nunca. Los «dreadnoughts», que tardaron meses en ser construídos, se van a pique en unos minutos, gracias a la pericia de los submarinos. Esta es otra gran ventaja, no bastante apreciada desde el punto de vista humanitario; son pocos los que se salvan, pero la habitual rapidez del hundimiento acorta los sufrimientos. Y así los «zeppelines», que no habían sido de gran utilidad durante la paz, traen a las ciudades la viva expectación de nuestros premios de loterías. Nunca se sabe dónde caen, ni cuántas bombas tienen la atención de echar al indefenso vecindario, repartiéndolas equitativamente entre hombres, mujeres y niños. Algunos anticuados persisten en creer que esto no tiene utilidad bajo el aspecto militar. Se equivocan: estos medios se emplean para aterrar al enemigo, agotar su paciencia, destruir su resistencia física o moral.

El Estado Mayor alemán, en su patriótico

afán de llevar a cabo esta dificilísima operación quirúrgica inaplazable, llegando cuanto antes con su bisturí al tumor infeccioso, París, todo lo tenía previsto. Ni las neutralidades, ni los «pedacitos de papel», ni los pactos harían vacilar su estoica serenidad ante una guerra «necesaria». Pero el organismo humano a veces proporciona grandes sorpresas a los sabios de la cirugía, y el bisturí prusiano tropezó con un quiste inesperado: Bélgica. Ya sabemos el resto...

Europa, casi adormecida por el cloroformo del «pacifismo», auxiliar de sus operadores, ha vuelto en sí, y a estas horas el paciente lucha contra los cirujanos que intentan seguir su operación con ligaduras y sin anestésicos...

***

La guerra de 1914, con sus modernos adelantos, hace de las guerras anteriores unos juegos de niños. Alejandro, César, Napoleón, se quedarían asombrados al ver el «progreso» de la humanidad y sus nuevos medios de destrucción. «¡Lo que va de ayer a hoy!», diría el prisionero de Santa Elena, sepultado en el Panteón. Pero, acaso, al contemplar las inmensas hecatombes de Bélgica, de Rusia y de Polonia, tuviera el gran artista de la guerra, un gesto de desdén para esta hecatombe europea sin arte, sin belleza, sin reglas, sin piedad, que difícilmente

hallará el pincel de un Meissonier capaz de idealizarla.

La guerra, en sí, puede sólo idealizarse al través del arte, de los cuadros, de los libros, y, sobre todo, al cabo de los años. El tiempo, atenuando el efecto de los odios y de los rencores, nos permite hoy la admiración hacia un Napoleón, invasor de España, como hacia un Bolívar, libertador de la América latina (1). Contemporáneos suyos no habríamos sabido, como españoles, más que odiarles.

La guerra, idealizada por toda una retórica admirativa, es una plaga espantosa que debimos vencer y sofocar. Queden los conquistadores para lucir en los museos, entretenernos en los libros y ser admirados en los monumentos; tal debió ser la orientación social del siglo xx. Y observe el lector que el «pacifismo» no es un sueño «antimilitarista», sino antibelicoso. No se dice

---

(1) No obstante, dejando aparte la mentalidad y el carácter de esos dos colosos de la Historia, es más hermosa y humana la obra de Bolívar, que dió la libertad a varios pueblos, luchó por la Independencia y desligó a todo un continente de la vieja Europa, que la epopeya napoleónica, verdadera sangría mundial, sin provecho para ninguna de las naciones conquistadas o vencidas, ni siquiera para Francia. Napoleón es el sublime egoísta cuya trágica aureola inspira pavor y admiración. Su obra genial de conquistador se desvanece en Waterlóo, no dejando sino el recuerdo. Él mismo, en Santa Elena, parece el fantasma de su Imperio muerto.

«suprimir el ejército», sino *evitar la guerra*. No se intenta acabar con las Juntas de Sanidad, sino con la epidemia. En cuanto a la diplomacia, debió ser una medida *preventiva*, no ofensiva y demoledora. Su preparación incesante ha contribuído a fomentar el incendio, en lugar de apagarlo, que es para lo que sirven los bomberos...

Y en el gran incendio que enrojece el horizonte de Europa, España quedó cruzada de brazos, mirando la hoguera mundial, sin saber aún si el viento traerá hacia acá las chispas e incendiará lo nuestro.

II

LA NEUTRALIDAD Y LA OPINIÓN

¿Qué hubiera sido de España de no haber sido declarada la neutralidad por el Gobierno del Sr. Dato?...

En la memoria de todos están aquellos días de inquietud, de apasionamiento, de acaloradas discusiones. Mil rumores confusos agitaban a diario ese caos de la opinión pública, incierta, voluble, impresionable y sin rumbo fijo, cuya ideología se ha formado sólo en los artículos de periódicos. Y como en los comienzos de la guerra no llegaban las noticias, éstas se fabricaban con gran urgencia en las redacciones bajo el encabezamiento de «partes oficiales».

Únicamente no conociendo este país puede uno sorprenderse de la lucha verbal y escrita que se ha entablado aquí durante la guerra europea. En los primeros momentos la confusión fué enorme y el vocerío ensordecedor. Hasta reconocerse los partidarios de unos y otros ban-

dos, reinó una verdadera anarquía. Luego, los ataques han sido colectivos y han pasado de las polémicas personales al artículo, al libro y al discurso político.

Nunca hubo en España ni aspiraciones nacionales, propiamente dichas, ni comunidad en las ideas, ni fraternidad en los sentimientos. La Historia de España, con sus guerras civiles, sus luchas interiores, sus fracciones políticas, es la de una anarquía bajo la corona real. Este es el país de las «individualidades» y de los antagonismos. Antagonismo de reyes, primero; de nobles, después. Más tarde rivalidad de partidos y eterna codicia del poder. Siempre hostilidad de clases, de creencias, de opiniones, y, sobre todo, incompatibilidad de razas, de regiones, que hacen de nuestra tierra un pintoresco mosaico ingobernable. ¿Hay algo más vago y abstracto que el llamarse español? Para el extranjero puede parecer esto, a primera vista, una clasificación étnica. Para nosotros, no. Vemos un abismo entre un catalán y un castellano; entre un andaluz y un gallego. El mapa ha marcado diferencias imposibles de borrar; de ahí se explica nuestra falta de unión social y nuestro tibio patriotismo.

También, quizá, pueda explicar ésto el porqué de tan diversas opiniones: el *germanofilismo* de unos, el *francofilismo* de los otros y el *sancho-pancismo* de los más; cómoda postura de indiferencia en cuanto a la guerra europea que adoptan varios patriotas: «para no discutir», según

dicen. Pudiera decirse: «para no discurrir...» es más exacto.

Los preludios de la guerra despertaron, sin embargo, la conciencia adormecida de la mayoría de los españoles indiferentes, por lo común, a cuanto sucede allende los Pirineos. Tenemos tantos problemas por resolver en nuestra misma tierra, que son aquí de un interés muy relativo los problemas internacionales. No es de extrañar, por lo tanto, que, al romperse las hostilidades, los partidarios de unos y de otros beligerantes, poco enterados de los acontecimientos, dieran rienda suelta a la fantasía, compitiendo en inexactitudes y, sobre todo, en decir majaderías. Debo añadir con toda sinceridad que la mayor parte de los absurdos y de las monstruosidades las he oído de entusiastas germanófilos. El germanofilismo en España ha sido, más que nada, un delirio belicoso. Esto atenúa, en gran parte, la irresponsabilidad de sus desvaríos.

Furor en la prensa, furor en las personas: tales fueron los primeros síntomas, mantenidos desde entonces con increíble agresividad. Rencores antiguos, odios revividos, encuentros de pasiones políticas reflejadas en la gran tragedia europea, y pocos razonamientos, escasa reflexión entre tantas discusiones y disputas. De la impresionabilidad meridional y de la ignorancia del vulgo pudieron ciertos elementos políticos sociales formar una gran masa de opinión española

que creyó justa y sagrada la «causa» de Alemania, y hasta esa inícua falsedad de que el Imperio germánico se veía «obligado» a hacer una «guerra defensiva».

En aquella hora de incertidumbre y de temor, una amenaza nublaba el horizonte de España... ¿Íbamos a entrar en la contienda?... Parecía, en efecto, como si el incendio se propagara de pronto por toda Europa.

La chispa balkánica de Servia y Austria sirvió al Imperio Alemán para encender la mecha y provocar el fuego en Rusia y luego en Francia. Fué todo cuestión de unas horas, de unos días. Europa, distraída por los telegramas, las declaraciones periodísticas y los *ultimatums,* no vió la garra imperial del ave de rapiña echando leña al fuego que iba a darle de pronto la supremacía mundial, sueño de su imperialismo. Armada y preparada durante largos años para caer sobre sus vecinos indefensos, creyó llegado el momento. En esto se equivocó. Alemania, modelo de organización militar y naval, formidable máquina guerrera, fracasó en sus proyectos, debido a sus cálculos erróneos. A pesar de su inmensa red de espías, extendida por todos los países, desconoció lamentablemente la psicología de los otros pueblos.

Esos cálculos se fundaban en vulgares aspectos políticos. En el endiosamiento de su avasalladora fuerza, jamás pudo figurarse que la insignificante y pequeña Bélgica había de cerrar el paso á su

atropello. También desconoció a Inglaterra, al creer que el «egoísmo» de la «pérfida Albión» la apartaría de la lucha europea mientras no atacaran directamente sus intereses. Este fué el gran golpe inesperado; la intervención de Inglaterra en la guerra, cuando se la creía tan dividida en su interior con sus reformas financieras y autonómicas, con el *home rule* de Irlanda y la amenaza de una guerra civil... No previó Alemania lo que era el patriotismo inglés, un arraigado sentimiento colectivo que apaga todos los odios y los rencores de partido, hasta cristalizar en un «Gobierno nacional» de antiguos adversarios. Si Bélgica salvó a Francia con su heroísmo, solo Inglaterra puede salvar a Europa del tiránico «pangermanismo». Ya vió el Kaiser cómo el «pequeño e insignificante ejército inglés», lejos de ser «aplastado», según su profecía, ha ido en aumento, a pesar de diezmarse lo más florido de su juventud. No obstante sus escasos medios militares, el genio inglés, con su inteligencia y su tenacidad, podrá a la larga más que la fuerza y la preparación guerrera de Alemania.

Recordemos que el Imperio Británico venció a Felipe II, a Luis XIV y a Napoleón. Los desatados sueños de ambición del solitario de El Escorial y del César moderno, que tuvieron en ascuas al mundo entero, se estrellaron contra la realidad histórica, es decir, la supremacía inglesa, reflejada en esas dos fechas memorables: la Armada Invencible y Santa Elena. ¿Podrá el

Imperio de los Hohenzollern derribar a la, hasta hoy, invencible Inglaterra?... Y sobre todo, *¿conviene* a Europa que el Imperio colonial inglés se vea sustituído en el globo por el Imperio militarista de Alemania?... Los partidarios ciegos de la *kultur* invocarán en vano la superioridad de la ciencia germana, pero los espectadores imparciales de esta guerra no podrán menos de lamentar la degeneración intelectual de esta *kultur* «pangermanista», que predica egoístamente la supresión de los «pueblos débiles» y el «*¡Deutschland über alles!*», justificando y hasta glorificando verdaderos atentados de lesa humanidad contra el mundo civilizado...

***

Pero los españoles no vieron esto al estallar la guerra, y juzgaron la magna contienda como otra guerra franco-alemana. Prescindieron de Rusia, de Servia y de Austria. Sólo así puede explicarse la repentina división que se operó en nuestra sociedad; es decir, la de *francófilos* y *germanófilos*.

Hablando en términos generales, las «izquierdas» eran *francófilas* y las «derechas» *germanófilas*. En las «izquierdas», o sea los amigos de Francia, pudieran agruparse los republicanos y radicales partidarios de la política actual francesa, y también monárquicos, liberales o independientes, «intelectuales» y escritores; la ma-

yoría de los políticos y la minoría de los aristócratas...

Frente a éstos, los *germanófilos*, o sea las «derechas»: el clero, los carlistas, la oficialidad del ejército, las clases conservadoras y la mayor parte de las damas aristocráticas y de los «sportsmen» elegantes que antes nos traían de Londres y París las modas, y ahora nos traen de Berlín las teorías.

El *germanofilismo*, al estallar la guerra, reunió sus huestes bajo un estandarte, cuyo partido monopolizaba la representación de Dios, la «religión», la «autoridad» y la «moral» frente al ateísmo, la corrupción, la democracia y otros estigmas de la República francesa. El lema era el Kaiser, representante de la autoridad frente a la República, símbolo de la Revolución... ¿Puede nadie sorprenderse de que ante bandera semejante, clérigos, carlistas, militares y aristócratas abrazaran la causa germanófila sin más detenimiento ni mayor reflexión?

Para estos partidarios, entusiastas del Kaiser y de sus ejércitos, la victoria de Alemania era el triunfo de la religión, de la autoridad, del militarismo y de la disciplina. La derrota de Francia significaría, sobre todo, la *bancarrota de la República*. Eso y nada más vieron las «derechas» españolas: la posible desaparición de un Gobierno vecino, peligroso para nuestros intereses, la revancha de la persecución religiosa y, sobre todo, la de ciertos sinsabores entre Francia y Es-

paña, hoy resucitados inoportunamente. Con tan lisonjera perspectiva, los germanófilos no quisieron ahondar más detalles ni les importó la grave responsabilidad de Alemania en el origen de la guerra europea. Para ellos, el Kaiser era el Mesías redentor de Europa. En cambio para los que vieron claro desde el principio de la conflagración, el Águila Imperial aparecía de pronto transformada en buitre.

Los primeros cañonazos causaron la natural expectación ante sucesos grandiosos. Todo el mundo creía el avance de los alemanes sobre París una ola irresistible. El «¡alto ahí!» que dió Bélgica, fué tema de asombro para el mundo. En nuestro siglo escéptico se cotiza muy bajo el heroísmo y se le llama «temeridad», «absurdo», «falta de sentido práctico». Estos y otros calificativos llovieron de labios «germanófilos». Los idólatras de Alemania no podían concebir que un pigmeo mirase de frente a un coloso. Debieron olvidar, sin duda, que en este mismo sagrado suelo sepultóse en una hoguera la ciudad de Sagunto «poco práctica» por ser excesivamente heroica, y, en suma, que de aquí partió el grito 2 de Mayo y de nuestra Independencia...

... ¿No fueron también «locos sublimes» aquellos gloriosos marinos españoles que se ofrecieron estóicamente en Santiago de Cuba a ser carne de cañón de los acorazados norteamericanos?... Así acabó nuestra historia naval con una página sublime, dando aspectos de epopeya a lo

que, si no, hubiese sido únicamente un lamentable sainete político.

Tales fueron los héroes de Lieja, de Namur y de Lovaina. Prefirieron luchar contra el tirano a una abdicación vergonzosa de su nacionalidad y de su independencia. El mundo entero palpitó de emoción y de ira ante el atropello inicuo. Caían de un golpe los tratados, las garantías y el derecho. Fué una mancha imborrable en la historia de Alemania. Pero los germanófilos no tuvieron la lealtad de reconocerlo. Culparon a los belgas de «hacerle el juego a Inglaterra», porque no habían consentido el servir la alevosía prusiana. Y cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, saliendo a la defensa de los débiles, estalló el júbilo, no sólo en Francia, sino en el mundo entero. Los germanófilos clamaron contra «la perfidia inglesa» y la «hipocresía británica», sin haber tenido una palabra de censura para «la iniquidad alemana». Por lo visto, «la necesidad es ley» y «la guerra es la guerra», les parecía sólo aplicable a las conveniencias de Alemania. Cuando otra potencia salió a cumplir sus tratados, se la tachó de «pérfida» y «envidiosa».

España, dividiéndose en dos bandos, siguió, fascinada, la contienda, puestos los ojos en París. ¿Llegarían los alemanes?... La movilización francesa en cuarenta y ocho horas había causado el asombro de los mismos adversarios de Francia. Pero... ¿y el espíritu del ejército? Los regi-

mientos ingleses iban desembarcando en Francia, pero ¿qué eran esos miles de bravos frente al formidable empuje alemán? En esos días heroicos iban cayendo las ciudades belgas. Los famosos morteros de Krupp reducían a polvo las fortalezas que se creían inexpugnables hasta entonces... El monstruo germano avanzaba, arrollándolo todo. La colosal batalla de Mons-Charleroi, choque de los aliados contra las legiones imperiales, pregonaba, con su espantosa carnicería humana, la victoria del Águila Negra sobre la Europa civilizada.

Esa hecatombe nunca vista, parecía anunciar, en efecto, el ocaso de los aliados. Las líneas de French y de Joffre se replegaban, precipitadamente, hacia París. En toda Francia sonó un grito de alarma. El pánico financiero, el asalto de los trenes, en la capital, por muchedumbres que buscaban su refugio en playas lejanas o en el extranjero, traían a la mente una nueva *debâcle* digna de la pluma de otro Zola. París, bajo el mando del General Gallieni, se aprestaba ya al ataque de los ejércitos alemanes. Entonces fué cuando el Gobierno y el Presidente de la República decidieron trasladarse a Burdeos, causando ese traslado el asombro y el pesimismo de la prensa mundial. Lo que era medida de habilidad y previsión, para no verse el Gobierno aislado del resto de Francia, se juzgó, superficialmente, efecto moral de la derrota.

No necesitaron más los «germanófilos» y los

enemigos de la República, para pregonar, a los cuatro vientos, en la calle y en la prensa, la caída inevitable de París y la revolución...

***

En aquellos días de ansiedad, tan semejantes a los de 1870, no podía yo menos de recordar dos figuras eminentes en la tragedia del segundo Imperio.

Una era el octogenario Emile Ollivier, muerto pocos meses antes, sin poder concluir su rehabilitación histórica en su obra magna *L'Empire Liberal*. No hacía mucho tiempo que *La Revue des Deux Mondes* acababa de publicar esos inolvidables artículos sobre la campaña del 70 y las causas del desastre. El gran orador y escritor político se defendía, en sus intensas páginas, de las acusaciones y calumnias que llovieron sobre él y su Gobierno. Los pueblos todo lo perdonan a sus caudillos mientras les lleve al triunfo, pero el error y la derrota son culpas imborrables a los ojos de los contemporáneos. Luego, la Historia, tribunal supremo, es la que reparte equitativamente el peso de las responsabilidades. Emile Ollivier, antes de ver revisada su defensa, bajó a la tumba sin sospechar, tan cercana, la «revancha», y acaso el perdón de sus compatriotas.

La otra figura a que me refiero pertenece aún al mundo de los vivos, y fué ya protagonista de

una de las grandes tragedias de la Historia. Subió inesperadamente a un trono imperial, y tras de un sueño de esplendor y poderío, tuvo años después que abandonar su alcázar, invadido por las turbas revolucionarias. En su augusta frente el dolor y la soledad han puesto espinas donde antaño lucía su corona uniendo el cetro a la hermosura. Winterhalter la ha inmortalizado en un célebre lienzo, donde la contemplamos rodeada por las damas de su fastuosa corte...

Estas horas trágicas de 1914 debieron evocar en la memoria de la anciana Emperatriz, los desastres franceses de 1870, el epílogo sangriento de su Imperio y el asalto al Palacio de las Tullerías por una muchedumbre sanguinaria, buscando a la víctima expiatoria en su propia soberana, como en el siglo anterior descargara sus iras populares en la regia cabeza de María Antonieta.

El lector disculpará que en un libro de esta índole haga yo mención de un recuerdo personal. Nunca podré olvidarme de aquella entrevista en que, siendo yo todavía niño, la infortunada Emperatriz, con serenidad y melancolía, iba relatándome, una tarde, en su triste residencia de Farmborough (Inglaterra), los terribles episodios de esos días nefastos para ella y para Francia.

Fué una intensa tragedia del Destino, que tuve la suerte y la emoción de oir a la augusta Majestad caída, Eugenia de Montijo, viuda de Napoleón III, familiarmente conocida en el mundo por la Emperatriz Eugenia.

III

LA NEUTRALIDAD, LA PRENSA Y EL GOBIERNO

El pánico de las grandes catástrofes se apoderó de la opinión pública. Las noticias de Francia no podían ser más pesimistas: baja repentina de los fondos en las Bolsas de Londres y París: imposibilidad de cambiar dinero español al otro lado de los Pirineos. Tras de los recientes desastres militares parecían anunciarse los financieros. Venían los trenes atestados de gentes, cuya precipitada vuelta a España, había sido detenida por la movilización francesa.

Vimos llegar a San Sebastián toda una muchedumbre invasora que llenaba, no sólo los hoteles, sino las fondas y las «casas de huéspedes» de la más ínfima categoría. No estaban las cosas para hacer remilgos, y el poder instalarse en cualquier parte era motivo de satisfacción.

Familias ilustres y acaudaladas llegaban de Francia, de Inglaterra, de Alemania, extenuadas tras de largo itinerario. Cada una contaba su

viaje hecho de pie, en los vagones, entre una democrática plebe, invadiendo los coches. Habían padecido hambre y mil incomodidades por no hallar, en esos malos ratos, quien les cambiase dinero español. Ignoro si este contratiempo y el que nuestros «veraneantes» tuviesen que abandonar Luchón, Biarritz, Cauterets y demás balnearios, para dejar los hoteles convertidos de pronto en hospitales, fué motivo de que aumentara el número de *germanófilos*. Había personas resentidísimas con los franceses por esta falta de consideración... «¡Mire usted que echarnos a nosotros del Hotel, cuando vamos allí todos los años!»... No volvían de su asombro, sin caer en la cuenta que quienes más lo sentían eran los hosteleros. Parecíales una desconsideración, por parte del Gobierno republicano, el echar de aquellos lugares a extranjeros de abolengo.

Sin embargo, las autoridades tuvieron que tomar medidas rápidas para la instalación de los heridos. Día por día iban llegando trenes llenos de lisiados y de enfermos. El espectáculo era desolador. Vimos los grandes hoteles de Biarritz, los Casinos y las *Villas* cambiar bruscamente de aspecto. En vez de una alegre muchedumbre cosmopolita, paseaban silenciosos por los jardines y las terrazas grupos de soldados mutilados o convalecientes. Apesar de sus vendajes, de sus uniformes harapientos y de sus miembros lisiados, parecían felices en aquel

sereno ambiente. Después de los rigores de la campaña hallaban los cuidados de la caridad. Casi todas las señoras se convirtieron en *nurses* de hospital. No olvidemos que hubo, entre ellas, numerosas damas españolas.

Esto compensará, en la memoria de todos, por el mal recuerdo que dejaron allí algunos *germanófilos*, cuyas opiniones agresivas, dieron lugar a no pocos sinsabores. Sin embargo, la cortesía francesa hizo que pudieran volver a su país con los huesos sanos. Aún, hasta hoy día, les oímos referir con inexplicable orgullo cómo se quedaron en Biarritz... «hasta lo último»... ¡Cualquiera diría, al oirles, que estaban defendiendo una trinchera!... Y todo... ¿para qué?... ¿Para hablar mal de Francia?... Pues no era ni oportuno ni cortés el ofender a un país invadido, en su propio territorio.

Hicieron esas personas gala de su tacto y de sus sentimientos delicados... Pero debieron tener en cuenta que, estando de huesped o de turistas, la educación debe ser el freno de la sinceridad. Dejemos las «verdades» para decirlas en casa, sin rodeos.

Y en casa era, en efecto, donde más se oían, aunque tenían poco esas «verdades» de verídicas. Fué el apogeo de la inventiva y del rumor sensacional. Su agencia principal estaba establecida en San Sebastián, no sólo por sus vías de comunicación y su proximidad de la frontera, sino por residir ahí la corte los veranos.

Encontrábase en dicha playa, además del gran elemento español y sud-americano de todos los años, una extraordinaria afluencia extranjera. Estaban el Rey D. Alfonso XIII y su augusta familia; el Ministro de Estado y el personal de «jornada» y los Embajadores y Ministros extranjeros, cuyas relaciones habían sido cordiales hasta el día de la conflagración, y cuya situación era, ahora, de lo más tirante. No faltaban tampoco personajes políticos y periodistas para dar más variedad a los rumores de «crisis» o de «intervención», en la terrible guerra europea. Esto era bastante para que «francófilos» y «germanófilos» desenfrenaran sus apasionamientos. Recargábase el ambiente de amenazas y presagios. En vano, en Madrid, el Presidente del Consejo, aconsejaba prudencia y cordura al recibir a los periodistas. En vano el Ministro de Estado pretendía calmar la opinión pública al hacer, a diario, discretísimas declaraciones diplomáticas. Reinaba una profunda agitación en toda España, ante la idea de pasar de «espectadores» a «interventores». El júbilo de los «germanófilos», ante el desastre francés, se tornó en ira e indignación, cuando los republicanos de por acá intentaron arrastrarnos a la guerra, no tanto como auxilio a Francia, sino como adhesión a su República.

Las declaraciones del Sr. Lerroux incitando a España a intervenir en el conflicto a favor de los «aliados», produjo un revuelo difícil de olvidar. Indignóse la opinión pública en contra del *leader*

radical. El Sr. Lerroux, que goza fama bien fundada de hábil orador parlamentario, la tiene también de agitador y revolucionario harto sospechoso. En las columnas de la prensa le han echado en cara, varias veces, su opulencia actual, que contrasta con su penuria de ayer. Esta y otras razones hicieron correr la voz de que Lerroux, de acuerdo con el Gobierno francés, quería arrastrarnos a la guerra para satisfacer sus miras personales. Ello es que, habiendo llegado el Sr. Lerroux a Irún en su automóvil, a raíz de sus «declaraciones», la gente, al reconocerle, se amotinó, queriendo asaltar el carruaje, y el *leader* revolucionario no tuvo más remedio que salir escapado, bajo una lluvia de insultos y de piedras. Tomó la dirección de San Sebastián, y al llegar a un hotel, indicáronle las autoridades que abandonara la ciudad cuanto antes. Los ánimos estaban muy exaltados al saberse allí su presencia. Temíanse nuevos disturbios. Así es que el agitador público optó, sabiamente, por cruzar de nuevo la frontera y refugiarse en Francia.

Meses después intentó abogar en nuestra patria por la misma causa, con igual tenacidad, pero siempre con igual fortuna.

No obstante las declaraciones tranquilizadoras del Presidente del Consejo, Sr. Dato, afirmando la neutralidad una y cien veces, la prensa y la opinión agitaron el ambiente con la inverosímil amenaza de intervenir España en esta guerra. Los republicanos y revolucionarios de por acá,

deseaban auxiliar materialmente a la República para contribuir a su triunfo y contar con su apoyo en el porvenir.

Los *germanófilos,* reconociendo la imposibilidad en que estaba España de entrar en la pelea, como los turcos, y a ayudar al Kaiser, su protector, amenazaban con un tumulto general. España, en verdad, no tenía por qué intervenir en el conflicto europeo. Pero dejando aparte el grave problema de su reorganización militar y naval, ha podido y puede aún mejorar su situación comercial y financiera. No sólo posee medios suficientes para mostrar sus simpatías hacia la causa *anti-teutónica,* sino que también se le presenta una ocasión inaplazable para estrechar nuestros lazos de unión con Sud-América y, en especial, con la gran República Argentina (1). De esta crisis mundial debiéramos salir intactos y más fuertes. España ha de aprovechar este doloroso paréntesis europeo y armarse para la paz,

---

(1) No se comprende, dados los lazos espirituales y materiales, cada vez más estrechos, entre España y la gran República Argentina, como el Gobierno de S. M. el Rey no colma los deseos de la mayor parte de los españoles allí residentes, elevando nuestra Legación a la categoría de Embajada.

La cordialidad de los sentimientos que tiene la Argentina por España se ha exteriorizado mil veces en las atenciones con nuestros compatriotas, la hospitalidad y la admiración con que agasajan a nuestros artistas, escritores y catedráticos y, por último, el inolvidable recibi-

no para la guerra. Ello significaría que en la paz tendríamos voz y representación europea. Nuestros acorazados y nuestro ejército servirían, no como medio de agresión funesta, sino como reflejo de prosperidad nacional y defensa de nuestros intereses.

Recuérdese el efecto inmediato producido en Lisboa cuando, al estallar otra revolución, entró el *España* en la bahía. Nuestros compatriotas, desamparados en medio del odio de los revolucionarios, hallaron de pronto su salvación. Los lejanos cañones del acorazado detuvieron el brazo asesino. ¡Ojalá en Méjico hubiesen podido salvar también nuestro honor y nuestra hacienda! No tendríamos que recordar ahora, humillados y entristecidos, las numerosas víctimas de los Villas, los Zapatas, los Carranzas, sanguinarios bandoleros que se llaman generales.

¡Sirva esto de lección á España y háganos abrir los ojos ante la ocasión actual que la Historia

---

miento dispensado en Buenos Aires a S. A. la Infanta Isabel. Miles de compatriotas nuestros emigrados unen con su trabajo y sus caudales los intereses de España y de la Argentina. ¿Vamos a desconocer esta recíproca influencia de la sangre y del idioma?... Sería lamentable que otras naciones europeas se llevaran por astucia lo que se nos ofrece por simpatía. Si la opinión pública vió con indiferencia el que nuestra Legación en Washington se elevaba a la categoría de Embajada, vería en cambio con agrado el que se hiciese otro tanto respecto a la Legación de Buenos Aires.

europea nos ofrece! El porvenir de la España del siglo XX puede comenzar a cimentarse ahora. Hay en nuestro mismo suelo patrio y en el Nuevo Mundo horizontes de prosperidad que no nos daría Gibraltar, recuperado, ni ha de aportarnos la zona de Marruecos.

***

Pero no estaban los ánimos en aquellos días para meditar serenamente sobre el porvenir de España. Incidentes como el de Lerroux y rumores sensacionales en la prensa, aumentaba la polémica entre *francófilos* y *germanófilos*. Cruzábanse apuestas y profecías desastrosas para los adversarios. También surgieron, de pronto, ignorados estrategas de *bar* o de café, anunciando cosas que aún no han sucedido, y corrigiéndoles, desde sus respectivas mesas, los planes de campaña a Hindenburg y a Joffre.

Desde luego, el *germanofilismo* de las clases altas no podía ser más extraño. El simpatizar con los «aliados» atraía en seguida la clasificación de radical, republicano, ateo y acaso «intervencionista» a favor de Francia. Lo sé por la extrañeza que causó a varias gentes mi concepto de Alemania en la guerra actual. Para ellas, ésta era un pugilato entre el Kaiser y Mr. Poincaré... ¿Cómo explicarse, pues, que un monárquico y un aristócrata no aplaudiese, con fervor, la causa del Imperio *castigando* a la República?...

Equivalía a patente de apóstata y a patriota sospechoso. Sin embargo, a estos adversarios del momento, híceles notar que no era sólo la República a quien *castigaba* otra vez el Imperio vecino, sino a Francia. Que antes, el Aguila prusiana había destrozado al Reino católico de Bélgica, sin consideración a su debilidad y sin retroceder ante su propio desprestigio. Que junto a Francia y Bélgica estaban la autocrática e imperialista Rusia y la realista y liberal Inglaterra. Y, en suma, que todas las naciones adversas a Alemania, independientemente de su régimen, representaban a Europa sorprendida por la organización, la premeditación y la agresividad del *pangermanismo*.

Pero toda la elocuencia de Cicerón no hubiese desvanecido los errores que, en cierta prensa, lanzaba un *germanofilismo* bien organizado. Tan pronto sus partidarios culpaban a Rusia «de haber movilizado antes que Alemania», *obligando* a ésta a defenderse (!!), como acusaban a Inglaterra «de haber preparado la guerra» para aplastar a Alemania. Fácil hubiera sido entonces, y más aún después, el demostrarles que la «movilización rusa» fué sólo un mal pretexto del Gobierno alemán. Nada más inexplicable que la actitud agresiva de Alemania saliendo a la defensa de su aliada Austria en el incidente austro-ruso, *y declarando la guerra a Rusia, antes que la misma Austria,* la ofendida (!), al par que enviaba un *ultimatum* a Francia, apartada por completo del

conflicto. Tanto más claro era demostrar la inculpabilidad de Inglaterra interviniendo, cuando la violación de Bélgica, para cumplir los tratados, después de haber propuesto una Conferencia internacional para evitar la guerra... Y la guerra la sorprendió sin hombres y sin municiones, como ha podido verse en el curso de la campaña. Las medidas eficaces, pero atrasadas, del Gobierno inglés, bastarían para demostrar la falta de «preparación» de Inglaterra en esta lucha europea.

Bien es verdad que la agitación pública en aquellos días y la escasez de noticias fomentaban el rumor sensacional. No contribuía ésto a calmar los espíritus ni a invitarles a una fría reflexión.

La fantasía, que parece en estos tiempos haber abandonado la literatura para refugiarse en las esferas periodísticas, nos brindaba entonces muy curiosas noticias. Según sus «partes oficiales» tuvo lugar en el mar del Norte el anhelado encuentro de las escuadras inglesa y alemana. El almirante inglés, Sir John Jellicoe, que en la hora actual sigue gozando de buena salud, había muerto gloriosamente, como antaño Nelson, en Trafalgar. Las pérdidas eran enormes por ambos lados, consiguiendo, sin embargo, la victoria naval Inglaterra, gracias a la superioridad numérica de sus unidades. Puede imaginarse el efecto que esto hizo en la opinión pública. No fué menor el asombro general cuando se desmintió la trágica noticia.

Sin embargo, la prudencia no puso freno a la inventiva. Era preciso entretener al público, y no había nada nuevo que contarle. La batalla del Marne transformaba el aspecto de las cosas. La avalancha germánica retrocedía bruscamente. París se había salvado; Francia respiraba y todo corazón latino sentía un alivio inmenso. Los *germanófilos* no volvían de su asombro. Frente a la magna figura del Kaiser todopoderoso surgía otra figura más modesta, pero no menos importante: la de Joffre. Francia, alentada por el triunfo inesperado, se reorganizaba. Ese patriotismo que, según sus detractores, no existía, iba a poner una muralla indestructible a la codicia del Águila Imperial. Ese ejército, «indisciplinado» y «desmoralizado» por las propagandas anti-militaristas, iba a luchar, heroicamente, contra la formidable máquina guerrera preparada para su destrucción...

Desilusionados con este nuevo aspecto de las cosas, los *germanófilos* variaron de táctica. Esas mismas personas que venían anunciando una y otra vez la ocupación de París, nos aseguraban luego que el ejército alemán «no había proyectado nunca la toma de París» (!!). Tal afirmación no podía ser más humorística. Dados los planes alemanes y la misma orientación de la campaña, era cosa de preguntar a estos señores si la capital de Francia no valía la pena de tomarse o si la Torre Eiffel había causado decepción en el ánimo de los conquistadores.

En vista del resultado, las iras *germanófilas* se volvieron contra Verdún. Cuatro veces nos anunció la prensa la caída de esta fortaleza, sin que, en realidad, haya caído una sola vez. Las profecías y las afirmaciones, un tanto precipitadas, contribuyeron a hacer de esta guerra *la guerra de los errores*. Según los financieros y los expertos militares, «una guerra moderna había de ser forzosamente corta». Ya hemos visto lo corta que va siendo. Aseguraban los estrategas que «Amberes era inexpugnable»... y Amberes cayó. Se daba por descontado el sitio de París, y París no fué sitiado. La toma de Dieppe y de Calais «era cuestión de días», y es aún cuestión sin resolver. Ni en Londres lleva trazas de firmarse la paz por el Kaiser, ni Londres ha sido destruída (!!!) por los *zeppelines*. El famoso *rouleau* ruso que, según varios diarios, llegaría a Berlín en unas semanas, vióse detenido en los Cárpatos. Las esperanzas de los «aliados» se estancaron en los Dardanelos. En cambio, las promesas y los halagos de Alemania no lograron mantener, perpetuamente, la neutralidad de Italia. La ruptura de la *Tríplice* fué, acaso, el mayor de sus fracasos diplomáticos. Fué, sobre todo, un rudo golpe para los *germanófilos*, que adjudican a Italia, desde entonces, el papel del traidor de melodrama...

No me sería posible consignar siquiera la mínima parte de los errores y noticiones sin fundamento, que produjo la prensa en esos días. Sólo

el «bombardeo de Belgrado», publicado tantas y tantas veces, hace ya dudar a cualquiera de que haya quedado en pie una sola casa de dicha capital, a menos que la arquitectura servia posea condiciones de resistencia ignoradas por otros constructores europeos. Y no es menos digno de mención el... «reina pánico en Smirna», suceda o no suceda algo en Oriente. Tan lamentable estado de ánimo, provocado, según los periódicos, al menor conflicto, nos hace juzgar desfavorablemente a sus nerviosos habitantes.

***

Estos y otros muchos rumores utilizáronse en la prensa mientras se restablecían las comunicaciones. La relativa atonía que iba precediendo a la campaña de invierno con la reorganización del ejército francés, ya atrincherado, y el alejamiento de la lucha gigantesca al teatro oriental de operaciones, nos trajo aquí la lucha periodística. La prensa de Madrid, que es la que orienta la opinión de toda España, dividióse también en *francófila* y *germanófila*, bien reflejando el criterio de sus lectores o de sus ideas políticas, bien atendiendo a intereses propios que permanecen entre bastidores.

En un país donde el libro suele ser poco leído, el periódico sustituye a éste, dando al pueblo un ligero barniz intelectual. Si la prensa ya no tiene la fuerza política de ayer, en que un artículo de

«fondo» derribaba un Ministerio, conserva, sin embargo, su gran influencia social en todos los demás ramos. Es la gran fuente de información en que bebe la opinión pública, indiferente, por lo común, a las revistas y a los libros. La mayoría de los ciudadanos no tienen más concepto del mundo exterior que el formado, cotidianamente, en las hojas periodísticas. El periódico es el breviario intelectual del español.

La guerra, con sus rumores y sus noticias, trajo inevitablemente mil comentarios. Llovieron los artículos y los «dimes y diretes» de un periódico a otro. Tras del entreacto, algo humorístico, en que las Embajadas establecidas en Madrid se bombardeaban, casi a diario, con *notas oficiales*, rectificando una lo que afirmaba la otra, vino la avalancha de publicistas, estrategas, polemistas y demás luchadores de la pluma. Todo esto ha agitado nuestro adormecido ambiente nacional. La exageración y la agresividad rechazaron con éxito la serenidad y la reflexión.

Si hubiera de otorgarse un premio a lo sensacional, habría de recaer la recompensa en *El Correo Español*. El órgano tradicionalista, representante de una España *negra*, que sólo es fuerte en sus negaciones, ha sido el portaestandarte del *germanofilismo*. Lo que antes era sólo periódico de carlistas, de neos y de clérigos, ha llegado a ser, con la guerra, la lectura predilecta de casi todas las «derechas», incluyendo a los dinásticos y a varios liberales. Su venta, según dicen, se ha

duplicado. *El Correo Español*, que no cuenta, al parecer, con la aprobación de Don Jaime en su feroz campaña «germanófila», sigue la lucha agresivamente, publicando triunfos germanos vistos con cristal de aumento. No ha cesado de «echar leña al fuego» y mantener vivos los odios contra Francia e Inglaterra.

La Tribuna, periódico de ruda oposición gubernamental, sirve también los ideales del *germanofilismo*. Pregona, con entusiasmo belicoso, los reveses de los aliados e infunde en el ánimo de sus lectores la inevitable decadencia de Inglaterra.

El Debate, diario de tinte clerical, apoya la causa de Alemania con la misma paradójica fe en el Kaiser luterano que sienten la mayor parte de nuestros católicos exaltados. En cambio, *El Universo*, también de tinte clerical, pero de criterio menos restringido, no sigue con tanto ímpetu las huellas de los anteriores y ha publicado artículos muy sensatos sobre el caso de Bélgica.

Tampoco debe omitirse, al hablar de *germanofilismo*, la enorme influencia de *A B C* en las masas.

A B C, por su increíble precio, sus fotograbados y su perfección editorial, ha alcanzado una venta superior a la de ningún otro periódico español. Es hoy día el diario más leído en toda España. Debe esta popularidad a su servicio de información, sus crónicas amenas y variadas, pero, sobre todo, a campañas de defensa nacional como

la sostenida contra la prensa extranjera que ensalzó el *bluff* grotesco de Ferrer. También, a su habitual cortesía en la réplica o en la polémica, a no hacer blanco de sus ataques a ninguna personalidad política y a no ser órgano tampoco de ningún partido determinado. Son éstas condiciones muy loables, a las cuales no nos tenía acostumbrados antes la prensa española.

Mas no es menos cierto que la imparcialidad de *A B C* respecto a la guerra europea ha decrecido visiblemente con sus arraigadas simpatías «germanófilas». A pesar de lo variado de su colaboración extranjera, de reflejar las opiniones de los «aliados» y de publicar de cuando en cuando cartas de París o de Burdeos, el *germanofilismo* de *A B C* resalta en cada número, no obstante su habilidad de publicar artículos tan independientes en su criterio internacional, como los de D. Gabriel Maura y Gamazo y el ex subsecretario de Estado D. Manuel González Hontoria. Pero, ¡qué diferencia si prestamos atención al humorista desconocido que redacta el «Gráfico de la Guerra» y a la nube de redactores que envían sus impresiones de todos los «frentes» imaginables, no obstante las distancias y la interrupción de comunicaciones! ¡Y aún más si tenemos en cuenta a los que bajo el pseudónimo parecen ocultar su nacionalidad germana, así como el tono en que se comentan las noticias, según sean los «partes oficiales» del cuartel general alemán, o de París y Londres. A veces cae en el olvido

esta neutralidad aparente, y la *francofobia* y *anglofobia* se desborda en sabrosos comentarios. El *A B C* ha reunido los elementos más hetereogéneos de la sociedad española bajo la bandera del *germanofilismo*, y su influencia podrá o no lamentarse, pero es indiscutible.

Quizá *La Epoca*, órgano oficial del partido conservador, sea el periódico de más prudente neutralidad. Ello es debido, sin duda, a la excesiva cautela y a la disciplina que le imponen la política gubernamental del Sr. Dato.

En otro orden de clasificación hállase *La Correspondencia de España*, que ha puesto su peso en la balanza a favor de los aliados. Su tacto, su moderación al juzgar los acontecimientos, y su admirable estudio del desenvolvimiento de la guerra europea, reflejada a diario en artículos políticos y estratégicos, ha hecho de este popular diario una de las más interesantes e instructivas lecturas cotidianas.

El Imparcial, de larga historia en la prensa y en el partido liberal, se ha mantenido en su criterio de estricta neutralidad, reflejando ideales al parecer en pugna. Con ser muy sensata esa actitud, tiene el gran inconveniente de no dejar satisfechos ni a los unos ni a los otros, porque la neutralidad suele únicamente admitirse como programa gubernamental. En cambio su colega del *trust* periodístico, el *Heraldo de Madrid*, no ha ocultado un momento sus francas simpatías por los aliados. El gran diario democrático, don-

de colaboran las primeras plumas del periodismo, difícilmente podía renegar su orientación intelectual afiliándose al Imperio de los Hohenzollern.

Respecto a la tercera entidad del poderoso *trust* periodístico, *El Liberal*, su «germanofobia» es republicanismo agudo, tendencia política que le identifica con sus hermanos menores *El País* y *España Nueva*. Su entusiasmo es para Francia, y sobre todo para su República. Más le interesa, acaso, el sostenimiento del régimen republicano que la suerte o el sacrificio del pueblo francés en esta guerra. Sus amigos y correligionarios los tiene, principalmente, en las esferas políticas de París y de Lisboa. Su credo es la democracia y el radicalismo que le inspiran, tanto algunos prohombres de nuestro mundo parlamentario, como la brillante agrupación de publicistas y literatos que firman sus hojas cotidianas.

Esa diversidad en las opiniones había de traer, forzosamente, un desbarajuste en nuestra sociedad. Pero el sentido común, en una de sus raras visitas a la Península, inspiró al país, como al Gobierno, el prudente criterio de la neutralidad, que fué bien acogido por unos y por otros.

Hubo, sin embargo, una nota discordante. El *ballon d'essai*, lanzado, según dicen, por el propio Conde de Romanones desde su órgano en la prensa, el *Diario Universal*, fué poco afortunado. Su ya famoso artículo «Neutralidades que matan» produjo un revuelo en toda España. El

temor de una intervención armada a favor de los «aliados», sin que lo exigiesen las circunstancias, desencadenó un clamor de protestas contra el Conde. Y el jefe del partido liberal, cuya perspicacia e intuición rara vez fallan, recogió entonces velas e hizo más tarde suya la política de la neutralidad.

Pero justo es reconocer que la política de la neutralidad estricta, desde que estalló la guerra europea, fué un éxito personal del Sr. Dato desde la Presidencia del Consejo. Su tacto, su discreción, su claro sentido de la realidad, tranquilizaron al pueblo español en esas horas de inquietud. La prohibición de mítins o manifestaciones y la habilidad con que supo evitar en el Parlamento todo debate acerca de la guerra, le captó el aplauso general de amigos y adversarios. Pocas veces se habrá visto en España un criterio tan unánime a favor de un gobernante.

No quedaba, pues, otro recurso, para desahogar los ánimos, que la polémica verbal o escrita. España entera, contemplando la guerra, iba a dar rienda suelta a sus rencores o a sus preferencias. La lucha tenaz, allá en Oriente, entre Hindenburg y el Gran Duque Nicolás, venía a sustituir en el ánimo del vulgo, durante los meses invernales, a esos dos ídolos populares que se llaman *Gallito* y Belmonte

IV

EL GERMANOFILISMO

Si hubiera de analizarse las múltiples causas que han provocado en España la epidemia del *germanofilismo*, tendríamos que afirmar lo siguiente: el *germanofilismo* se funda en antipatías atávicas hacia Francia e Inglaterra, y en un entusiasmo por el Kaiser y Alemania que ha fomentado un núcleo de interesados entre una muchedumbre de inconscientes.

Hablando en términos generales, para estas huestes germanófilas, a un lado de la balanza pesan los odios históricos que ahora se resucitan contra Inglaterra y Francia, y al otro, Alemania, grande y poderosa, que ha de vengar nuestros agravios y engrandecernos... por carambola. Se ha dicho una y mil veces que «Alemania no nos ha hecho daño»... Cabe también preguntarse, si ha de hacernos un bien y si de encontrarnos un día en su camino tendría para nosotros más consideraciones de las que tuvo

con Bélgica. Nuestra impresionabilidad es tan variable y nuestra memoria tan infantil, que nos hemos olvidado ya del incidente de las Carolinas (1). Y desde entonces «ha llovido mucho»; los Convenios de arbitraje y los tratados son «pedazos de papel», las naciones débiles «no tienen derecho a la vida» (Bélgica lo ha aprendido), y las teorías de algunos políticos y escritores han pasado a ser artículo de ley para los propagandistas del *¡Deutschland über alles!* ¡Dios nos libre de ese vecindario! Si en lugar de franceses tuviésemos alemanes a nuestro lado en Marruecos, no nos iban a dejar ni Ceuta como recuerdo.

Y quien todavía lo dude, vea cómo Prusia, después de anexionar a su corona los distintos estados de Alemania, ha ido sangrando a todos sus vecinos y desquiciando el mapa de Europa. Esta hazaña iba a repetirse, con mayores probabilidades de éxito, en 1914. La «misión providencial» (!) de «germanizar» el mundo, fué lo que provocó, por parte de Alemania, esta «guerra defensiva» (!!). El Gobierno de Berlín, más ducho en fabricar armas y municiones que razones diplomáticas, brindó este burdo pretexto a la risa mundial. Sin embargo, en ese río revuelto de la guerra y sus orígenes, cayeron en las redes «germanófilas» millares de peces... españoles. La propaganda alemana ha hecho muchísimo. El

(1) Véase *Alemania contra España*, por Joaquín Costa.

error, la parcialidad y la indiferencia han hecho lo demás.

Sólo así puede explicarse la enorme paradoja del *germanofilismo* en España. ¿Quién la sostiene?... Ni los políticos, ni los escritores, ni los artistas, ni los hombres de ciencia, en la mayoría de los casos. Estos, que son los que mejor conocen y admiran a Alemania *por dentro*, demasiado saben la responsabilidad política del Imperio en esta guerra. No confunden la grandeza intelectual y artística de sus hombres eminentes, con la rapacidad y dureza de sus hombres de Estado. Admiran la Alemania de Goethe, de Schiller, de Wagner, pero no se entusiasman con la de Bismarck o la del actual Kaiser, fundada en la opresión, la amenaza y la fuerza. Alemania, antes de la guerra, nos parecía el faro de la civilización y del progreso. Desde la guerra nos parece una resurreción de la barbarie, fundada, como antaño, en el despotismo militar. La ciencia alemana es moderna, pero su espíritu político es arcaico. Guillermo II resulta un monarca de mentalidad medioeval en pleno siglo XX.

Quizá por esto mismo los más anticuados elementos de la sociedad española defiendan con tanto ardor la causa del campeón de la tradición y del feudalismo. Para ellos, el Kaiser es el enemigo de las democracias que vengará a España de sus agravios, castigará a Francia por sus extravíos religiosos y políticos, y aplastará a la «pérfida Albión», causa de *todas* nuestras desdichas.

Ante porvenir tan lisonjero se aclama al Kaiser nuestro redentor, y hasta se olvida quién provocó la guerra. Bélgica misma no es la víctima del brutal atropello prusiano; es la víctima de Inglaterra, «que la engañó» (!) ofreciéndole su auxilio. Francia e Inglaterra «iban a hacer lo mismo». Los alemanes así lo han declarado, y eso debe bastarnos. Personas tan francas y honorables merecen el mayor crédito. Los alemanes son nobles, honrados, valientes, religiosos, castos y desinteresados; tienen de todo esto el monopolio, como el de la supremacía militar. Para franceses e ingleses, pueblos ya en decadencia, quedan como estigmas la calumnia, la perfidia, la hipocresía, la corrupción, la falta de ideales, los instintos perversos y la desmoralización más lamentable que vieron los siglos. Hemos oído cosas estupendas. Con ser muy grande Alemania, resulta mezquina la realidad ante las perfecciones ignoradas que le descubren sus partidarios. El *germanofilismo* de las «derechas» se funda, principalmente, en un conocimiento vago de la psicología del pueblo alemán. Su hostilidad hacia Francia e Inglaterra los hace *germanófilos*, como los hace *turcófilos* o los haría *chinófilos* una guerra anglo-china. La venganza y el odio son sus dos móviles; la inconsciencia, su mayor excusa

Y al decir esto no supongo que sus caudillos y directores desconozcan la verdadera mentalidad alemana, ni los orígenes del conflicto europeo.

Pero el interés puede más que la verdad, y las «*fobias*» políticas y religiosas huyen de un examen analítico que pudiera apagar los entusiasmos. Incluso algunos de estos *germanófilos* creen de buena fe, que el verdadero patriotismo nos veda estar en buena armonía con Francia y con Inglaterra. En vano intentaríamos disuadirles, no ya con sentimentalismos de raza o de amistad, sino con más eficaces pruebas de nuestros intereses financieros y políticos. En vano les preguntaríamos *cuáles son los lazos étnicos, intelectuales o religiosos, que les unen a Alemania*. No sabrían decirlo. La *francofobia* y la *anglofobia* son las dos columnas en que se sostiene ese culto paradójico por el triunfo del Kaiser y sus huestes. Ante delirio tan belicoso no oponen razonamientos, ni lógica, ni reflexión. Es preciso agitar los espíritus con frases heroicas, evocando desastres históricos, reanimando odios moribundos, apelando a la religión católica, aunque tenga que apoyarse en los brazos de Lutero y de Mahoma... Y ante los arrebatos místico-políticos de esos caudillos de una España fósil viene a arrodillarse, creyente y sumiso, el gran rebaño social de *jaimistas* rencorosos, inquisidores de levita, clérigos exaltados, damas devotísimas, militares entusiastas y aristócratas anticuados. En esa aglomeración de las «derechas» españolas entran los enemigos del régimen actual con los «leales»; predomina la pasión política sobre el espíritu cristiano; el error sustituye ventajosa-

mente a la información; las simpatías o antipatías personales, a las nociones humanas de la Justicia y del Derecho. Y en las clases eleyadas, donde podía esperarse un mayor conocimiento de los países beligerantes, vemos, con sorpresa, que la causa de Alemania se hace cuestión de elegancia, de «buen tono», de aristocratismo y de religión (!). El efecto es deplorable. Mas no puede esperarse otra cosa, ni debe exigirse mayor reflexión en personas que, hasta hoy día, no han visto en el mundo otros problemas que el automóvil, el *polo*, el *tennis* o el *golf*. Otro tanto pudiera decirse de ciertas virtuosas y linajudas damas, cuyo trato con la letra de molde se limita al devocionario.

***

En un folleto publicado a raiz de estallar la guerra, *L'attitude de l'Espagne dans la Guerre Européene*, el ilustre hispanófilo Morel-Fatio reconocía que el *germanofilismo* tiene sus más decididos defensores en el partido *jaimista*, en la mayoría del clero y en el elemento militar. La afirmación no puede ser más rigurosamente exacta. Falta añadir la enorme propaganda alemana preparada y lanzada por toda la Península con increíble rapidez.

La organización alemana no perdió el tiempo, sino que tomó la delantera a todas las manifestaciones en pro de los «aliados». Alemania, rica

en agentes, informadores y espías, hasta en los más remotos rincones de la tierra, conoce España y la psicología de su pueblo. Sabe que hallará aquí medios de expansión pacífica cuando los demás países le cierren las puertas de Europa. A España han de venir millares y millares de alemanes que antes andaban diseminados por Francia, por Italia, por Inglaterra. España es de las pocas naciones europeas donde podrán vivir sin que les persiga el odio. La indolencia de sus habitantes será un factor muy apreciable para instalarse en nuestro suelo y explotarlo. La situación política de España también. Les conviene tener, por este lado de Europa, un foco de hostilidad hacia Francia y la Gran Bretaña, que pueda molestar a los vecinos y les permita (sea cual sea el resultado de la guerra) ampliar su esfera de influencia en el Mediterráneo y en Marruecos. Hay actualmente en nuestro país cuarenta y tantos mil alemanes; es decir, un pequeño ejército de gente activa, laboriosa, observadora y tenaz. Si este «pequeño ejército» no ha contribuído a auxiliar con sus muchos medios materiales un levantamiento «jaimista», como se anunció, ha hecho, no obstante, entre bastidores una formidable campaña de propaganda *pangermanista*. No han faltado razones, ni habrá faltado dinero. No faltaron tampoco auxiliares fogosos, periódicos de influencia, ni ovejas sumisas para seguir a estos pastores.

La maniobra no pudo llevarse con mayor ha-

bilidad. Cuando estalló el conflicto europeo, estos caudillos de las «derechas», bien aleccionados, sacaron aquí los trapos sucios a relucir. Respecto de Inglaterra era fácil mostrar uno: ¡Gibraltar! La toma de Gibraltar había sido un robo, una iniquidad histórica sin atenuante. No diremos sin precedente, porque todos los países han cometido parecidas iniquidades. Pero ésta es siempre de actualidad. Gibraltar sigue siendo de los ingleses. Al tomarlo, indignaron, con justo motivo, a los españoles, y si lo devolviese su gobierno indignaría también a sus propios compatriotas. El problema es pavoroso. Reconocen aquel robo, del cual los españoles protestamos, pero disculpan su grave responsabilidad diciendo como los alemanes: «¡La necesidad es ley!», y dando de comer a no pocos españoles de esa zona que viven del contrabando.

Sin embargo, los *anglófobos* van más allá en sus odios. Inglaterra ha sido causa de todas nuestras desdichas. «Ha hundido nuestro poderío naval y ha precipitado nuestra decadencia.» Tan sombrío cuadro basta para excitar las iras populares. Nadie se para a preguntar si, en efecto, quien nos trajo esas desdichas no fué el propio Felipe II con su absurda política de «megalomanía» religiosa y de dominio universal, sin sentido de la realidad. Si la «Invencible» y Trafalgar fueron obra de los elementos de Drake y de Nelson, lo fué también, y en no menor grado, de Felipe II, Carlos IV y Godoy. La decadencia de Es-

paña la han precipitado Reyes ineptos y ministros sin escrúpulos. Luego, se han encargado de prolongarla el régimen parlamentario y los partidos «turnantes»...

Pero sin reflexionar con mayor detenimiento sobre nuestro pasado histórico, las baterías «germanófilas» se volvieron contra Inglaterra, haciéndola blanco de sus injurias. Antes, sin embargo, apuntaron hacia Francia. Para sus huestes belicosas Francia era la enemiga, la rival, la cuna de las revoluciones sociales e intelectuales. Francia era una vecina peligrosa. Su República, un ejemplo disolvente para nuestras instituciones y una amenaza al catolicismo con su ateismo y su corrupción. La separación de la Iglesia y del Estado, la persecución de las Órdenes religiosas, debía a hacer de Francia la enemiga de todo buen cristiano... Nada mejor podía desearse a pueblo tan desmoralizado y extraviado espiritualmente, que una invasión alemana con su creyente Kaiser a la cabeza. Una gran derrota sería el castigo ejemplar impuesto a Francia por la Providencia, a fin de atraerla de nuevo al camino de la redención. París, centro de corrupción del universo, era la nueva Babilonia abandonada a la venganza divina... Pero ante la inicua invasión de Bélgica, el *germanofilismo* quedó indeciso, perplejo. ¿Cómo justificar ese atropello?... ¿Qué decir en contra de ese admirable y heroico país, agredido sin más pretextos que el interés, ni más razones que el derecho de la fuer-

za?... Bélgica era católica, su Gobierno moderado, sus Reyes ejemplares... Un sentimiento de piedad y un murmullo de protesta comenzaba a iniciarse en todos los labios... El «vandalismo» de Alemania iba a restar no pocas simpatías a la causa del *germanofilismo*. Entonces sus directores echaron mano de un argumento burdo, aunque efectista. Para apagar las simpatías hacia Bélgica resucitaron el «caso» Ferrer. La ignominiosa estatua de Bruselas pasó de ser el grotesco homenaje de un Municipio radical y socialista, a pecado nacional, cuya responsabilidad se echó en España a todo el pueblo belga. No es posible negar la habilidad de los que se valieron de estas armas para lograr su objeto. Tampoco es necesario insistir más sobre su ausencia de escrúpulos.

La agresividad carlista en toda esa campaña de propaganda y de prensa, estaba en armonía con su ímpetu tradicional. Echando mano de argumentos religiosos y patrióticos, desahogaban sus furibundos odios de partido. Los *jaimistas* odian a Francia e Inglaterra, no por lo de Gibraltar y los ya mencionados motivos, sino porque de esos países no han de conseguir auxilio alguno en sus tentativas contra el régimen actual. Saben que los Gobiernos de París y de Londres están en buena armonía con la política del Rey D. Alfonso XIII. Comprenden que esos países, orientados hacia la democracia, se apartan cada vez más de su apego al absolutismo, inadaptable a

estos tiempos. Y ven ese absolutismo legendario encarnado en Guillermo II, cuyo cetro domina a Reyes, Príncipes y Grandes Duques. Ven en su persona y en su ejército *el contrapeso* del socialismo y del radicalismo, que invade poco a poco el mundo como una marea disolvente. El espíritu rencoroso de estas huestes se estremece de júbilo. El brazo sanguinario de Germania ha de vengar sus amarguras y desilusiones, azotando cruelmente a las razas descreídas con la misma ferocidad implacable que les animó a ellos en nuestras guerras civiles. Hoy el *jaimismo* es un partido moribundo y desengañado. Vive de odios y no de esperanzas. Su apariencia religiosa y su oposición al espíritu del siglo le da todavía fuerza en ciertas esferas anticuadas de la sociedad, en gran parte del clero y en las provincias vascongadas, foco del viejo carlismo. Pero le falta al partido una cabeza, sin que esto quiera decir una mentalidad. El actual «pretendiente», Don Jaime, es el menos «jaimista» de sus súbditos. Hombre moderno y vividor, que ha corrido mucho mundo, que ha residido en París largos años y servido en el ejército ruso, ni simpatiza espiritualmente con sus partidarios ni es de suponer que sienta ardores *germanófilos*, Para Don Jaime, la «tradición» tiene menos encantos que la libertad. Hoy día los tronos no tienen la estabilidad de antaño, ni conservan su esplendor «absolutista». Se llevan las coronas con menos responsabilidades, pero no con menos peligros

personales. El papel de «pretendiente» es más cómodo, tiene toda clase de ventajas, sin el peso agobiador de la etiqueta... La nostalgia del poder real no debe entristecer la amena existencia de Don Jaime, ni la del Duque de Orleans.

Queda, pues, eliminado de esta campaña belicosa el propio caudillo de las fuerzas tradicionales. Don Jaime es un «pretendiente» sin pretensiones de reinar. Pero mientras los *requetés* agresivos dan en Valencia, Barcelona y otras ciudades un aspecto de fuerza y vitalidad a un partido moribundo, en Madrid, *El Correo Español* lanza, a diario, noticias sensacionales bajo enormes encabezamientos. Canta *en crescendo* el anhelado triunfo de Alemania, y sirve la causa del Kaiser con un ardor, un entusiasmo y una parcialidad que rara vez sostiene un periódico sólo por comunidad en las ideas. La causa de Alemania parece ser la de *El Correo Español,* al leerse las hojas del órgano tradicionalista. El ejemplo cunde por los «colegas» de provincia. Bien es verdad que, aparte de su muy discutible información, inspiran sus apocalípticos arranques el verbo locuaz del Sr. Vázquez Mella, incomparable mago de la oratoria, y la ironía agresiva de Cirici Ventalló, a cuya pluma debemos tan divertidas, al par que intencionadas, sátiras políticas.

*
* *

La actitud del tradicionalismo hubiera sido bastante para que gran parte del clero español le apoyara en esta guerra.

Ha pregonado siempre dicho partido su defensa del «trono» y de la «religión». Halla su fuerza social en no haber evolucionado. Mientras los gobiernos del régimen actual templan la intransigencia política de antaño, limitando la invasión de las Ordenes religiosas extranjeras y anhelando, incluso, ciertas reformas en nuestras relaciones con el Vaticano, el partido tradicionalista halaga a los pastores de la Iglesia, clamando *¡anatema!* contra toda innovación. En muchas sedes apostólicas hay simpatía, cuando no entusiasmo, por la causa anticuada del «jaimismo». Nuestra monarquía parece demasiado liberal a algunos Obispos y sacerdotes; no ofrece bastantes garantías de estabilidad político-religiosa. En cambio, el «tradicionalismo» evoca esplendores de un poderío inquisitorial y es el contrapeso, en la balanza, de las influencias democráticas y republicanas.

¿Cómo no unirse a estas huestes en contra de Francia, eterna cuna de las evoluciones?... Ante necesidad política tan imperiosa, gran parte del clero español disculpa la conduta de Alemania, justifica los medios empleados en la lucha y olvida, generosamente, las veces que ha pisoteado Alemania al Catolicismo; de donde surgió la Reforma, la filosofía moderna y la *Kulturcampf*.

Si se tiene en cuenta que no hay otro país eu-

ropeo donde el Catolicismo haya sido más vapuleado y despreciado, esta benévola actitud de nuestro clero (que algunos maliciosos pudieran atribuir a flaqueza de memoria) está en armonía con el espíritu de Cristo, que todo lo perdona. Mas no puede menos de sorprender esa falta de igualdad en el perdón respecto a Francia, sobre cuyo país caen todas las severidades. Para los católicos franceses sigue siendo esto motivo de asombro y de indignación. Para los que estamos en España no lo es tanto. Bajo la complicada malla de intereses políticos, nacionales y extranjeros que forman el *germanofilismo,* no olvidemos el gran foco de hostilidad hacia la República, sostenido, aquí, por las Órdenes religiosas arrojadas de Francia. En su odio, comprensible, a la política francesa que les despojó, envuelven, sin querer, a toda esa nación. Para ellos, la Francia actual es la República, y esa palabra denota el sectarismo radical, es decir, la Francia de *l'Affaire Dreyfus,* de Waldeck-Rousseau, de Combes; la Francia que en la literatura de ayer se llamó Zola y en la de hoy se llama Anatole France; la Francia de la separación de la Iglesia y del Estado, y la que echó a las Ordenes religiosas...

Aquel paréntesis violento en la nación vecina ya ha pasado. Hoy lo lamentan incluso muchos republicanos convencidos. Pero lo que perdió el Catolicismo en Francia, políticamente, lo ha ganado en el orden espiritual. Su clero y sus

sedes episcopales ya no dependen de sus ministros y personajes, sino directamente de Roma. En toda Francia hay un renacimiento de fervor religioso iniciado hâsta en las letras (1). Pero acaso la pasión política impida mirar, con serenidad, a un país de cuyos gobernantes se padeció destierro y persecución.

Quizá influya en semejante concepto político de Francia el que gran parte del elemento militar, aquí en España, sea *germanófilo*. Esto, a mi juicio, es más comprensible. Hasta poco antes de estallar la guerra, el «antimilitarismo» iba progresando en las altas esferas de la República vecina. La opinión pública, de espíritu pacifista, se dejaba adormecer por las teorías soñadoras de un Hervé o de un Jaurés. El General André, con su política nefasta, los escándalos de *l'Affaire Dreyfus*, la infiltración de la masonería en el ejército y la guerra de socialistas y demócratas contra los aumentos militares, iban apagando la aureola gloriosa del ejército francés, al par que disminuyendo la fuerza y el prestigio de las armas.

En cambio, Alemania representa, hoy más que nunca, la preponderancia del elemento militar sobre el civil. Simboliza el triunfo del militarismo en este siglo XX, que soñó con una paz universal. Alemania está en el apogeo de su ciencia

(1) Algo sobre este movimiento literario he señalado en *La Verdad sobre la Guerra*, pág. 50.

militar y de su avasalladora fuerza. Su disciplina, sus medios materiales, sus armamentos y sus millones de hombres, hacen de los ejércitos del Imperio una gran máquina guerrera nunca vista en los siglos pasados. La organización asombrosa del ejército alemán ha servido, en otros países, de modelo... ¿Cómo sorprenderse, pues, de que nuestros oficiales, sobre todo los más jóvenes, fascinados por esta superioridad del ejército alemán, bien cacareada en todo el mundo, no sientan cierto impulso de imitarle?... Ven con envidia de compañeros menos afortunados los progresos y adelantos de la ciencia militar alemana. Aplauden sus medios, desean su triunfo. Alemania vencedora, dicen ellos, inflingirá una dura lección a los países que se alejaron de la tradición y del militarismo... No puede exigírseles que vean, también, las consecuencias político-sociales de ese mismo triunfo. Pero los militares de más edad, cultura y experiencia, razonan, a Dios gracias, de otro modo...

Tales han sido en España los orígenes del *germanofilismo*. «Fobias», más o menos fundadas, respecto a Francia e Inglaterra, rencores históricos y religiosos, total desconocimiento de la moderna mentalidad alemana. Se han agrupado junto al pedestal del Kaiser los espíritus más fanáticos, los católicos más intransigentes, las señoras más alejadas, por lo común, de los problemas sociales, fuera del cultivo de la caridad. Cuando uno ha visto el entusiasmo belicoso

de estas gentes, a quienes no creíamos capaces de entusiarmarse por nada; cuando se han oído tales desatinos en alabanza de Alemania y en desaprobación de otras naciones, y se han visto tantas personas «rompiendo lanzas» en pro de un país que desconocen por completo, es cosa de preguntarse si el espíritu del loco Don Quijote no ha resucitado inoportunamente, para «vengar agravios nacionales» (!) y defender al Kaiser y a «la religión».

De lo que no se ha dado cuenta el quimérico Hidalgo es de que le han llamado a luchar con los «infieles», no contra ellos. Tiene por colaboradores en Europa a los turcos, sus antiguos enemigos. Hoy los odios políticos han apagado los odios religiosos. Don Quijote, siempre de cara al absurdo y de espaldas a la realidad, se ha hecho *kaiserófilo*. Ha jurado vengar la patria, engrandecer a España y defender la religión. Y esto lo ha jurado tres veces en el altar de la Trinidad alemana, donde se sienta el Kaiser todopoderoso, teniendo a su diestra a Lutero y a su izquierda a Mahoma, su actual colaborador.

V

DON QUIJOTE Y EL KAISER.

Para darse bien cuenta de esta resurrección del «quijotismo» enarbolando su lanza en pro del Kaiser y de sus ejércitos, es preciso recordar que el *kaiserofilismo,* o sea la epidemia mental de las «derechas», es una política retrospectiva. Mira al pasado, no al porvenir. Su espíritu se agita al evocar el Dos de Mayo y Trafalgar, no al estudiar los orígenes de la guerra actual.

En vano trataríamos de convencer a los descendientes del quimérico Hidalgo de que su propaganda a favor de Alemania está fundada en rencores y no en razonamientos. Don Quijote sigue hoy, como ayer, fiel a su concepto de la caballerosidad y del honor: combatir el sentido común y los intereses nacionales *por todos los medios.* Lo hace, con agresividad ciega, en la conversación, en el periódico, en la prensa y hasta en el púlpito. Don Quijote, aun batallador, aunque muy averiado por los desastres de la Historia (en los cuales se metió siempre sin me-

dir sus fuerzas ni preparar sus armas), siente impulsos nobles de coger lanza y espada. Su corazón de Hidalgo enamorado se estremece al relatar las glorias de Alemania, su nueva Dulcinea. Apenas si esta Dulcinea y él se han encontrado una vez en la vida, pero al pasar la Dulcinea altanera e indiferente en su apogeo, sin sospechar el efecto que iba a hacer a este viejo Hidalgo devoto, orgulloso y anticuado, Don Quijote, de pronto, sintió una pasión loca por la *fraulein* rubia y sonrosada.

Esta pasión ignorada ha brotado al estallar la guerra. Don Quijote se estremece de ira contra los «calumniadores» de Alemania. Cree ciegamente en el justo triunfo de Alemania, como en un decreto providencial. Admira, sobre todo, a ese Kaiser del casco dorado y de los bigotes agresivos que arenga a sus legiones y habla de Dios todos los días. Para nuestro viejo Hidalgo, el Kaiser simboliza la fe religiosa, el honor, la fuerza, el valor, el poderío. Siente verdadero fanatismo por su gran pueblo que, imitando nuestras locas hazañas de antaño, desangra a Europa en una lucha titánica sostenida contra varias naciones. Aplaude en esa actitud belicosa un verdadero alarde quijotesco. Cada victoria germánica le arranca un grito de júbilo. Cada buque inglés a pique, aunque sea transatlántico, parece calmar sus antiguas heridas nacionales. Si *Rocinante* no estuviera ya inutilizado, si él conservara su vigor juvenil, Don Quijote vola-

ría a socorrer al Kaiser. No llegaría a verle, eso es verdad; ni las escuadras ni los ejércitos «aliados» le permitirían salir de España. Todo lo más, hubiese envidiado la suerte de los turcos, olvidando Lepanto y diferencias de raza y de religión; tratándose del Kaiser y su causa, ¿quién piensa en esas pequeñeces?... Don Quijote, impetuoso como siempre, entraría en la contienda, prescindiendo de toda lógica y desdeñando los sabios consejos de su escudero Sancho Panza.

Don Quijote, bravo caballero, pero mediocre hombre político, no entiende ni ha entendido casi nunca nuestros intereses internacionales. La Historia de España está plagada de errores suyos, o sea de «quijotismos» lamentables, desde la «Invencible» hasta el desastre colonial. Al Hidalgo español le ha sobrado valor, pero le ha faltado, en cambio, sentido común. Las lecciones de la experiencia de poco o nada le han servido. Cuando ante el mundo se presentaba una ocasión de «modernizarse», de evolucionar, de salir intacta España del conflicto europeo, más fuerte, más respetada y más envidiada por otras naciones que no pudieron salvarse de la sangría europea, se le ocurre, en mala hora, a Don Quijote salir de su tumba. ¿Y con qué aspiración?...

Pues con el objeto de resucitar la España antigua: sus errores, sus intransigencias, sus odios históricos. Mientras la civilización entera clama, indignada, contra las atrocidades de esta guerra monstruosa sin precedentes, en que se

burlan reglas y convenios, Don Quijote aplaude los actos «vandálicos» de estos iniciadores de la *Kultur*. Mientras el mundo cristiano ve con horror, en un horizonte ensangrentado, las ruinas de Lovaina, de Amberes, de Malinas o el incendio de la Catedral de Reims, Don Quijote, «creyente» paradójico, murmura impasible: «...La guerra es la guerra.» Y es que bajo la vieja armadura del Hidalgo se agita un alma de gran Inquisidor. En su catolicismo hay más fanatismo que piedad religiosa, más rencor de partido que observación de la realidad. Don Quijote y sus huestes actuales tienen el convencimiento de que Alemania merece vencer, así como Inglaterra y Francia merecen ser vencidas. Y ante ese deseo ferviente y esa idea fundamental, poco importan los millares de católicos belgas o franceses que han sufrido las consecuencias de la agresividad alemana. Si el espíritu del Quijote gobernara a España, nos quedaríamos solos en el mundo, del brazo de Turquía y de espaldas a la cristiandad. La alianza con Alemania habría puesto, en las actuales circunstancias, el *Inri* a nuestro aislamiento internacional.

Mucho antes de esta guerra europea, nuestro gran pensador Joaquín Costa, que señaló con su intuición genial la rapacidad prusiana cuando el incidente de las Carolinas (1), escribía estas líneas definitivas:

---

(1) Véase *Alemania contra España*, por Joaquín Costa.

«España debe guardar relaciones cordiales con Alemania, pero nada más. Amistad o enemistad no tienen nada que hacer entre dos potencias tan heterogéneas y tan apartadas una de otra. Su alianza no estaba abonada por la Historia, ni por la Geografía, ni por atracciones de raza, ni por sugestiones del interés.»

Han variado los tiempos, pero no ha debido variar nuestra norma de conducta respecto al Imperio alemán. «Relaciones cordiales con Alemania, pero nada más.» Pretender «alianzas», soñar con que Alemania «quiere engrandecernos», o que por «debilitarse» Francia vamos a salir a flote del conflicto europeo convertidos en primera potencia, sólo cabe en mentalidades quijotescas.

Y, sin embargo, desde que comenzó la guerra, por ahí andaban los Quijotes del *kaiserofilismo* predicando la nueva cruzada y descubriéndonos una Alemania poco o nada parecida a la que hemos conocido. Con los tres o cuatro «clichés» patrióticos ya mencionados, iba haciéndose con éxito la propaganda de las frases hechas. Donde quiera que se hallara un *germanófilo*, éste repetía, mecánicamente, lo mismo que nos había dicho el *germanófilo* anterior, y lo que había de decirnos el siguiente... «Alemania no nos ha hecho nunca daño...» «Francia e Inglaterra han sido la causa de nuestra decadencia...» (¡Qué español es esto de achacar *a otros* las propias responsabilidades!...) «... Bélgica ha insultado a Es-

paña con el monumento a Ferrer ..» (!) «... Nuestros intereses son *contrarios a los de Francia e Inglaterra*» (tan absurdo es esto como el querer demostrar que van unidos a los de Alemania...) «La que provocó la guerra es Inglaterra» (!!!). Y cuando uno demostraba la inexactitud de tal afirmación, entonces la conocida frase de: «Pero ¿no le entusiasma a usted Alemania?... ¡Mire usted que la campaña que está haciendo *ella sola* contra media Europa es verdaderamente colosal!»

Lo cual quiere decir que el conflicto europeo se miraba como una legendaria hazaña de Hércules, o como pudiera apostarse por el probable vencedor en un *match* de boxeo o en una lucha de gladiadores. Y el afirmar que Alemania, *ella sola*, hacía estos alardes de fuerza, indicaba bien claro que para el *germanófilo* español Austria y Turquía no han existido en esta guerra hasta que el nombre de la última ha sonado, como sucursal guerrera de Berlín, en las operaciones de los Dardanelos.

Bien es verdad que los entusiasmos *germanófilos* han ido calmándose desde los comienzos de la guerra europea. Numerosos españoles, desorientados a primera hora por la propaganda *germanófila*, han evolucionado desde entonces. En unos ha influido el sentido común; en otros, la decepción. La guerra no les ha proporcionado el grandioso espectáculo teatral que anhelaron para entretener sus ocios. No ha sido una

marcha triunfal del Kaiser sobre París. Todo lo más ha llegado algún «taube» desahogando los rencores germánicos con dejar caer algunas bombas sobre la capital. Y como «a falta de pan buenas son tortas», a falta de entradas triunfales ha habido que aplaudir estos alardes de fría barbarie, sin utilidad militar alguna, ni justificación.

A las grandes batallas y hecatombes iba a suceder la monótona guerra de trincheras, guerra sin interés y sin estética para los lectores de periódicos, pero acaso más terrible y cruel. En ella mueren los hombres víctimas del frío, del agua y del lodo, en el cual vivían sepultados. Y el mismo rigor de la temperatura acaso les sea benigno: sanea un tanto el olor y la fetidez de los cadáveres en descomposición, que el tiroteo continuo impide sepultar.

***

Fracasado el avance sobre París por la revancha del Marne, fracasados igualmente los furibundos ataques germanos contra Verdún, la guerra perdió en el Occidente todo su aspecto teatral. Fueron corriéndose las líneas de los ejércitos beligerantes hacia el Norte, en un vano intento de envolverse. A las cargas y avalanchas humanas, sucedieron los monótonos «duelos de artillería» y las defensas subterráneas. A los avances impetuosos y sensacionales, la lucha diaria y tenaz por unos «metros» más o menos

de terreno. La vacilación del alto mando alemán en aquellos días, demostró bien claro que no habían contado con esta nueva fase de la guerra, sino con una ofensiva rápida y abrumadora. Hubo en el Estado Mayor cambio de puestos, debido, como siempre, a «razones de salud». Hubo, según se dijo, disensiones entre el Kaiser y sus generales. El Kaiser, irritado contra Inglaterra, soñó entonces con «bases navales» para atacar la pérfida Albión y castigarla por su intervención. Según los «partes» de la prensa, ordenó a sus ejércitos que Dunkerque y Calais fueran tomados «a toda costa».

Nuestra prensa *germanófila* encubrió otras amarguras, pregonando a los vientos el sensacional anuncio. Se reanimó, con esto, el chasco de los *germanófilos*. Dunkerque y Calais iban a caer en breves días. Inglaterra estaba seriamente amenazada. Además, un fenomenal «raid» de *zeppelines* caería sobre Londres, destruyendo la capital (!) con bombas de dinamita. Este último «bluff» germánico entusiasmó a nuestros Quijotes belicosos y se habló de ello como de un hecho inevitable. No obstante el decreto semiprovidencial del Kaiser, fracasaron estos intentos, y el «teatro de la guerra», dejando sin romper la línea franco-inglesa, se trasladó al frente ruso.

Durante el largo duelo de los dos colosos, Rusia y Alemania, el general Hindenburg ha sido, con razón, el ídolo de los *germanófilos* y la admiración del mundo entero. El veterano caudillo

ha salvado a Alemania primero, a Austria después. Sus ofensivas, sus rápidas concentraciones, su habilidad estratégica y su audacia, demuestran que, aun hoy día, los Moltkes tienen descendientes. Negar esto, es negar la evidencia. Pero compararle a Napoleón y decir «es más grande que él», como han dicho varios *germanófilos,* es un tanto exagerado. ¿Qué no hubiese hecho el César corso con las líneas de ferrocarriles?... ¿Cómo puede compararse este plan de campaña de Hindenburg, estudiado con tenacidad teutónica durante media vida, a las hazañas increíbles del joven Bonaparte, que en Italia vencía a los grandes ejércitos austriacos de Alvinzi y de Beaulieu?...

Hindenburg, durante la guerra, ha hecho bastante para merecer de su patria eterna gratitud. Pero no olvidemos tampoco los grandes méritos de Rusia. Mientras que Francia se reorganizaba e Inglaterra iba mandando hombres, Rusia ha sostenido, medio año, todo el peso de la campaña contra Alemania, Austria y Turquía. Lo que los hombres de Hindenburg hacían en ferrocarril, los hombres del Gran Duque Nicolás lo hacían a pie. Mientras los austro-alemanes transportaban velozmente sus piezas de un lado al otro, efectuando rápidas concentraciones, los rusos tenían que contrarrestar estos movimientos envolventes con marchas interminables. Cuando se haga, militarmente, la historia de la guerra europea, no se juzgará menos glorioso, creo yo, el

papel de Rusia en esta lucha que el de Hindenburg y el de los alemanes. Si las victorias rusas han cesado en los Cárpatos, la retirada general de sus ejércitos se debe, no a falta de tenacidad o de valor (bajo este aspecto siempre fueron los rusos invencibles), sino a deficiencias de material y a falta de municiones.

Pero la lucha interminable en el frente oriental no era lo que excitaba más los ánimos de nuestros «kaiserófilos». Como vulgarmente decimos, Inglaterra era la que debía «pagar los vidrios rotos». Ella era la «causante de la guerra», que había preparado «pérfidamente». Nótese que en esta universal tragedia el papel de villano se cedió, en seguida, a Inglaterra. Para Alemania quedó el glorioso papel de héroe, que atacado en la sombra, rodeado de envidiosos enemigos, vence por su lealtad, su arrojo y su valor todas las traiciones.

El origen de la guerra es cosa que han trabucado, fantásticamente, la mayor parte de nuestros *germanófilos*. Ha habido en España muchos *germanófilos* ciegos ante la evidencia. Desprovistos de argumentos o de documentación alguna, han hecho alarde de *no querer enterarse*. Como los creyentes fervorosos que no admiten discusión del dogma, no querían escuchar siquiera la más leve censura del Kaiser o de los alemanes. Y esto lo hemos visto en personas que, a diario, menosprecian las cosas de España. Para estos Quijotes de la causa del Kaiser, el triunfo de Alemania es

cuestión de amor propio. Ya pueden llover documentos o manifiestos, «partes oficiales» o pastorales de Obispos católicos: el *germanófilo* se encoge de hombros: «No me cuente usted esas cosas, porque no las creo». «Todas son calumnias de los detractores de Alemania». «Un pueblo civilizado como Alemania es incapaz de hacer eso».

Eso mismo creíamos nosotros antes de la guerra.

Y el *germanófilo*, sintiéndose *superhombre* a lo Von Bernhardi, se sonríe desdeñoso y dice: «La guerra es la guerra.» Desprecia nuestro sentimentalismo. Hace jocosos comentarios sobre los «aliados» imitando las amenas chirigotas de *El Mentidero*, y adquiere el convencimiento, al leer el *A B C*, de que Alemania es un pueblo calumniado.

En efecto, *A B C* no se contenta con hacer la apología militar de Alemania: canta sus glorias en todos los órdenes. Tiene en varios redactores entusiastas paladines de los Imperios centrales. De cuando en cuando señala «el desprecio con que nos han tratado siempre Francia e Inglaterra». Pero hace más, conmueve a sus millares de lectores publicando patéticas fotografías que destruyen de un golpe todas las «falsedades» de los «hipócritas» aliados. ¿Cómo creer en el materialismo de Alemania ante los soldados alemanes «asistiendo al Oficio divino»?... ¿Quién va a dar crédito a esos fusilamientos de sacerdotes belgas, cuando vemos a los soldados del Kaiser dando ropa o limosnas a unas monjitas?...

Y... ¿qué lector no se emocionará al ver estos mismos soldados, bonachones, infantiles, «jugando con niños belgas» o «franceses»?... Tan pacífica escena es digna de todo elogio, aunque hayan destripado antes a los padres y violado a las madres. ¡La guerra es la guerra!... Y hay tiempo para todo.

Se comprende que ante estas manifestaciones gráficas de la bondad, la sencillez y la devoción del ejército alemán con sus vencidos, estallen las iras de *francófobos* y *anglófobos*. Un pueblo tan «bueno» y tan «culto» merece vencer... y vencerá. La decadencia de Inglaterra es cosa que, sin demostrarse, han admitido ciertos grupos belicosos como artículo de fe. El «fracaso de la marina inglesa» se ha proclamado con júbilo a los cuatro vientos, causando una extrañeza harto comprensible. Los que aun seguimos creyendo en la supremacía mundial de Inglaterra, nos preguntábamos asombrados, ¿pero dónde está el fracaso de Inglaterra?... ¿No sigue dueña a estas fechas de los mares?... ¿No ha barrido del globo el comercio alemán?... ¿No tiene embotellada a la escuadra alemana en el canal de Kiel?...

Bien está que las huestes del Quijote se entusiasmen con las hazañas marítimas del *Emden*. El mundo entero las aplaudió. Los mismos ingleses alabaron en la prensa a su tripulación y a su audaz comandante, como antaño alababan a sus enemigos los generales boers Botha y De Wet. El

inglés siempre ha reconocido las cualidades de su adversario. Hagamos también justicia a los ingleses. Desde el fin del *Emden* y la destrucción de los buques alemanes junto a las costas de Chile, no hay un barco alemán por esos mares. Los submarinos alemanes, en cambio, han dado pruebas de una utilidad inesperada durante la guerra. Sobre unos, resplandece la gloria; sobre otros, la ignominia. Los hay que han realizado audacias increíbles, y los hay que se han manchado de oprobio y de vergüenza.

Resulta inexplicable que entre nuestros más distinguidos *germanófilos* haya quien aplauda lo uno y lo otro. En la vida corriente son señoras que pasan por cristianas, señores que pasan por caballeros. Se comprende, hasta cierto punto, su intenso júbilo al ser torpedeado un buque de guerra inglés, pero es injustificable su satisfacción cuando Alemania bombardea las ciudades libres, y hace gala por mar como por tierra, de burlar todos los convenios. Y nos sorprende desagradablemente el que ciertas gentes «de buen tono», aunque por lo visto de poca sensibilidad, encuentren muy natural atentados cobardes y bárbaros, como el del *Lusitania*, que claman venganza del mundo civilizado. Tales actos de «vandalismo» serán reprobados eternamente, y el decir, como atenuante, que Inglaterra «ya estaba avisada», no justifica esos procedimientos. También los atentados anarquistas suelen anunciarse, y la opinión pública protesta, sin em-

bargo, contra el crimen execrable, cuando éste se comete.

Lo extraño es que las huestes quijotescas se hayan apartado tanto del espíritu del desdichado Hidalgo, espíritu arrojado, noble, incapaz de una villanía. Don Quijote mismo no aprueba, en su fuero interno, este modo de hacer la guerra, ni estos medios traidores. Si dice «¡La guerra es la guerra!», es por modernizarse y contentar a sus partidarios; pero su corazón se estremece al ver que hoy los caballeros imitan a los «apaches». Prevé una resurrección de los *bárbaros*, si la palabra y el honor carecen de valor y los tratados son «pedazos de papel». Si «el fin justifica los medios» y «la necesidad es ley», ¿qué de traiciones, qué de iniquidades, qué de horrores no verá este siglo XX?... Y Don Quijote, que aún tiene fe en el Kaiser, cierra los ojos ante la realidad para no presenciar el ocaso de todos los idealismos.

Bien es verdad que, a ratos, le consuelan venerables sacerdotes y le enardecen entusiastas militares. Tiene, además, a su alrededor elegantes *sportsmen* y linajudas damas. Esos elegantes de club y de salón son *kaiserófilos* hasta la médula. Nadie sabe por qué. No tienen ni han tenido nunca opiniones políticas o religiosas. La lectura no suele turbar nunca su digestión, por la sencilla razón de que no leen. Es más, hasta hoy iban a París y a Londres y miraban con cierto desdén las cosas de España; vestían a la in-

glesa, practicaban los «sports» anglo-sajones y hablaban regularmente el inglés, como hablan y escriben el español. La guerra, de pronto, los ha revelado... ¡*anglófobos!* ¿Cómo explicar esta repentina evolución?... El *germanofilismo* de estos caballeros aún es un enigma, como su utilidad social en este mundo.

Seamos, en cambio, más benignos con las demás. En ellas influye, naturalmente, la actitud de nuestro clero. Lo que dice el Padre tal o lo que piensa el señor Obispo, es artículo de ley. Francia, la sirena irresistible que atrae a los cosmopolitas, está corrompida y «necesita una reacción». Hay en España, como en el extranjero, una idea muy generalizada de que Francia es un país agradable y superficial, que sólo produce automóviles, *cocottes*, modas y novelas «verdes». París es el mercado mundial que surte al universo estos productos. Explotarlo está muy bien, pero alabarlo no es «de buen tono». Queden los elogios para la «culta» y «moral» Alemania, aunque las estadísticas de la policía de Berlín sobre las costumbres públicas pudieran sobresaltar de espanto a nuestras devotas *germanófilas*. Pero hay una barrera que se opone entre estas huestes ingenuas y la realidad: el desconocimiento absoluto de Alemania y el entusiasmo colectivo por el Kaiser, a quien Dios, según dicen, ha encomendado los intereses de España. «¡Ah, el Kaiser!», se oye exclamar con entusiasmo... «¿No admira usted al Kaiser?...» Al men-

tar este augusto nombre hemos visto a españoles expresarse con mezcla de reverencia y de pavor; hemos oído a señoras defenderle con el mismo brío que si defendieran su honra discutida...

***

La fascinación que ejerce el Kaiser en estos grupos es irresistible. Admiran en Guillermo II la versatilidad de su persona. Ven que pasa revistas, que hace discursos, que inaugura monumentos. En esto, claro está, no se diferencia de los demás jefes de Estado. Hacen lo mismo el Rey de Inglaterra, el Rey de Italia, M. Poincaré. Antes de M. Poincaré revelaron parecida actividad M. Fallières y M. Loubet. Monarcas y Presidentes hoy tienen su repertorio, como primeros actores de la representación nacional. No obstante, el Kaiser revela su personalidad: quiere ser GUILLERMO II, y no únicamente uno de tantos soberanos incoloros. Acaso sueñe con eclipsar a un Luis XIV, un Federico II, un Carlos XII de Suecia, figuras de relieve que no se resignaron a pasar inadvertidas por el libro de la Historia.

Víctima de esta idea fija, Guillermo II ha resultado siempre un hombre *teatral*. No le basta el gran escenario de Alemania; necesita un escenario mundial. Como los grandes actores, le molesta que otra persona pueda compartir con el la atención pública. Su rival de un día, Mr. Roosevelt, le preocupó hondamente, y cuando se en-

contró con el célebre Presidente americano, ambos sufrieron una decepción. No podía suceder de otro modo entre dos hombres atacados de *megalomanía*. Si Guillermo II no fuese Emperador, sentiría unos celos invencibles de Rostand, de D'Annunzio y de Bernard Shaw, no por sus aureolas literarias, sino por su resonancia periodística. La *megalomanía* del Kaiser ha sido estudiada por la ciencia, y simboliza, a su modo, el *¡Deutschland über alles!* de la Alemania actual. El mismo historiador alemán, Karl Lamprecht, ha escrito: *La Alemania de ayer está representada por Bismarck. La de hoy, por Guillermo II.*

Y el primer gesto de resonancia de Guillermo, Emperador, fué suprimir a Bismarck; gesto de ingratitud «neroniana», que recuerda el del histrión romano condenando a muerte a su maestro Séneca. Sin embargo, lo que a primera vista parece un acto de independencia, no fué más que un rasgo de vanidad ofendida. Era Bismarck demasiado importante para aguantarle en el mismo escenario. Cargado de gloria y de triunfos, el *Canciller de Hierro* hacía sombra al joven debutante... Y el impulsivo Kaiser eliminó de un golpe al genial político que supo fabricar un Imperio colosal de un mosaico de Estados sueltos.

Desde entonces el Kaiser ha representado una incesante comedia política. Va, viene, corre de un lado al otro con una inquietud alarmante. En la paz o en la guerra quiere estar en todas par-

tes, como la Providencia misma. Cuando alguien le ha aconsejado prudencia, o recomendado discreción, bien fuera un Hohenlohe o un Büllow, el dueño y señor de todas las cosas le ha indicado la puerta con un gesto altivo. El Kaiser no le debe nada a nadie. «Represento, como mi imperial abuelo, la realeza *por la gracia de Dios*», ha dicho él mismo. La fidelidad de sus millones de súbditos es, pues, un deber casi religioso. Dios es para el Kaiser un colaborador celeste, cuya representación él ostenta en la tierra. Es un Dios «germanizado», y le llama «el buen Dios germano».

El Kaiser no concibe seguramente un Dios que se ocupe de los decadentes pueblos latinos, aunque el clero de estos países no le guarde por ello rencor. En sus discursos altisonantes, Guillermo II habla de Dios y de él mismo con igual fe y entusiasmo. En un siglo tan escéptico, ésto es digno de estudio y de atención. El Kaiser, sin embargo, parece la antítesis del cristianismo, a pesar de su fe luterana. Evoca al Dios de los fuertes y de los ejércitos; para nada el de los pobres y el de los humildes. Nos suele hablar, con la espada en la mano, de su «pueblo providencial», de su dinastía, de «su misión mundial», del «porvenir glorioso de Alemania».

La prensa europea estaba siempre pendiente de sus labios, temiendo la amenaza. Llovían discursos del Kaiser y fotografías suyas. Este monarca poderoso, del duro ceño y de los bigotes

agresivos, imponía al público temor, respeto y consideración. Su figura imperial tenía la aureola de los antiguos monarcas absolutos. Era una personalidad original en esta época en que la democracia y el socialismo tienden a vulgarizar a las personas como a derogar los privilegios...

Guillermo II, mientras preparaba su gran máquina guerrera, mientras aguardaba impaciente el momento en que pudiese comenzar la gran tragedia histórica, para cuyo éxito mundial no se había escatimado gasto alguno, siguió dando al universo la impresión de un comediante y «transformista». Ni un momento dejó de entretener a su auditorio. Viajes, revistas, inauguraciones. Iba al Quirinal, como al Vaticano. Hacía «declaraciones» trascendentales, y a veces un tanto inoportunas, que luego corregían o atenuaban sus ministros. Cuando menos se esperaba, el Kaiser, con la habilidad de un Sardou que ocupase el trono, daba un golpe de efecto teatral. Una vez era un telegrama efusivo al Presidente del Transvaal, Krüger, dejando atónita y ofendida a Inglaterra. Otra, el desembarco repentino en Agadir. Si la política no ofrecía ocasiones de lucimiento personal, el Kaiser, a caballo, rodeado de su Estado Mayor, pasaba revista a sus ejércitos y «jugaba a los soldados», soñando con más belicosos pensamientos.

Y mientras tanto, víctima de una actividad febril, cambiaba de disfraz y de actitud a cada rato. Le veíamos vestido de almirante, de gene-

ral, de «tirolés», de «yachtsman», de cazador y de guerrero, de soberano y de particular. Este Kaiser parecía infatigable. Arengaba a sus marinos, hacía discursos políticos, leía la Biblia a su séquito en viaje, entretenía sus ocios con el modesto oficio de carpintero, daba consejos a los artistas, componía un frívolo «ballet» titulado *Sardanápalo,* y para demostrar su omnipotencia lo hacía representar en la Ópera Imperial. Su genio parecía ilimitado, su flexibilidad intelectual única. La opinión pública, por lo general, admiró siempre a este Kaiser tan emprendedor, que hacía, a un tiempo, tantas cosas, sin pararse a pensar si las hacía bien... Quizá el pedestal imperial haya aumentado en exceso la figura...

Pero este hombre, no cabe duda, ejerce desde lejos gran fascinación. En España también tiene su público. Las huestes de Don Quijote le aplauden y le admiran. No sabemos de fijo lo que pensará el Kaiser sobre España y las «derechas», sobre el clero católico y la oratoria del Sr. Vázquez Mella. Quizá en su orgullo teutónico desprecia todos estos valiosos elementos, aunque acceda a servirse de ellos por conveniencia política. Pero los «agentes de información» que tiene en la Península nos han anunciado grandes cosas. Guillermo II va a ser nuestro Mesías. Tal es su amor a España «que nos devolverá Gibraltar» y nos «cederá Marruecos» (!!). Esto, naturalmente, es una pequeñez. Para contentar al

clero y castigar al Quirinal por sus desvíos, restablecerá el «poder temporal» del Pontífice. Después de habernos escamoteado un Papa (1), engrandecerá a la Iglesia de Roma, que ha de ser feudo, desde entonces, del monarca luterano. Ante porvenir tan halagüeño se estremecen de júbilo las gentes de buena fe. He oído de labios ingenuos, que el Kaiser, terminada la guerra, mandará su espada ¡¡a la Virgen del Pilar!!!! ¡Oh, candidez femenina, que no ve, aparte del engaño, el sarcasmo de poner a los pies de una Imagen venerada una espada roja de iniquidades y de ultrajes!...

Huelga decir que estos rumores bufos no han sido tomados nunca en serio por la opinión pública española. Al asombro ha sucedido la ironía. Sólo sirvieron esas relaciones para pertur-

---

(1) En efecto, en el penúltimo Cónclave que dió lugar a la elección de Pío X, el segundo escrutinio reveló una aplastante mayoría a favor del eminente Cardenal Rampolla, ex secretario de Estado de León XIII. Entonces, las esferas oficiales de Berlín y el mismo Kaiser, alarmados ante la probable elección de un Pontífice poco *germanófilo,* apelaron a la católica influencia del Emperador de Austria para que éste le pusiera el *veto.*

Así lo hizo Francisco José, por boca de su Embajador en el Vaticano. Y ya se saben las consecuencias de ese Cónclave histórico, la noble respuesta del Cardenal Rampolla, renunciando a su candidatura, y la elección de un prelado ajeno por completo a tendencias políticas: el Cardenal Sarto, luego Pío X.

bar, aún más, a las víctimas del *kaiserofilismo* agudo. Desde entonces se van calmando esas huestes ofuscadas. Las gentes sensatas no admiten el volver las espaldas a todo lo francés y lo inglés para cantar en alemán el *Deutschland über alles*, y convertirnos en otra sucursal *turco-prusiana*. Resulta lamentable ver a estos supuestos paladines de nuestra independencia nacional renegar de «influencias extranjeras», cuando ellos publican un periódico titulado *Germania*, se interesan por el triunfo de Alemania, como no se interesaron nunca por los problemas nacionales, y van por millares a dejar sus tarjetas en la Embajada Alemana el día del santo del Kaiser, que celebran como futuros súbditos'!

Con este insano entusiasmo y estos razonamientos quijotescos, el *germanofilismo* ha caído en el absurdo. A la agresividad de la primera hora ha sucedido, en muchos, la duda y la tibieza. Vendrá la hora de la reacción, en que los *germanófilos*, despertando a la realidad, se arrepentirán de su actitud primera. Y pasados unos años, la Historia, al juzgar este increíble movimiento de opinión, sabrá discernir entre lo que hubo en él de intriga y lo que hubo de inconsciencia.

VI

EL PELIGRO PANGERMANISTA

(DEUTSCHLAND ÜBER ALLES)

Hace unos años, cuando China se veía conmovida por sangrientas revoluciones y salía de su eterna quietud de esfinge asiática al través de los siglos, Guillermo II tuvo palabras proféticas sobre el *peligro amarillo*. La frase hizo época. El Oriente lejano parecía despertar de su letargo, y un amanecer glorioso reveló a una Europa inquieta la aparición casi inesperada del *Imperio del Sol naciente;* nombre simbólico sólo evocado hasta entonces en los biombos y en los abanicos.

Si el choque de las razas europea y asiática y la victoria del Japón en la guerra ruso-japonesa, fué un duro golpe para la vieja Europa, *el peligro amarillo*, aun reducido a la Siberia y a los mares orientales, parecía lejano y evitable. Todos los que observaban con algún interés los problemas sociales y políticos, no dejaban de ver con

recelo un peligro mucho más cercano para Europa entera: *el peligro teutónico*.

Durante años se ha manifestado este espíritu agresivo de Alemania en revistas y en libros, menospreciando cuanto las demás naciones han contribuído en el pasado o en el presente a fomentar la civilización. La famosa *Kultur* ha servido de pantalla a la Casa Krupp. Lo que parecían desahogos belicosos de publicistas y escritores militares, llegó a ser el evangelio de esta guerra predicada y preparada largo tiempo. El conflicto europeo es una bomba de fabricación prusiana compuesta en los laboratorios de Berlín y de Postdam. La bomba *pangermanista*, arrojada bruscamente al centro de Europa en el verano de 1914, no ha producido, al estallar, los efectos calculados. Sus víctimas se defienden, aunque hay algunas de ellas que yacen moribundas. Otros países, alarmados, acuden a salvarles de la hidra germánica, monstruo de varias cabezas que invade todas las fronteras. Cuando oigo a ciertos *germanófilos* de por acá indignarse porque media Europa se levante contra «la pobre» Alemania, esta superioridad numérica me parece muy justificada, dada la índole del atentado. Es la multitud espectadora queriendo linchar al anarquista después del crimen execrable.

La gran guerra de 1914 es la guerra del *pangermanismo* contra Europa; el Aguila Imperial acechando el momento para avalanzarse sobre

sus víctimas y convertir sus sueños en realidad. Este sueño, o más bien este delirio, es el de la «dominación mundial». Para realizarlo es imprescindible el «germanizar» primero a Europa. «Germanizarla» quiere decir acabar con las *razas inferiores*, la eslava y la latina; y si ésto no es posible, destruir en ellas todo espíritu de rivalidad o todo inútil acto de defensa contra la invasión germánica. Los pueblos débiles tienen que morir. Desde una altura inaccesible, el Aguila sangrienta y victoriosa ve a su alrededor a los distintos pueblos que oprimió entre sus garras. Aún viven y prosperan en la paz. Hay en ellos riquezas, grandes ciudades, fértiles campiñas. Esto excita una vez más la codicia del Aguila; con un esfuerzo sus alas cubrirán casi todas esas tierras. Pero el Aguila, en su orgullo, no se limita a esos deseos. Quiere también dominar el mar, y al ver a lo lejos las brumosas costas de Inglaterra, educa a sus tiernos aguiluchos en el santo odio al pueblo inglés—pueblo de traficantes y de mercaderes—, incitándoles a que en el porvenir, cuando sean mayorcitos, extiendan hasta allá su vuelo, sembrando en la «pérfida Albión» la ruina y el terror del Aguila prusiana.

«Quien niegue que Alemania se ha preparado »para la guerra y siempre ha querido la gue»rra—escribía yo recientemente (1)—, descono-

(1) *La verdad sobre la guerra.*

»ce, o finge desconocer, toda su historia política »del siglo XIX y el espíritu guerrero de Prusia, »que primero soñó sacudirse del yugo napoleóni- »co, después aniquilar las dos grandes potencias »militares Austria y Francia, luego fundó su co- »losal Imperio, y al fin, siendo la primera poten- »cia militar del mundo, invencible e indiscuti- »ble, vuelve su mirada codiciosa hacia los ma- »res, y sueña con armadas, victorias y conquistas »coloniales, cuyo único estorbo es Inglaterra, «la »pérfida Albión», última nación que aún que- »da por aniquilar antes de que la raza alema- »na, «elegida por Dios», extienda tan alta repre- »sentación providencial por la tierra y el mar, »sin que haya quedado en pie otra raza capaz »de discutir con las mismas armas esta misión »dura, pero inevitable, de la «cultura» y del «pro- »greso» de Alemania.»

»Y a esta glorificación y reclamo continuo de »la guerra han contribuído no sólo militares y »estadistas en tenaz colaboración, sino, lo que es »más extraño, intelectuales y escritores cuya »teoría o doctrina fué enaltecer la voluntad de »dominio universal, el orgullo alemán, la fuerza »sobre la justicia y el desdén más insultante ha- »cia los débiles, los oprimidos, los vencidos, cuyo »derecho de existencia no reconocen estos após- »toles del *pangermanismo*.»

Esto es lo que en el mundo intelectual se ha llamado «la intoxicación progresiva de Alemania desde 1870». Sus triunfos, su rápido y grandioso

desenvolvimiento se reflejan en su orgullo desmedido, en su arrogancia y su agresividad de «matón» europeo.

En menos de un siglo ha derrotado a todos sus adversarios y fundado su Imperio sobre el pedestal de la violencia. Ha despojado a otros países de su dinero y de sus tierras. Ha arrancado girones nacionales de las banderas caídas. Tiene hoy bajo sus garras codiciosas víctimas heridas mortalmente, que se llaman el Schlesswig-Holstein, la Polonia, la Alsacia y la Lorena. Su espada victoriosa ha despertado tantos odios con sus conquistas y sus atropellos, que ha de estar siempre desenvainada para conservar todo lo usurpado. Pero ante el clamor de júbilo que resuena desde Versalles hasta Berlín cuando se corona el Águila, se ahoga la voz de la conciencia nacional. «El fin justifica los medios», y las iniquidades políticas harán así más temible la aureola del trono imperial.

* * *

¡Cuán lejos estamos ya de la Alemania de Kant, que soñaba con «la paz perpetua», o de la de Lessing, indiferente al concepto de patria! El espíritu racionalista más estrecho e intransigente se filtra al través de libros y de revistas. La intolerancia y agresividad prusiana se refleja hoy hasta en la *Kultur,* corrompida por el apogeo material de Alemania y el éxito de su política militarista. La disciplina y organización mecánica del vasto

Imperio de los Hohenzollern ahoga la expansión individual y la independencia intelectual de las grandes personalidades.

En vano pretende el *germanófilo* encubrir su amor al militarismo prusiano cantando las glorias de la Alemania artística y científica. No haría falta insistir mucho sobre el pésimo concepto que de Alemania y de sus compatriotas han tenido los grandes alemanes. Desde Lutero hasta nuestros días llueven los comentarios más desfavorables sobre el espíritu y el carácter teutónico. El fraile reformador y turbulento dejó caer frases amargas y desdeñosas sobre la mentalidad alemana. El eco de sus palabras resuena al través de los siglos. Federico II, *el Grande,* no perdía ocasión de flagelar mordazmente a sus propios súbditos. Goëthe, la primera figura literaria de Alemania en el siglo XIX, sólo siente admiración por la cultura de Francia y de Italia, y dice: «... los alemanes deben dispersarse, como los judíos...» Otro gran prestigio alemán en el mundo, Schopenhauer, se hartó de vapulear la pedantería, la vulgaridad y la ciencia de sus compatriotas. Poco antes de morir, confesó «avergonzarse de haber nacido alemán» (!!). ¿No es esto muy significativo en una de las mayores glorias de Alemania?... Y es preciso reconocer que este aislamiento intelectual en que se han encontrado tantos hombres inmortales en la «culta» Alemania, se repite con frecuencia lamentable. Las sangrientas ironías de Heine sobre su país son

de todos conocidas, y dudo yo que aun los mismos *germanófobos* hayan lanzado contra la famosa *Kultur*, Alemania y sus personalidades, tan crueles opiniones como Nietzsche.

Nietzsche detestaba Alemania y todo lo alemán. Creía más y más en la «cultura mediterránea». Era por su espíritu y sensibilidad, por su estilo y su ironía, un latino. Y sin embargo, Nietzsche ha sido uno de los grandes precursores e inspiradores de la Alemania moderna y de la guerra actual. La famosa *Kultur* ha olvidado los sarcasmos del genial poeta y se ha formado en el evangelio despótico del *Zarathoustra*. Tiene esta del apóstol Nietzsche toda la «megalomanía», todo el odio destructor y la agresividad germánica, su desdén hacia los débiles, el culto de la fuerza, «la voluntad de dominio», el desprecio a las leyes, a la piedad, al «sentimentalismo» y al concepto cristiano del universo.

Cuando leo a Nietzsche veo en sus páginas el reflejo de la Alemania actual: el espíritu colectivo de un pueblo admirable en todos los órdenes de la vida humana, terminando en la demencia. El hombre que declaró «haber dividido la historia de la humanidad en dos partes» con la publicación de su *Zarathoustra* y fué a parar al manicomio después de escribir su propia apología en *¡Ecce Homo!*, es digno precursor de la Alemania *pangermanista*, fértil en autobombos científicos, políticos e intelectuales, que un día y otro clama ante el mundo asombrado: «sólo ha habi-

do tres grandes civilizaciones en la Historia: la griega, la latina y la alemana». Dicho lo cual intenta «germanizar» el universo, y mareada por su gloria, sus triunfos y sus obras, se lanza a la «dominación mundial», o sea, la guerra suicida de 1914; acto de locura que impulsó su ambición ilimitada...

Pero recordemos que Nietzsche fué un gran «individualista», un espíritu aristocrático y altivo, incapaz de someterse a la tutela prusiana. Su genio literario solo pudo germinar en el aislamiento y en el destierro voluntario, lejos de la rutina y del ambiente «oficial» de las Universidades alemanas...

Y es que entre el Estado autocrático, reaccionario, de Alemania y sus grandes personalidades, hubo casi siempre una hostilidad invencible. Han rivalizado, durante largo tiempo, el criterio vasto, universal, flexible, de sus «hombres representativos» y el espíritu rígido, intransigente, autoritario, de su política anticuada. En esta lucha tenaz logró imponerse Prusia con su férrea disciplina, que avasalla hasta las Musas. Y con este sistema no ha producido ni un Goethe, ni un Schiller, ni un Kant. Es más, Bismarck ha formado el Imperio y el Imperio no ha formado un Bismarck.

Todos los que admiramos a Alemania por su cultura, por su arte, por su ciencia y conservamos gratos recuerdos de aquel bello país, en cuyos paisajes divinos se respira un ambiente de le-

yenda y en cuyas grandes ciudades se contempla el esplendor de su prosperidad y de su progreso, lamentamos, sin embargo, el espíritu político que hoy obscurece su genio nacional. Cuando me preguntan ciertos *germanófilos:* «¿Pero no admira usted a Alemania?», respondo: «Desde luego», pero admiro a Alemania como *nación, no como Estado;* admiro cuánto ha influído su genio artístico y científico en la civilización universal, pero detesto su espíritu político férreo, militarista y opresor que pretende «germanizar» al mundo».

Hay dos Alemanias muy distintas, aunque el *germanofilismo* pregone lo contrario. La Alemania *pangermanista* es un delirio científico-político y una amenaza para Europa. Brandés, uno de los escritores modernos que más ha difundido la cultura alemana (1), dice que la Alemania actual

---

(1) El gran literato y crítico dinamarqués fué, como se sabe, quien «descubrió» a Nietzsche, cuando éste yacía desconocido y enfermo en Turín, poco antes de ser internado en una casa de salud. Nietzsche, amargado al fin por el silencio hecho en torno de su nombre y de su obra, apeló al fallo de Taine, en Francia, y de Brandés, en Dinamarca, enviándoles sus libros.

Brandés fué quien dió a conocer no sólo a Alemania, sino al gran público de Europa, la obra del filósofo poeta en sensacionales conferencias, y en sus famosos *Ensayos* dedica a Nietzsche un estudio profundo.

Por su cultura cosmopolita, su antigua amistad con Ibsen y otros célebres autores y políticos (entre ellos Clemenceau), Brandés ocupa un lugar prestigioso en las esferas intelectuales de Berlín, París y Londres. Ha residido

padece *una enfermedad del espíritu*. Nadie que conozca la vasta labor del gran crítico dinamarqués podrá acusarle de hablar a la ligera de las cosas de Alemania. Y, sin embargo, Brandés, al juzgar la actual guerra europea, ha hecho esta revelación terrible: «*La cultura alemana tenía que terminar lógicamente en el bombardeo de la Catedral de Reims. Esa cultura* MILITARIZA EL PENSAMIENTO...» Luego dice, también, a propósito de los atropellos cometidos por las tropas alemanas en Bélgica y en Francia: *La brutalidad alemana no es del todo instintiva, es científica, es una teoría*. Nada más exacto. Y el gran literato termina sus declaraciones periodísticas con estas palabras significativas: *No auguro nada bueno si vencen los alemanes...*

Brandés ha visto con tristeza el triunfo del *pangermanismo*, despótico e intransigente, lan-

---

largo tiempo en Berlín, siendo colaborador del *Berliner Tageblatt* y de otros diarios y revistas. Sus obras han sido traducidas a casi todos los idiomas. Basta recordar las biografías de *Ferdinand Lassalle* y *Benjamín Disraeli; Los hombres y las obras*, estudio de los grandes literatos europeos; *Las corrientes directoras del siglo XIX* y, sobre todo, su obra magna, *Shakespeare*, admirable muestra de arte y de erudición que nos da, no sólo cuantos detalles pueden hasta hoy hallarse de la biografía del autor de *Hamlet*, sino la más original y rica exposición de su dramaturgia y de sus caracteres, así como del teatro, la corte y las costumbres de Inglaterra durante los reinados de Isabel y de Jaime I.

zando a Alemania a esa insensata «dominación mundial». No puede ser más feliz su definición de que la cultura germana *militariza el pensamiento*. El *pangermanismo* ha pasado de ser una peligrosa teoría política a una aspiración nacional expuesta en todos los órdenes de la actividad alemana. El *¡Deutschland über alles!* se predica en libros, en revistas, en periódicos, con exaltación patriótica. Se han cumplido las profecías de Fichte, expuestas con singular atrevimiento en la cátedra de Berlín a raíz del desastre de Jena. Prusia se ha levantado victoriosa, ha sacudido el yugo napoleónico. Hoy, Prusia domina a Alemania, y Alemania aspira a dominar el universo. En su grandioso apogeo, el pueblo alemán vuelve la mirada hacia el precursor del *pangermanismo,* Fichte, y declara sus *Discursos a la nación alemana* obra nacional por excelencia. La semilla «chauvinista» del libro cae en terreno fértil, y Prusia ha de cultivarla como programa político. Gracias al «padre» Fichte y a su propia agresividad guerrera, el pueblo alemán adquiere conciencia de su «misión providencial». Prusia ha de ser el timón que oriente a las razas germánicas, y en el curso de su marcha victoriosa encuentra siempre entusiastas «profesores» que hagan la apología de su Estado. Primero, Hegel; luego, Treitschke. El viejo y sordo Treitschke, embriagado, como Alemania misma, por la fundación asombrosa del Imperio sobre los pedestales de Sadowa y de Sedán,

canta las glorias de la guerra que ha transformado en realidad los sueños de Fichte, gracias a la férrea mano de Bismarck.

Treitschke, profesor de Historia en la Universidad de Berlín, recibido en la corte, cargado de honores, fué uno de los más ardorosos apóstoles del *pangermanismo*. Desde su cátedra, con su elocuencia agresiva y arrebatadora, infundió un entusiasmo belicoso en el ánimo de sus compatriotas. Vió que Alemania, en menos de un siglo, se había abierto paso a sangre y fuego hasta llegar a las más altas cimas mundiales. Hizo, pues, la apología de la guerra como una «necesidad» constante en el desenvolvimiento de los pueblos. Quiso que no decayese su orientación militarista y su culto de la fuerza. Hizo más: señaló con violentos improperios la futura rival, Inglaterra, «pueblo de traficantes y de mercaderes», que había de ser aplastado para la realización imprescindible de «una más grande Alemania».

Después de Treitschke, esa cultura, que militariza el pensamiento, se viste de uniforme. Von Bernhardi sigue aún con mayor cinismo y agresividad las teorías del maestro. El célebre general alemán, Maquiavelo teutónico, sin malicia florentina, descubre al mundo asombrado las últimas aspiraciones de esa «más grande Alemania». Su libro *Alemania y la guerra próxima* es una revelación terrible de los ensueños *pangermanistas*. El «peligro teutónico» ha lanzado a Euro-

pa, en esa obra, su desafío a la civilización antes de lanzarse a una lucha de barbarie modernizada.

***

No se han dado cuenta los *germanófilos* de España del abismo que separa la Alemania de ayer a la de hoy, perturbada por el *pangermanismo* hasta en las esferas intelectuales. Este *pangermanismo* no es ya una amenaza política para los Balkanes o para el comercio de Inglaterra; es incluso una guerra de conquista contra el mundo latino, sabiamente alentada por los centros oficiales. El *¡Deutschland über alles!* no se resigna a plantar su bandera victoriosa en otros pueblos; quiere «germanizar» a los grandes hombres del universo.

¿Cabe mayor gloria y reparación honrosa para los «inmortales» que tuvieron el descuido de nacer fuera de Alemania?...

Véanse las teorías novísimas que propagan escritores como Houston Stewart Chamberlain. Este señor, inglés de nacimiento y yerno del gran músicoWagner, es hoy uno de los más entusiastas *pangermanistas*. Le debemos una buenísima biografía sobre Wagner y sus obras, pero Alemania le agradece sobre todo su célebre libro *Los fundamentos del siglo XIX*, donde el autor demuestra, a su manera, la «superioridad de la raza germánica» sobre las demás razas europeas. Según Chamberlain, todo cuanto ha habido y

hay de notable en el mundo, pertenece a los alemanes: Lutero y Dante son de una misma familia (!) *Dante también es germano* (!!) ¡Y tenga el lector en cuenta, que esto se ha escrito antes de la ruptura de los Imperios centrales con Italia, y que el Kaiser elogió públicamente la obra del autor *pangermanista.*

Esta nueva tendencia nacional ha adulterado la *Kultur.* Los Treitschke, los Chamberlain, los Hasse, los Reventlow han hecho mangas y capirotes de la Historia para «germanizarla» a su gusto. En ella la «megalomanía» es el primer artículo de fe. El Dr. Pierre Delbet, en su notable folleto *L'Emprise Allemande,* dice:

«*No olvidemos que Woltmann, basándose en vagas consideraciones etnológicas y filológicas, a las cuales ningún sabio puede conceder la menor importancia, ha sostenido que todos los grandes hombres del Renacimiento, Benvenuto Cellini, Miguel Angel, Lorenzo Ghiberti, Giovanni Bellini, Leonardo da Vinci, Rafael, eran alemanes.*

»*No hay que olvidar que Reimer ha intentado probar que Jesucristo era alemán (!!!). Y todos esos trabajos ridículos han sido tomados en serio, se han analizado en las revistas más formales y nadie en Alemania las ha criticado.*»

Pero no he de terminar esta breve reseña de la *Kultur,* que ya «germaniza» al mundo antes de conquistarlo, sin brindar otra muestra a los lectores españoles. Según el Dr. Woltmann, Velázquez y Murillo son también alemanes (!!),

sólo que su antiguo nombre teutón *Velahisc* y *Moerl* está un poco alterado!!

¡¡Alármense nuestros patriotas de tan sensacionales descubrimientos!! El «peligro teutónico» también nos amenaza, y antes de «devolvernos Gibraltar» y de «engrandecer a España», la culta Alemania empieza por «anexionarse» a nuestros grandes hombres.

Ese espíritu *pangermanista* que desprecia a los pueblos latinos y les cree incapaces de contribuir a la historia de la civilización, si no llevan una «marca» alemana, es el espíritu de la Alemania actual en todos los órdenes. La «megalomanía» alemana ha llegado a su fase más aguda y se refleja en las Universidades, en los centros científicos e intelectuales, en la prensa, en el ejército, en el Parlamento y en la corte. El *pangermanismo* tiende a absorber no sólo a Europa, sino al mundo. Primero, opone la competencia industrial, financiera y comercial en diversos países y continentes; después, la supremacía absorbente y dominadora secundada por las armas.

Pudiera decirse, a primera vista, que todos los grandes pueblos hicieron lo mismo en su tiempo: Roma, España, Inglaterra. Es cierto; sus grandes conquistas fueron, a menudo, iniquidades coronadas por el éxito. Pero, aun así, hay un abismo entre el espíritu comercial y político de Inglaterra, gran colonizadora, y el espíritu *pangermanista* que pretende dominar al mundo en todos los ramos y hasta «anexionarse» los gran-

des hombres de la humanidad. Ningún Imperio europeo ha sido más peligroso para el mundo, en la guerra como en la paz. Ninguna raza se ha revelado tan orgullosa, tan pedante, tan agresiva y tan dominadora. Si Alemania pareciese vencer en esta guerra, habría que pedir el auxilio de América y del Oriente. Todo sería preferible a la esclavitud prusiana o a soportar el yugo alemán, mil veces más terrible que el inglés u otro cualquiera.

¡Asusta pensar en una Alemania victoriosa sobre el mundo!... El país que no se ha contentado con robar, sino que hace *la apología del robo* en sus más altas esferas y canta el himno constante de la fuerza y de la guerra, debe ser anulado. Su fuerza, su organización maravillosa y su disciplina, lejos de alabarse, han de ser temidas por lo que representan. La verdadera civilización se ha hartado ya de Alejandros, Atilas y Napoleones. Una «más grande Alemania», aspiración constante de sus políticos y militares, en estos últimos años, significaría lógicamente «una más pequeña Europa». Los alemanes han dicho bien claro que «hoy no se contentan con ser un pueblo de pensadores y artistas...» Pero, en realidad, ya no les contenta nada. Su ambición y sus sueños políticos son ilimitados...

* * *

La Alemania Imperial, o sea «el peligro pangermanista», hizo ya la invasión pacífica del mundo antes de intentar la invasión guerrera de Europa. Su natalidad creciente favoreció a maravilla ese vasto programa político llamado *Weltpolitik*.

Millones de alemanes se esparcieron por todo el universo preparando con su laboriosidad de hormigas la victoria teutónica. Con la pantalla de la *Kultur* propagaron por todas las regiones de la tierra la «civilización» alemana, la ciencia alemana, la medicina alemana, la organización alemana... Y organizados para la magna empresa dirigían en el extranjero las grandes empresas financieras, las casas de banca, las fábricas, las agencias periodísticas. En cada país había un formidable núcleo de alemanes minando y observando las grietas del edificio nacional. París, Londres, todas las grandes ciudades de Europa vieron crecer, alarmadas, la «pacífica» marea teutónica. España, aún adormecida, no protesta contra esta invasión que también penetra en nuestra patria y sabe explotar nuestras debilidades. Pero América, sobre todo, ha sido víctima de la creciente avalancha alemana. Los millones de germanos establecidos hoy en los Estados Unidos y acaparando vastas empresas, han causado vivas inquietudes a los gobiernos norteamericanos... El peligro *pangermanista* amenaza incluso al Nuevo Mundo.

Y, mientras tanto, en casa, es decir, en Alema-

nia, se prepara la nueva guerra, se excitan los ánimos, se estimulan los odios nacionales contra todo lo extranjero. El pueblo, sugestionado por estas teorías de «expansión», gime bajo los impuestos abrumadores para los aumentos militares y navales... ¿Quién amenaza a Alemania?... Nadie; pero Alemania «necesita» colonias, pregona sus *derechos* a un Imperio colonial, declara día tras día, públicamente, la decadencia de Inglaterra «pérfida» y «odiosa», que impide «el libre desenvolvimiento mundial de Alemania» (¡ya sabemos lo que esto significa!) Un golpe certero a Inglaterra, claman los publicistas, derrumbaría «ese edificio artificioso únicamente construído por la diplomacia británica» (!). Esto se escribe en diarios y revistas, la «liga pangermanista» aplaude con frenesí, el país entero se entusiasma ante la idea de aplastar a su última rival. Se forma la «liga marítima», y en pocos años Alemania ve flotar sobre las aguas sus escuadras formidables, que el Kaiser, en su vanidad, se atribuye como obra propia, pero que la opinion pública sabe agradecer al Almirante Tirpitz. Ya tiene el Imperio la segunda marina mundial, y aspira á ser la primera. Esto será obra de unos cuantos años más. Por ahora los marinos alemanes brindan «al día», lo cual quiere decir el dia de la anhelada guerra naval con Inglaterra.

Cuando he oído decir a tantos españoles, limitados a la lectura de algún periódico madrileño, que «se había impuesto la guerra a Alemania», he

pensado, naturalmente, que estaban tan enterados de Alemania y de sus aspiraciones como de la Patagonia o de los habitantes de la luna. Porque el decir eso equivale a haber vivido de espaldas a Europa durante estos últimos años. Día tras día hemos presenciado y oído esos arranques belicosos de la Alemania *pangermanista* amenazando continuamente a Francia, insultando a Rusia en los periódicos, interviniendo en Marruecos y sacando el Congo como «compensación» (?). Al «cristianísimo» Kaiser debe Europa el baldón ignominioso de una Turquía mahometana. Su política ambiciosa, que soñaba con extenderse hacia el Oriente, ahuyentó la Cruz de Constantinopla y puso coto a las victorias búlgaras. Al *pangermanismo* se debe la guerra europea, por la codicia alemana que intenta anular a los Balkanes dando un golpe mortal a Rusia.

Esa política nefasta, inspirada por Berlín y adoptada por Viena (copartícipe en las desatadas ambiciones del programa *pangermanista*), trajo la anexión de la Bosnia y de la Herzegovina, que indignó a las cancillerías europeas. Pero también provocó la primera revancha contra el *pangermanismo* usurpador: el asesinato del Archiduque heredero de Austria, en Sarajevo, primera chispa del conflicto europeo.

Dicen que Guillermo II, al recibir la fatal nueva a bordo de su *yacht*, exclamó palideciendo:

«...¡Y ahora tengo que empezar de nuevo mi obra!»

Es decir, que el crimen execrable no le sirvió de advertencia, sino de estímulo en su fatal política agresiva. Muerto el Archiduque, su colaborador, ¿sintió deseos el Kaiser de vengar el asesinato aplastando a Servia para siempre?... Es posible. Ese «castigo ejemplar» que el Gabinete de Berlín aconsejó al de Viena, bien pudieron ser las represalias dictadas por el Kaiser al Imperio subalterno. Pudo influir también la ocasión, el momento de realizar la obra antes de que despertaran los adversarios políticos. Acaso influyese en su vanidad el astro creciente del Kronprinz, cada vez más aplaudido por su aureola «militarista» en esa Alemania de hoy, cuyos ídolos son los Bernhardi, los Tirpitz, los Zeppelin, los Krupp y hasta los Harden. La Historia dirá si fué el Kaiser quien empujó a Austria a dictar un *ultimatum* que anulara el reino de Servia, o si en su criterio influyeron los generales y los políticos *pangermanistas*.

Pero la luz se ha hecho ya sobre la conducta y responsabilidad de Alemania en esta guerra. Sobre ella cae el peso de la gran tragedia histórica. Ella fué quien empujó a Austria, en vez de calmar sus iras. Ella, quien se negó a una conferencia de potencias europeas. Ella, quien declaró la guerra a Rusia, invadió a Bélgica y sorprendió a Francia, alejada del conflicto...

La Alemania *pangermanista*, bien preparada para la lucha, quiso y provocó la terrible guerra europea. Sus pretextos, sus atropellos, han

sido el oprobio de la civilización. Pero con ser grande y única su responsabilidad antes de la guerra, su conducta durante la lucha ha sido vergonzosa. El *pangermanismo*, al quitarse la careta, nos ha espantado por su ferocidad. Ni su valor ni su estrategia militar pueden lavar esas manchas. Dudo que el «peligro amarillo», cayendo sobre Europa, diera más pruebas de salvajismo que el «peligro teutónico». Ningún pueblo europeo ha atropellado, hasta ese punto, los Tratados, los Convenios, las leyes humanas.

¿Y ésta es la *Kultur* que iba a imponer su ciencia al universo?... ¡Dios nos asista!... Esos Tratados, que son «pedazos de papel», esa inicua violación de territorios, esas ciudades donde los soldados prenden a los capitalistas para exprimir abrumadoras multas, y, en fin, las ciudades libres bombardeadas como diversión, y los submarinos echando a pique a los transatlánticos, nos han dado ya bastantes muestras de la «civilización alemana». No nos «germanicemos» y sigamos siendo europeos, es decir, «aliados», que aún éstos, con cipayos y senegaleses, logran batirse como caballeros...

Sólo por ofuscación mental pueden aplaudirse tales procedimientos, que no respetan ni a los neutrales. No olvidemos a nuestros pobres compatriotas fusilados en Lieja, ni esos barcos españoles echados a pique... ¿Se indignaron entonces los *patriotas germanófilos?*...

En cuanto a la famosa *Kultur*, ha demostrado

su pavor ante las esferas oficiales, así como su mentalidad rastrera y su esclavitud espiritual. ¡Qué amor a la verdad y qué independencia de criterio!... ¡Hasta un Hauptmann y un Sudermann firman, sumisos, el manifiesto de los intelectuales y profesores teutones, *aprobando* á coro la conducta de Alemania!... ¿Cabe mayor *disciplina?*...

A Federico II de Prusia atribuyen esta frase halagüeña sobre sus propios súbditos:

«Los prusianos tienen almas de lacayos...»

No diría yo tanto de los prusianos, pero... ¡lo que es de estos intelectuales!...

VII

EL CASO DE BÉLGICA

La inicua invasión de Bélgica por los ejércitos alemanes fué, según Alemania, «una necesidad» para «dar un golpe decisivo a Francia lo más pronto posible». Tal es la razón clara y rotunda que dió el Secretario de Estado, Von Jagow.

Pero la triste experiencia de esta guerra habrá demostrado a Alemania que su desleal maniobra estratégica, hábilmente premeditada, fué un gravísimo error político. Al sacrificar el reino de Bélgica a sus intereses militares, Alemania no sólo violó un tratado que «garantizaba» su firma, sino que provocó neciamente la declaración de guerra de Inglaterra; guerra para la cual aún no estaba dispuesta navalmente. Con ser grave este error diplomático, una vez lanzado el guante a media Europa, fué, si cabe, peor el efecto moral que el atropello causó en el mundo entero.

Dejemos al escéptico y al *germanófilo* hacer

observaciones irónicas sobre el «desinterés» del Imperio Británico al lanzarse a la lucha. Ello en nada atenuaría la responsabilidad de Alemania al convertir el pacífico reino de Bélgica en campo de operaciones suyas. Una actitud semejante por parte del Imperio alemán es la de un duelista que, al presentarse en el campo del honor, prescindiese de todas las reglas establecidas y de toda intervención de los padrinos con objeto de «dar un golpe decisivo» a su adversario «lo más rápidamente posible». Y si se imagina la sorpresa e indignación de los testigos contra el duelista a quien tenían por caballero, ¿cómo no comprender los improperios y las protestas que estallaron en los países neutrales de Europa y de América? Todo hombre civilizado sufrió un cruel desencanto respecto de Alemania: bajo el barniz de la *Kultur* aparecía el teutón rudo, agresivo y bárbaro, eterna amenaza de la paz.

El «ultimatum» a Bélgica para abrirse paso era ya un alarde brutal de opresión tiránica. Para un pueblo libre y digno equivalía a la deshonra de besar la mano, humildemente, al matón que viola el domicilio. Pero el crimen de Alemania, cometido con premeditación y alevosía, es un crimen monstruoso del cual no fué sólo Bélgica la víctima, sino la civilización europea. Una vez cometido el acto vergonzoso, Alemania, quizá asustada de sí misma o de la natural antipatía que hoy la rodea en el mundo, balbuceó

burdos pretextos. Arrepintiéndose de la ruda franqueza que tuvo en las primeras horas del conflicto y de las memorables palabras de su Canciller, intentó justificarse ante el eterno tribunal de la posteridad. Según estas revelaciones, un tanto incoherentes, «unos oficiales franceses habían ya entrado disfrazados en Bélgica». Después, Alemania, sirviéndose de su prensa adicta, nacional y extranjera, confesó violar la neutralidad de Bélgica, porque «*le constaba* que los aliados iban a hacer lo propio». Como se ve, el pretexto es decisivo. No dejaría de ser humorístico el que ante un Tribunal de justicia un delincuente cualquiera justificara su crimen, diciendo: «He asesinado a Fulano, pero me consta que Mengano se proponía hacer otro tanto...»

Los alemanes intentaron, vanamente, el echar parte de la responsabilidad a «Mengano»: Inglaterra. Una vez ocupada Bruselas por las tropas invasoras del Kaiser, *descubrieron,* según dicen, unos importantísimos documentos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que revelaba el *pacto* anglo-belga contra Alemania. La prensa «germanófila» publicó la noticia con júbilo, defendiendo la conducta de Alemania, «obligada a violar la neutralidad belga» (!), y vituperando, claro está, la «perfidia de Inglaterra». Lo que no se atrevieron a hacer los alemanes fué publicar íntegramente esos famosos documentos, cuya existencia es pura fantasía alemana para des-

orientar a sus partidarios. Se ha hecho la luz sobre todas estas falsedades (1), ya rechazadas antes por la opinión pública de las naciones cultas. Ante el clamor de la protesta universal, el Imperio alemán, «descalificado» por la civilización europea, «se lía la manta a la cabeza», como vulgarmente se dice, y se arroja sobre la heroica Bélgica, dejando huella eterna de su ferocidad y de su «vandalismo». Los incendios, las ejecuciones, los atropellos cometidos en ciudades y en aldeas son la primera parte del programa *pangermanista*, que dará más tarde gallardas muestras de su *Kultur* con sus aeroplanos y submarinos. Tiene esa brutal norma de conducta dos objetivos: Primero, descargar sus iras sobre los belgas que osaron defenderse del agresivo intruso y dieron tiempo al despertar de Francia. Segundo: *una guerra*, dice Von Bernhardi, *cuanto más dura e implacable, será más corta*. De modo que los mismos alemanes justifican con la pluma los horrores cometidos en Bélgica. Todo cuanto

---

(1) En su reciente libro *L'Allemagne avant la guerre*, el Barón Beyens, Ministro de Bélgica en Berlín, cuando estalló la guerra europea, desmiente categóricamente estos supuestos «pactos» anglo-belgas. No pasaron dichas proposiciones, asegura el autor, de ofrecimientos verbales hechos por el agregado militar inglés en Bruselas, y nunca fueron tomados en consideración por el Gobierno belga, atento sólo a no crearse enemistades con ninguna potencia europea y confiado, sobre todo, en la inviolabilidad de su territorio.

exaspere, oprima y aterre a los vencidos es eficaz y necesario, porque habrá de influir en ellos para pedir la paz lo más pronto posible, como único remedio a sus desdichas.

También aquí se equivocó en sus cálculos el Aguila orgullosa y sanguinaria: la iniquidad victoriosa no logró ahogar al heroísmo.

***

En unos días, en unas semanas, Bélgica, reino pequeño por su extensión y grande por su influencia civilizadora, pasó de la prosperidad a la ruina. Pocas veces habrá contemplado la Historia un espectáculo tan doloroso. Quemados sus campos y aldeas, arruinada su industria admirable, arrasadas sus bellas ciudades, este pueblo laborioso, culto y progresivo se ve, de pronto, en la más espantosa miseria y desolación. Ante el fantasma de la muerte y del hambre, huyen, despavoridas, legiones de emigrados buscando el pan que les robó el intruso. En sus corazones heridos quedará siempre grabado el odio al alemán que pasó por sus ciudades, como Atila. Lieja, Namur, Amberes, Dinant, Termonde, han recibido el «ejemplar castigo». Malinas y Lovaina, archivo de históricos recuerdos, centro de cultura, son hogueras espantosas.

Una pequeña región territorial, detrás de la línea del Iser, es el único vestigio de independen-

cia belga. Allí se refugia el Rey con sus ministros. En esta lucha mundial de «intereses creados» no habrá, seguramente, una figura más noble, más digna, más admirable que la del Rey Alberto de Bélgica. Él y su infortunada esposa fueron en los días de prosperidad modelo de Reyes, ante los cuales se inclinaban respetuosos los mismos republicanos. Su fervor religioso y su caridad eran sólo comparables a su cultura, su gusto artístico, su sencillez en el trato y su protección amistosa a los grandes literatos de su patria. Aquel hogar dichoso, íntimo, reflejaba el apogeo de ese reino demócrata y cristiano... Y al comenzar la gran tragedia, el Rey Alberto ha sabido ser más Rey en la desgracia, realzada por su dignidad. No ha querido huir a hospitalarias tierras; ha quedado en las trincheras como un soldado más. Entre las ruinas que sembraron los germanos atropellando la justicia y el derecho, él, mejor que nadie, puede decir orgulloso, aunque vencido, lo que Francisco I después de la batalla de Pavía:

¡Tout est perdu, sauf l'honneur!

La cristiandad entera se estremeció de indignación al ver a Bélgica moribunda y oprimida, bajo las garras del Aguila prusiana. El Imperio alemán, en pleno siglo xx, revelaba la barbarie atávica de la raza teutona.

Pero ¿cómo se logró ahogar esta verdad dolorosa en el mundo católico español?... ¿A qué medios se apelaron en cierta prensa *germanófila*

para desorientar a la opinión y acallar toda protesta?...

Ya lo he indicado en anteriores páginas: resucitando el «caso» Ferrer. Mientras los católicos sinceros y los espectadores imparciales de la guerra censuraban duramente la conducta de Alemania, los periódicos «aliados», desde los monárquicos a los republicanos, caían despiadadamente sobre los elementos clericales y carlistas adictos al *germanofilismo*. Y ahora, ¿qué decían a esto los católicos españoles?... ¿Aprobaban la conducta del Kaiser *anexionándose* Bélgica después de saquearla?... ¿No era Bélgica digna de toda piedad y de toda simpatía?... ¿No eran modelos sus Reyes católicos? ¿No era católica la religión de ese pueblo culto y democrático?...

Tales o parecidas reflexiones se hacía toda persona independiente de partido político alguno.

Llovieron los comentarios y los artículos a favor de Bélgica, pero fueron, desde luego, en el bando de los «aliados». Del bando de enfrente apenas salieron algunas frases de conmiseración. Primero reinó un silencio sepulcral entre los *germanófilos*, desorientados. No sabían encontrar pretextos para justificar la conducta de Alemania, ni servían contra Bélgica las conocidas frases hechas sobre Francia e Inglaterra.

En esa hora trágica de la Historia hubo quien cerró los ojos frente a la evidencia y quien no desplegó los labios, para no disipar errores. Hubo también quien profirió, sólo, algunas pala-

bras piadosas, juzgando la invasión belga como «una fase inevitable de esta guerra sin precedentes». Es decir, que la violación de Bélgica resultaba «inevitable» como la muerte en el individuo, y era lógico el acontecimiento que se comentaba con una oración fúnebre. No puede darse actitud más cómoda. ¿Pero fué sincera, imparcial?... No, ciertamente. El amor propio, el orgullo, el interés político, ahogaban la voz de la conciencia. La parcialidad de un partido se sobreponía al razonamiento y a esos mismos sentimientos religiosos, pregonados siempre con exaltación. Y así resultó que en España, país de la paradoja, el sacrificio de Bélgica fué acogido por un sentimiento de piedad y de simpatía entre monárquicos, liberales, demócratas, republicanos; sólo halló la indiferencia o la hostilidad encubierta entre los mismos partidos católicos.

Quien conozca nuestra psicología nacional no puede asombrarse de ello. En nuestras eternas luchas interiores, en nuestras polémicas, en nuestras opiniones, el odio al adversario puede más que el amor a la verdad. Ha sido el estigma de nuestra raza al través de los siglos y el factor principal en nuestra decadencia. Es difícil hallar entre nosotros personas competentes que juzguen los acontecimientos apartándose de toda simpatía o antipatía *individual*. Aquí, por lo general, no hay término medio: o todo o nada. O una admiración fanática o una implacable hostilidad. El «caso» de Bélgica, juzgado por la opinión es-

pañola, lo prueba suficientemente. Si los elementos clericales y «jaimistas» que han fomentado el *germanofilismo*, fuesen tan católicos como son pardarios del Kaiser, la violación de Bélgica les hubiera arrancado una protesta contra la conducta de Alemania.

Pero no fué así. Dejaron perecer a sus hermanos en religión antes que censurar, siquiera levemente, la «causa sagrada de Alemania», que no era en este caso sino la mutilación de un pueblo católico por las tropas luteranas. ¿Creerían, sin duda, que «el brazo de Dios se sirve de los ejércitos mejor organizados para «castigar» a los pueblos «extraviados?»... Entonces las victorias y la preponderancia de las naciones protestantes, como Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, sobre naciones católicas, como Austria, España, Bélgica y la misma Francia en 1870, pudieran sugerir dudas terribles en el ánimo de los fieles de la Iglesia Romana, al juzgar las preferencias de la Providencia.

A esto contribuyeron tanto los caudillos del *germanofilismo* como los periódicos adictos a la causa de Alemania o favorables a dicho movimiento de opinión. No era conveniente, para estos intereses, el que aumentara un sentimiento colectivo de piedad hacia Bélgica. Podía restar entre los católicos sinceros muchas simpatías a la causa del Kaiser luterano, e incluso inclinar la balanza a favor de los «aliados». Fué necesario recurrir a los «clichés» de costumbre y «echar

leña al fuego» contra Francia e Inglaterra. Se refutaron las protestas de Inglaterra sobre la violación de Bélgica, llamándola «hipócrita» y acusándola, como he dicho en anteriores páginas, del famoso *pacto* contra Alemania. No pareció bastante y acusáronla de «haber provocado la guerra europea» (!!!). Resucitaron, de paso, los desdenes e insultos que «nos prodigó Francia» y casi toda Europa cuando la «cuestión Ferrer», y se tronó a bombo y platillo contra la infortunada Bélgica, porque en «Bruselas se había levantado un monumento a Ferrer *insultando a España*».

***

Y esta fué la enorme, la terrible injusticia que el *germanofilismo* español, católico en su mayor parte, cometió contra su hermana Bélgica. Nunca el interés ni el rencor a otros adversarios habrá esgrimido una arma política más hábilmente para sugestionar a la opinión. En un público superficial e impresionable, poco dado a profundizar hechos, el efecto fué inmediato, decisivo. En Bélgica se había levantado una estatua al funesto anarquista Ferrer, de ingrata memoria para todo patriota. Ese monumento grotesco era «un insulto a España». Si Alemania, por lo tanto, había cometido una injusticia contra Bélgica, también Bélgica la había cometido anteriormente contra nosotros.

Tan extrañas razones para ahogar todo senti-

miento de piedad en un pueblo serían capaces, ante el mundo, de que a los católicos españoles se les juzgara como hombres de fe, pero sin caridad. El asombro, la estupefacción de los extranjeros al observar la frialdad de nuestras «derechas» respecto a Bélgica, fué general. ¿Cómo explicarse esta actitud?...

No puedo menos de recordar lo que a este propósito me decía un competente diplomático extranjero:

«Comprendo, hasta cierto punto, la hostilidad de los *germanófilos* católicos hacia Francia por su radicalismo gubernamental, y hacia Inglaterra por lo de Gibraltar. Pero me pasma que en el clero español y en la mayoría de los creyentes se justifique el saqueo de Bélgica por los luteranos.»

A lo cual contesté, entre otras muchas cosas:

«No debe juzgarse a todos los católicos españoles por esos partidos políticos de agresiva intransigencia, que llevan la religión siempre en los labios y nunca en el corazón. Hay en España, créalo usted, verdadera compasión hacia los belgas, sólo que está disimulada por los intereses *germanófilos*, que en esto hacen como los alemanes: atropellar a Bélgica, con tal de poder atacar a Francia e Inglaterra. Se ha adulterado la verdad de los hechos y se ha hallado un pretexto de agravio en la ridícula estatua de Ferrer...»

«¿Es posible?»...—exclamó asombrado—. «¿Pero ignoran *todavía* que ese dichoso monu-

mento es ajeno al elemento oficial y á la voluntad del pueblo y de sus Reyes, como de sus políticos?... Nadie ha querido en Bélgica el monumento a Ferrer y nadie conocía a ese nefasto personaje. La estatua fué obra del elemento socialista y radical del Municipio de Bruselas, y los Municipios gozan allí de completa autonomía. Ni el Rey ni el Gobierno pueden intervenir o derogar las disposiciones municipales. Y la estatua a Ferrer se levantó por los elementos radicales y masones del Ayuntamiento de Bruselas, *de acuerdo con los elementos revolucionarios españoles, que enviaron dinero para ello.*

En estas líneas está resumido el caso Ferrer y su estatua, de la cual los *germanófilos* hicieron una bola de nieve para sugestionar a la opinión. No es a Bélgica, ni a sus Reyes, ni a su Gobierno a quienes hay que culpar, sino *a los elementos revolucionarios españoles*, quienes hicieron la campaña «contra España»... desde España. A ellos se debe la «semana sangrienta» de Barcelona, y nadie será bastante cándido para creer que el pueblo catalán fuera sanguinario y se entregara a semejantes actos de pillaje. Hay que distinguir entre el elemento perturbador que hay en todos los países, y las naciones mismas, víctimas, contra su voluntad, de esas grandes huelgas revolucionarias.

El «caso» Ferrer, conviene repetirlo, fué una gran maniobra política para derribar el Gobierno de D. Antonio Maura. Unos iniciaron ese

movimiento con la agresión; otros lo favorecieron con su silencio. Estos últimos, aunque dentro de la Monarquía, eran los adversarios políticos, aguardando el momento para subir al poder, aunque fuese apoyándose en la revolución. ¿Quién no sabe ya en España todas estas cosas?... Ferrer fué una bandera o un maniquí para amedrentar al Gobierno y al régimen. Y si el «caso» Ferrer llegó a tomar aspecto internacional, fué porque los masones y revolucionarios españoles, indignados ante el fracaso de su tentativa y el fusilamiento de su organizador, vociferaron contra la «reacción», pidiendo el auxilio de sus correligionarios de París, de Roma, de Bruselas, que a diario claman y escriben contra todo lo existente. El *bluff* de Ferrer se lanzó en España y lo propagó la masonería internacional, a cuyas logias pertenecía el anarquista y pedagogo (!) ignorado.

Sería pueril culpar a Francia, a Bélgica o a Italia de esa campaña. Nadie sabía quién era Ferrer; ahora lo van sabiendo. Si aún hay extranjeros capaces de creer, por la lectura de ciertos periódicos, que Ferrer fuese un «mártir» y un «pedagogo»... ¿cómo asombrarse de ello?... ¿No tenemos por aquí gentes crédulas que creen *católico* al Kaiser?... ¿No se oye entre gentes ilustradas que «Alemania no quería la guerra?...» ¿No vemos, con asombro, que la obra de un Municipio se convierte en arma ofensiva contra un pueblo vencido y mutilado?...

Y ante todas estas cosas no puede uno menos de pensar que si en el extranjero «se ha calumniado a España», muy a menudo, desde que empezó la guerra, el *germanofilismo* se ha desquitado de todas las «calumnias», disparando a sus anchas contra algunos beligerantes.

Pero es de suponer y de esperar que estas expansiones paradójicas no contribuyan tampoco a que los extranjeros juzguen de este modo la opinión española. Atribuyan más bien la causa del error a otros elementos perturbadores, aunque son de la extrema «derecha», y a sus rencores políticos.

Más difícil sería explicar, sobre este punto, la actitud del gran diario *A B C* y su campaña contra Bélgica. El *A B C*, cuya briosa defensa de España cuando los sucesos de 1909, y cuyo patriótico y continuo esfuerzo en restablecer la verdad de los hechos respecto a la sentencia de Ferrer, mereció unánimes elogios, no ha dado, respecto a la invasión de Bélgica, muestras de su acostumbrada imparcialidad. Al menos así lo parece. Porque periódico tan bien informado no ha podido ignorar las diferencias, ya mencionadas, que existen entre la voluntad de un pueblo y los sectarismos de un Municipio radical. Y sobre todo, no ha debido culpar ni a ese pueblo infortunado ni a ese Gobierno, ajeno a la masonería municipal. ¿Cómo explicar, por lo tanto, esa resurrección del «caso» Ferrer?

A B C dió más importancia a esto que a la

violación del territorio o a la responsabilidad de Alemania en esta guerra. Para refrescar la memoria de sus innumerables lectores recordó los «insultos de la prensa belga, francesa e italiana contra España en 1909». Claro está que pudo haber añadido, para completar la lista de improperios, lo que dijo también la alemana. El *Berliner Tageblatt*, diario de fama mundial, borraba entonces a España del mapa. Decía, entre otras lindas cosas:

«Francisco Ferrer, víctima de una vergonzosa »comedia judicial, ha sido entregado a los verdu»gos, fusilado y enterrado; es decir, asesinado »ante los ojos de Europa *por los agentes del mi»nisterio de la nueva Inquisición*» (!!!). Y el diario alemán añadía: «...España acaba de colocarse en »el último lugar de las naciones civilizadas, o, »mejor dicho, se ha colocado fuera del grupo de »las naciones civilizadas.»

En cuanto a la *Vossische Zeitung*, después de acribillar a España y a la «reacción» a insultos, coincide con el anterior diario en que:

«... la justicia española está fuera del nivel »europeo, como la de Rusia. El Extremo Oriente »y el Extremo Occidente se parecen en este pun»to» (1).

¿Cómo no se recordaron también estos errores

---

(1) Véase la obra del abate R. Lugan: *A los «germanófilos» católicos de España y de otros países.*

e insultos publicados en la «culta» Alemania?... Sin duda fué debido a «falta de espacio» o flaqueza de memoria.

Ello es que *A B C* no publicó, íntegra, la lista de la prensa hostil a España. El gran diario madrileño, cuando la invasión de Bélgica, sintió generosos impulsos de perdonar ese atropello contra la civilización, con tal de que las autoridades alemanas derribaran la estatua de Ferrer. La idea se acogió con entusiasmo entre los *germanófilos*. Su prensa creyó hallar así un pretexto para justificar el acto de Alemania.

Hasta *El Mentidero*, semanario político-satírico de gran popularidad, atacó la «tarta de Bruselas» y cantó las glorias de Alemania. Aunque parezca extraño que un semanario satírico no reparta equitativamente sus amenas chirigotas y haga política de partido, nadie ignora que el ficticio *Don Feliz del Mamporro* tiene como inspiradores a un batallador diputado de las «derechas» y a un ingenioso escritor jaimista. Sólo así puede explicarse la agresiva actitud de *El Mentidero* contra Inglaterra y Francia.

No obstante, y a pesar de la ruda campaña emprendida por todos los elementos *germanófilos*, el anhelado «desagravio a España» (!!) tardó en llegar. ¡Y en qué forma tan halagüeña para nuestros patriotas ofendidos! Cediendo, sin duda, a la presión de ciertos elementos políticos adictos a la causa de Alemania, las autoridades alemanas de Bruselas «trasladaron» el monu-

mento. No se atrevieron tampoco a derribarlo: hicieron el traslado fundándose en que la estatua había sido estropeada, «apareciendo sobre ella manchas e inscripciones».

Esta farsa política, mal y tímidamente representada, fué, no cabe duda, una gran decepción para los muchos españoles engañados. La alegría resultó ficticia. No era eso lo que se esperaba. El tan anunciado «desagravio a España», ¿venía a reducirse a ese «traslado», en que para nada se mencionaba la «ofensa» hecha a nuestro país?... ¡Pobre compensación, en verdad, a tan halagüeñas promesas!

Y en medio del desencanto general aumentaba ya el rumor de que en las matanzas de Lieja habían sido fusilados unos cuantos españoles. Cuando la verdad surgió irrefutable, los mismos exaltados contra el monumento a Ferrer callaron ante el atropello de las tropas alemanas. Sin duda les bastó la «generosa indemnización» con que, meses después, se pagó, a tanto el kilo, la carne sacrificada.

***

Pero a pesar de tantas habilidades políticas, la luz de la verdad iba resplandeciendo en el horizonte. Los horrores cometidos en Bélgica por los alemanes ya no podían atribuirse a «calumnias» de periodistas anglo-franceses ni a «exageraciones» de los vencidos. Centenares de folletos y de libros se esparcían por el mundo

con datos abrumadores y citas irrefutables. Aparecían largas listas de víctimas fusiladas, de violencias salvajes, de atropellos inicuos.

Después de pisotear á Bélgica vencida, se la despojaba. Los nombres, las fechas, los lugares, resaltaban en letras de molde como un acto de acusación eterna contra los procedimientos teutónicos. Y no se trataba de lirismos ni de fantasías descriptivas; eran documentos e investigaciones serias verificadas por comisiones internacionales.

Al pie de ellas van firmas de personalidades pertenecientes a la diplomacia, al foro, al Parlamento, a las Universidades de Bélgica, de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos. El prestigio de esas firmas no permite suponer que se prestaran a una vergonzosa campaña de embustes y calumnias, como pudiera hacerla cualquier periodista sin escrúpulos. Ha habido una minuciosa información al investigar todos estos actos cometidos en ciudades y en aldeas. No se acogen vagos rumores, sino «hechos» presenciados por testigos. Ellos nos revelan, con espantosa claridad, que no se trata de «casos aislados» cometidos por una soldadesca ebria en el triunfo, sino de la «barbarie científica alemana» (según Brandés), organizada por las mismas autoridades militares durante los dos primeros meses de la invasión germana.

La prensa española adicta a la causa de los «aliados», no dejó de publicar fragmentos de es-

tos libros y folletos, pero, en general, la propaganda de lo que pudiera llamarse *la verdad sobre Bélgica* vino tarde a España. El espíritu de partido, como siempre, se colocó ya en pro, ya en contra de estas revelaciones. Pero si las personas ajenas a bando político alguno iban viendo claro al través de las intrigas *germanófilas*, no así los entusiastas admiradores de esa Alemania espiritual que en nada se parece a la de ahora.

Era frecuente oir entre gentes de buena fe: «No me es posible creer que un pueblo que está hoy *a la cabeza del progreso y de la civilización* cometa semejantes actos de barbarie...»

Y la duda es comprensible. Todos los espectadores de esta horrorosa guerra teníamos un concepto muy distinto de Alemania, antes de presenciar su delirio belicoso. La revelación ha sido fatal. Sin necesidad de acusaciones, listas, ni documentos escritos por neutrales y adversarios, el tiempo ha hecho la luz sobre los crímenes de Bélgica. Los ha cometido, fría y premeditadamente, la mano criminal que en las tinieblas de la noche deja caer bombas sobre las ciudades indefensas, y se oculta en el mar, dentro de un submarino, para hundir a los transatlánticos.

Fué la *Pastoral* del Cardenal Mercier un documento de acusación trascendental contra Alemania. Al llegar a España, aunque muy tarde, causó en el ánimo de los creyentes una impresión dolorosa. ¿Cómo negar al Primado de Bél-

gica autoridad suficiente para hablar de aquellos sucesos?... ¿Cómo acusarle de calumniador?... A tanto no se atrevieron los que son «más papistas que el Papa». Hubo, pues, que recurrir a la resistencia pasiva. Silencio sobre el asunto... y firme propósito de no leer la *Pastoral* para no verse obligado a rectificar prejuicios. Tal fué la actitud de los intransigentes. Pero la mayor parte de la prensa española publicó extractos y comentarios sobre la discutida *Pastoral*, y al salir ésta a la publicidad vimos a varias personas, muy adictas a la causa de Alemania, sentir el desvanecimiento de sus entusiasmos por la actitud del Imperio en esta guerra.

La *Pastoral* del Cardenal Mercier hará época y será tenida muy en cuenta por los historiadores de la invasión de Bélgica. Merece leerse y releerse, no sólo como documento, sino por el dolor, la resignación, el patriotismo que late al través de sus páginas.

Es la lamentación del pastor que ha visto dispersarse a su rebaño, desde lejos (1). En medio

---

(1) «Hallándome en Roma—escribe a sus fieles el prelado belga—, recibí, unas tras otras, las noticias de la destrucción parcial de la Colegiata de Lovaina, del incendio de la Biblioteca y de las instalaciones científicas de nuestra gran Universidad, *de la devastación de la ciudad, de los fusilamientos, de los tormentos infligidos a mujeres, a niños y a hombres indefensos*. Y cuando todavía no se había pasado el estremecimiento que me produjeron estos horrores, las agencias de telégrafos nos anunciaban el

de tantas desdichas, su fe y su vigor espiritual causan al lector admiración. Aún confía en la victoria y en la Justicia Divina. No condena los horrores de la invasión germana, pero exalta el sacrificio del patriotismo belga. No increpa a los usurpadores, pero señala públicamente las iniquidades cometidas. Las matanzas, los incendios, los actos de pillaje surgen irrefutables de entre las ruinas de Bélgica. Los nombres, los datos, las fechas se suceden con agobiadora rapidez. «*Miles de ciudadanos belgas*—nos dice el digno prelado—*han sido internados en las prisiones de Alemania... La Historia relatará las torturas físicas y morales de su prolongado calvario.*»

Luego añade esta formidable acusación: «*Centenares de inocentes han sido fusilados... Sé que se han contado 91 en Aerschot, en donde bajo amenazas de muerte, sus conciudadanos se vieron constreñidos a cavar las fosas en que iban a ser enterrados.*» Relata el número de sacerdotes asesinados en su diócesis y otras adyacentes. Se ve en esas páginas que el clero católico fué objeto particular del odio luterano...

Por algo las autoridades militares alemanas prohibieron su publicación y secuestraron después al Arzobispo en su palacio. Al saberse en

---

bombardeo de nuestra admirable Iglesia Metropolitana, de la Iglesia de Nuestra Señora, situada al otro lado del río Dyle, del Palacio Episcopal y de extensos barrios de nuestra querida ciudad de Malinas.»

España la noticia, hubo, como es natural, un movimiento de protesta entre los católicos. Para calmarles, ciertos periódicos no vacilaron en decir que «las tropas alemanas hacían guardia de honor al Cardenal, frente a su palacio, por tratarse de un Príncipe de la Iglesia» (!!).

Dudo yo que esta ironía periodística engañara ni a los más crédulos. Pero si la famosa *Pastoral* se hubiese propagado a tiempo en las altas esferas de la sociedad española... ¡qué revelaciones para más de una dama devota al leer la interminable lista de estas víctimas del clero belga!... El calvario del anciano Obispo de Tournai, preso por la soldadesca alemana, obligado a hacer largas marchas sin consideración a su edad ni a su salud y *ayudado a empujones y culatazos*, fué la página de un mártir cuya muerte resulta uno de los muchos episodios vergonzosos de la invasión de Bélgica.

***

Ese heroico país, sacrificado, no pensó en hacer la propaganda de su martirio hasta que las hipócritas protestas del gobierno y de las autoridades alemanas, negando los atropellos comprobados, le obligaron a salir de su silencio. Corrieron publicaciones por el mundo; enviáronse comisiones y emisarios de prestigio al extranjero para restablecer la verdad de los hechos. Tuvo España la visita de dos distinguidas personalidades belgas, cuya estancia dejó grato re-

cuerdo entre nosotros. Una era la de un hombre eminente en su país: M. Cooremann, ex Ministro, Presidente de la Cámara de los Diputados y Consejero de Estado. La otra era el Canónigo Carton de Wiart, hermano del Ministro de Justicia, cuya admirable esposa, Mme. Carton de Wiart, fué encarcelada por las autoridades alemanas y puesta en libertad, más tarde, gracias a la noble intervención del Rey de España.

Acaso doloridos por la intransigencia o la incomprensión de las «derechas» españolas, respecto al caso de Bélgica, intentaran acercarse a ellas, buscando una simpatía fraternal y una piedad algo enfriada por los prejuicios políticos. Ignoro si el fantasma de Ferrer y su monumento se desvanecieron del espíritu de muchos oyentes al conversar con estos huéspedes tan dignos de interés y de atención.

Mi actitud, reflejada en las páginas de *La verdad sobre la guerra*, y mis sentimientos respecto al pueblo belga, me valieron, por parte de MM. Cooremann y Carton de Wiart, inequívocas muestras de gratitud y de aprecio. Veían que dicha actitud no iba dictada, como en otros, por espíritu de partido ni por influencias del medio ambiente, y agradecían que alguien saliese a la defensa de su patria, precisamente en esa esfera social de donde apenas había brotado, hasta entonces, muestra de compasión alguna hacia la infortunada Bélgica.

En mis conversaciones con ambos ilustres via-

jeros pude, no obstante, explicarles la razón de esa cortés pero glacial reserva con que la «extrema derecha» y acaso una parte de la aristocracia *germanófila* acogían su visita a Madrid. La experiencia y la observación debieron, creo yo, corroborar mis palabras.

M. Cooremann era una persona interesante, no sólo por los altos puestos que había ocupado en su país, sino por sus dotes personales. Hombre de cultura, sobrio y cortés en el ademán y en la expresión, su afabilidad mundana atenuaba un tanto el efecto producido por su voz sonora y sus ojos penetrantes y pequeños escrutándolo todo, al través de sus lentes. Él, por lo general, dirigía la palabra y sostenía la conversación. Su acompañante, el Canónigo Carton de Wiart, parecía hombre llano, modesto y de carácter tímido. Sus relatos sencillos, sin énfasis ni exageración, pudieron haber inspirado otros capítulos de *La Belgique sanglante* del gran poeta belga, Emile Verhaeren.

En su mismo pueblo natal, donde presenció la entrada de las tropas alemanas y la ejecución de muchos inocentes *que no habían hecho uso de arma alguna*, el Canónigo a poco fué víctima de un crimen. Detenido y maltratado por los soldados alemanes, a pesar de su insignia de la Cruz Roja, llevároule brutalmente a las autoridades militares bajo el consabido pretexto de que «habían hecho fuego desde los balcones de su casa». Las protestas y los juramentos de poco o nada

le hubieran servido a no poseer la llave de su hogar, que estaba cerrado y vacío, como pudo atestiguarlo. Un minucioso registro de la mansión abandonada convenció a los jefes de su sinceridad y de su inocencia, y sólo esta comprobación pudo salvarle de ser fusilado como otros muchos habitantes.

La visita a Madrid de MM. Cooremann y Carton de Wiart, habrá contribuído, no cabe duda, a informar a más de un engañado sobre los medios empleados por «la culta Alemania» en esta guerra. También habrá hecho revivir la caridad y la compasión, adormecidas por ciertas campañas periodísticas. Y aunque no logren siempre los emisarios anular esas corrientes de opinión, pueden atraer hacia la verdad a todos aquellos espíritus que no están obcecados por la incomprensión y la intransigencia. Sé de cierto Obispo *germanófilo* que después de hablar largamente con estas dos personalidades sobre los sucesos de Bélgica, se declaró francamente «aliadófilo».

De todos modos, la cordial acogida dispensada por el Rey D. Alfonso XIII, para quien no tuvieron más que elogios; la benévola actitud del Gobierno, y en especial del Sr. Dato, y el interés demostrado en las altas esferas sociales por la heroica Bélgica, debieron reconfortar, creo yo, el ánimo de estos dos patriotas. Acaso, antes de marcharse, pudieron estrechar los lazos de su país y del nuestro, sin distinción de clases. Cuando se dice que las «derechas» están por Alema-

nia y las «izquierdas» por los aliados, se habla en términos generales. Dentro de ambas esferas, dentro de un mismo partido y hasta dentro de una misma familia, hallamos gran variedad de opiniones respecto de la guerra. Sería, pues, ocioso recordar la manifestación de simpatía organizada, principalmente por demócratas y republicanos, frente a la Legación de Bélgica, sin tener también en cuenta la suscripción, a favor de los heridos belgas, recaudada por tan ilustre dama como la Duquesa de Fernán-Núñez.

Para ser *belgófilo* no necesita uno agruparse con aristócratas o demócratas. Basta ser europeo, es decir, hombre civilizado. La invasión de Bélgica ha sido un enorme crimen contra la libertad y la civilización. Alemania, arrollando a Bélgica por la fuerza, significa la barbarie triunfando sobre la paz, la prosperidad, el derecho, hoy sepultado entre ruinas. Por eso hay que ser *anti-alemán* en esta guerra. El triunfo de Alemania sería el triunfo de la injusticia y de la opresión armadas sobre la libertad de Europa: Marte, sangriento y brutal, ahogando a la diosa Razón...

VIII

FRANCOFILISMO

En esta guerra europea, Francia es la nación hermana que atrae, como ninguna otra, las miradas y el interés de todos los espectadores españoles. El entusiasmo por Alemania o por Inglaterra, la simpatía hacia tal o cual grupo de beligerantes, adquieren un aspecto más lejano e internacional.

Francia y España están ligadas una a otra por la geografía, por la historia, por la sangre, por la cultura y las ideas, por la proximidad y los intereses. Si en el curso de la Historia esos intereses han chocado algunas veces, ya en sangrientas guerras, ya en recientes disensiones coloniales, no hemos de ser partidarios por eso de los que persisten neciamente en recordar y mantener mutuos agravios. Nada más estéril que esta actitud intransigente adoptada por los patriotas rancios. Un país que mira al pasado en vez de mirar al porvenir, es un país muerto políticamente.

Así se explica el que tan anticuada actitud sea la bandera bajo la cual se han agrupado todos aquellos que aún sueñan con la Reconquista, los Reyes Católicos, Felipe II y la Independencia. Son éstas muy bellas páginas de nuestra Historia, que hoy sirven al Sr. Vázquez Mella para hacer en sus grandes discursos muy lindas evocaciones descriptivas. Fuera de esto, no parece de gran utilidad fijar la atención de un auditorio o de un partido en dichos personajes y episodios. Todo español debe leerlos, pero debe también pasar las hojas a tiempos más recientes. Estamos en el siglo XX, y quien se empeñe en contemplar las ruinas del pasado en lugar de volver la vista hacia el amanecer sangriento de Europa, ni aprenderá nada de la experiencia ni podrá contribuir, en su esfera, a levantar un nuevo edificio nacional.

Hay una realidad palpable entre Francia y España: los Pirineos. Esta es la puerta que los espíritus retrógrados quisieran cerrar, fundándose en querellas y disputas que hemos tenido con nuestros vecinos. Pero *la España consciente* no piensa de ese modo. El sentido común la dice que esas mismas disputas, esas mismas injurias cruzadas en el curso de la Historia no excluyen el afecto. Si a veces el interés o la codicia de ambos países han enfriado estas relaciones, pudiera creerse ver a dos hermanas alejadas de sí temporalmente por un pleito de familia o una testamentaría. Entonces, claro está, se ha sobre-

puesto el amor de Francia o de España por sus hijos al de su hermana y vecina.

Pero una vez pasada la contienda, una vez calmados los resquemores, vuelven a nacer los sentimientos de cordialidad entre ambos pueblos. Francia es nuestra hermana; nos unen a ella la sangre, la geografía, el carácter. Sus mismas cualidades y defectos se parecen a los nuestros. No le echemos en cara sus errores o sus ligerezas; mas bien, al hacer examen de conciencia nacional, imitemos sus muy buenas virtudes. Francia, en la hora presente, revela al mundo asombrado los tesoros inagotables de su civilización y de su patriotismo. Demuestra, sobre todo, la vitalidad de la raza latina, que es la nuestra. Admiremos el ejemplo y suavicemos asperezas entre españoles y franceses.

No hemos de vivir contra Francia. Hacer un dique de los Pirineos sería aislarnos espiritualmente de Europa.

Así lo ha entendido la España pensante, la España de la mayoría de los políticos, de los escritores, de los artistas. Independientemente de las etiquetas políticas, hallamos cordiales sentimientos hacia Francia en todas las esferas sociales. Nada más injusto e inexacto que la conocida frase sobre la opinión española: «sólo el R... y la canalla están por los aliados». Debió lanzarla el *germanofilismo* intransigente, que así califica al pueblo y a los elementos democráticos. Pero la realidad es muy distinta; hombres políticos tan

conservadores y constitucionales como D. Antonio Maura, tan liberales como el Conde de Romanones, tan radicales como el ex republicano Don Melquiades Alvarez, han aconsejado, unos por patriotismo, otros por simpatías personales, la conveniencia de una «entente» con Francia y con Inglaterra. Parlamentarios y publicistas, salvo raras excepciones, sienten admiración por esas dos naciones que han dado al mundo las más grandes lecciones de progreso y de civilización en sus reformas políticas. El letrado, el intelectual, no puede menos de confesar que Francia es para él la ventana por la cual mira a Europa.

Otro tanto nos dirá el hombre de negocios aterrado ante las posibles consecuencias de la propaganda *germanófila*. Sabe muy bien los hilos que nos unen a París y a Londres en el orden económico, y prevé un resultado desastroso para la misma España si una victoria alemana hiciese quebrar o retirar los capitales anglo-franco-belgas establecidos en nuestro país. En cuanto al elemento militar, calificado de *germanófilo*, cuenta con muy honrosas excepciones a favor de los «aliados». Aun en el alto mando, ciertos militares que han servido en nuestra zona de influencia de Marruecos, sienten la necesidad de estrechar nuestra colaboración con Francia y lamentan los «dimes y diretes» de cierta prensa franco-española, cuya acritud sirve los intereses de los elementos marroquíes y alemanes. En el soldado no sería difícil hallar más adeptos a la causa fran-

cesa que a la alemana; casi todo soldado sale del pueblo, y el pueblo, desde el obrero hasta el pacífico burgués, no puede simpatizar con la política militarista de Alemania, tan absorbente y dominadora.

Nuestro pueblo admira a Francia, patria de las libertades. Nuestra aristocracia también, no obstante las apariencias. El *snobismo*, los prejuicios tradicionales, habrán ofuscado su opinión, temporalmente, pero vendrá la hora del remordimiento. Aunque en estas esferas haya una corriente de simpatía a favor de Alemania y del Kaiser y un pueril temor ante el posible triunfo de la vecina República (1), los verdaderos monárquicos no pueden olvidar la popularidad del Rey de España tanto en París como en Londres. De todos

---

(1) Conviene de paso recordar que la República francesa ha sido para España mejor vecina que la Monarquía. Con la Monarquía de allende los Pirineos estuvimos casi siempre en guerra; con la República radical y democrática no hemos tenido más que la reciente rivalidad colonial de Marruecos, atenuada después por la aproximación de los Gabinetes de París y de Madrid y el llamado pacto de Cartagena.

La República «atea» y «antimilitarista», que espanta a nuestros patriotas rancios, no constituye para España una vecina peligrosa, sino todo lo contrario, dadas sus pacíficas tendencias. Lo peligroso para España sería, más bien, el restablecimiento de una dinastía en Francia y la preponderancia del elemento militar. Eso es precisamente lo que hace del Imperio alemán una eterna amenaza para las demás potencias europeas.

los soberanos extranjeros, es en ambas capitales el que despierta más afectos y entusiasmos personales. París, siempre hospitalario, acogió en su emigración a Doña Isabel II, como a Don Alfonso XII. Francia dió Reyes a España, y en el escudo de nuestros Borbones brillan las regias flores de lis, como en las venas de nuestros soberanos corre la sangre del *Rey Sol*, Luis XIV. Francia y España han de ir eternamente unidas en su destino. Los Pirineos no son una barrera hecha para aislarnos; son una cadena que ha puesto la naturaleza para enlazar ambos pueblos en el curso de la Historia.

***

Francia representa en el mundo la esencia del genio latino y su más completa evolución. Las razas latinas del universo han tenido dos capitales en el orden espiritual: Roma y París. Roma es el pasado, París es el actual faro intelectual que parece orientar en las esferas del pensamiento a Italia, a España, a Portugal, a toda la inmensa América latina. Al través de sus revoluciones, de sus inconsecuencias o de sus frivolidades mismas, Francia, en todos los órdenes de la vida humana puede competir orgullosamente con las razas anglo-sajonas. No obstante el desenvolvimiento material o artístico de otros países, Francia sigue conservando su puesto preponderante en el mundo. La cultura francesa ha sabido medirse con la *Kultur* alemana, y Alemania, a pesar de su admi-

rable florescencia filosófica y científica, no pesa más en la balanza de la civilización que la *decadente* Francia.

Hay influencias que no sabrán herir de muerte ni los morteros, ni los batallones alemanes... Aunque París yaciese en ruínas, Francia sería inmortal al través de sus obras gloriosas; volvería a renacer sobre sus mismos escombros como después del desastre de 1870. La sonrisa burlona y escéptica de Francia antes de esta guerra europea, hizo que los extranjeros la juzgaran ligera, corrompida, superficial, incapaz de un renacimiento. Confundíase lamentablemente su literatura de exportación y su teatro de «boulevard» con las costumbres francesas. Pero bajo esas apariencias engañosas yacía oculta la vitalidad latina. Ni las guerras, ni las revoluciones, ni las miserias del régimen parlamentario han apagado el sentimiento arraigado de todas sus clases sociales: *el patriotismo*.

La batalla del Marne no sólo salvó a París y a Francia bajo el punto de vista militar, sino que reveló al mundo asombrado una raza fuerte, unida, heroica ante el peligro común. Se apagaron repentinamente las disensiones religiosas o sociales. Ya no hubo partidos: hubo sólo franceses. Bajo la bandera acudieron lo mismo los clérigos emigrados de Francia que los elementos obreros adictos a la «Internacional». Cofradías, gremios, sindicatos, se fundieron de pronto en un solo elemento: el militar.

Ni las «teorías disolventes», ni las ideas «avanzadas», ni las tormentas revolucionarias, turbaron un solo momento la rápida y asombrosa movilización del ejército francés. Los que se imaginaron, fuera de Francia, ver estallar una gran huelga ferroviaria o una manifestación socialista en contra de la guerra, vieron defraudados sus anhelos. No hubo conato de indisciplina. El mismo asesinato de Jaurés no provocó disturbios en las calles, como hubieran surgido en tiempo de paz. Limitóse la prensa a ensalzar la memoria del gran orador socialista, uno de los cerebros más cultos de la política francesa, lamentando su trágico fin. Pero en esa hora intensa latía únicamente en todo corazón un solo deseo fervoroso: la «revancha». El fantasma del 70, lejos de encoger los ánimos, pareció inflamar los pechos de noble patriotismo. La misma prensa mundial, que acababa de reflejar en *l'Affaire Caillaux* una Francia influída por ciertos políticos nefastos y arbitrarios, tuvo que reconocer su error. Esa era sólo la epidermis del país vecino. Bismarck, que puso especial empeño después de la guerra franco-prusiana en proteger la República y fomentar «una Francia democrática y dividida por las luchas políticas» (1), hubiese hecho ahora un gesto de asombro. Francia aparecía al exterior con fuertes aliadas, y al interior *una e indivisible*.

---

(1) Véase el muy interesante libro de Jacques Bainville, *Bismarck et la France*.

El plan maquiavélico de Bismarck no dió el fruto apetecido, como no lo dió tampoco la alianza con Italia. La guerra ha revelado la unión de todos los franceses: *L'Union Sacrée* loada y ensalzada en páginas vibrantes por la pluma eximia de Maurice Barrés.

Ha sido ésta una hora culminante y una de las más bellas páginas de la Historia francesa contemporánea. Unanimidad en el Parlamento al votar los créditos de guerra, unión entre los enemigos de la víspera, unión en todo un pueblo en el ideal común: la victoria. Sin estar sujetos a una férrea disciplina, como los prusianos, todo francés se hizo soldado sin protestas ni lamentaciones: el pacifista, el socialista, el radical, lo mismo que el monárquico, el aristócrata o el clérigo. Olvidando rencores politicos fueron numerosísimos los sacerdotes que regresaron a Francia a empuñar las armas. Los Obispos, más patriotas que admiradores del Kaiser, a pesar de su representación «providencial», enardecieron el ánimo de los fieles con palabras de amor hacia Francia y de sincera protesta contra la agresión del enemigo.

Nadie deseaba la guerra en Francia antes de estallar el conflicto europeo, si exceptuamos cierta literatura nacionalista encarnada ayer en un Paul Derouléde, hoy en un Barrés, y cuyas entusiastas huestes soñaban con arrancar un día los crespones a las estatuas de Metz y de Estrasburgo. A pesar de las luchas políticas, el

pacifismo de sus ciudadanos respecto al orden internacional, fundábase, principalmente, en su envidiable prosperidad económica. Francia, adormecida por su bienestar, se dejó sorprender bruscamente. No quiso ver allá, en el horizonte, los ojos codiciosos del Águila prusiana acechando el momento oportuno para extender su vuelo triunfal sobre París. Esta vez el Águila ambiciosa no dudaba de «aplastar a Francia definitivamente». En vano algunos patriotas, alarmados, llamaron la atención pública en el periódico y en el libro. La ceguera radical y socialista formó un bloque frente a las reformas. Fué preciso que en pleno Senado se revelaran las deficiencias del material del ejército francés para que en los escaños se estremeciesen hasta los radicales como Clemenceau. Esta fué la primera sacudida que sintió la opinión, pero la «ley de los tres años» llegó tarde. Ya estaba la tormenta encima, y Francia despertó asombrada ante el peligro. No obstante, Francia dió al mundo un bello espectáculo. Sin dudas ni vacilaciones empuñó las armas para cumplir sus compromisos y auxiliar a Rusia, su aliada. Francia no quiso la guerra, pero tampoco rehuyó la lucha que se le presentaba formidable y llena de trágicos recuerdos. En unos días, en unas horas, se operó el milagro soñado por los patriotas más idealistas: *la unión sagrada,* es decir, «la unión que hace la fuerza».

Y tras de esa unión sagrada vió París otra manifestación no menos sincera y profunda: la

unión latina en el orden espiritual. El peligro de Francia y la invasión germana habían hecho latir de emoción a los corazones latinos en España, en Italia, en Portugal, en la inmensa América española. Se ha dicho varias veces que esta guerra es guerra implacable de razas, y pudiera decirse más exactamente, que es la guerra de Europa contra el *pangermanismo*. Los Estados latinos, que ya habían protestado contra la violación de Bélgica, los medios teutónicos y el «manifiesto» de sus intelectuales, sintieron el riesgo que corría Europa si triunfaba la *Kultur* militarista de Prusia. El individualismo intelectual de nuestra raza no podía someterse humildemente a yugo tan opresor. Francia es parte de nuestra sangre y de nuestra mentalidad. Su cultura, su ciencia, su influencia civilizadora va íntimamente unida a la nuestra... Hacía falta, pues, un acto solemne de confraternidad latina, y tuvo lugar en la docta Sorbonne ante un público, formado, en su mayor parte, por eminentes políticos, literatos y artistas.

En la memoria de todos está aquella hermosa velada de carácter internacional. Tuvo en ella su representación oficial el gobierno francés, y los países latinos, en gran parte, su representación intelectual y diplomática. Poetas, historiadores y publicistas hablaron o leyeron sus discursos de fervorosa simpatía hacia Francia y la causa de la civilización. América envió algunas de sus eminencias. En nombre de Italia sonó

la voz autorizada del eminente Ferrero, el historiador de la República de Roma, y vibró la lira de su excelso poeta Gabriele D'Annunzio, que meses después había de enardecer con su verbo luminoso los anhelos de su patria sujeta al yugo austro-alemán por ficciones políticas. ¿Quién hubiera adivinado aquella tarde el futuro triunfo del poeta, convertido en héroe nacional?

A España la tocó ser ovacionada en la persona de Blasco Ibáñez. Su oratoria cálida, vibrante, meridional, como las bellas páginas de sus novelas, electrizaron al público... Y no podía ser de otro modo: en Blasco Ibáñez se funden un vigoroso temperamento artístico, una visión plástica del mundo y la palabra fácil del antiguo agitador revolucionario. Es, además, Blasco Ibáñez un novelista español cuyas obras han pasado las fronteras y cuya personalidad tiene significación literaria tanto en América, donde ha vivido, como en París, donde reside. ¿Qué de particular tenía su adhesión intelectual a un acto como el de la Sorbonne...?

Sin embargo, los odios políticos adulteran el prestigio de las más sólidas reputaciones. Lo vemos en el caso de Galdós, que es un prestigio nacional menospreciado por los intransigentes. Lo vimos en los comentarios al discurso de Blasco Ibáñez. La prensa española publicó extractos, apreciándolos cada diario según sus tendencias respecto de la guerra. Los republicanos y demócratas, ensalzando sus brillantes párrafos. Los pe-

riódicos de las «derechas», atacando rudamente la personalidad de Blasco Ibáñez. Para estos elementos sigue siendo el ilustre novelista el antiguo diputado revolucionario de Valencia y el anticlerical autor de *El Intruso*. No merece, pues, clemencia ni consideración intelectual. Pero lo raro es que desde estas esferas periodísticas le criticara desdeñosamente algún *superhombre* agriado por los éxitos ajenos, vengan de las «derechas» o de las «izquierdas», y aún más extraño tratándose de ex compañeros, no sólo en ideas políticas, sino en antiguas campañas periodísticas. ¿Y qué se le reprochaba al célebre escritor?... El haber ostentado «la representación intelectual de España»... que, dicho sea de paso, ciertos escritores quisieran acaparar para sí y para su círculo de amigos.

Blasco Ibáñez contestó a estas críticas con dignidad, manifestando su natural sorpresa ante la injusta censura. No había pretendido, explicó, el representar a España o a tal o cual grupo de literatos. Se había representado a él mismo como novelista invitado a expresar sus sentimientos ante un público francés y americano que conoce su obra literaria... Y nada más.

Pero esto era lo bastante para provocar murmuraciones. La notoriedad mundial del novelista tenía que envenenar la pluma de los que sólo «llegan» a fuerza de laboriosidad, «erudición clásica» y pedantería, cuando no por influencias políticas y periodísticas, alcanzadas gracias a una

pluma flexible que ha recorrido toda la escala de las evoluciones, ora cazando un «acta» de diputado, ora mendigando un sillón en la Academia.

* * *

Si hubiera de orientarse la opinión extranjera sólo por el aspecto político de las ideas, no cabe duda entonces de que el *francofilismo* tendría su mayor arraigo en las «izquierdas». Y en tan vasta agrupación pudieran entrar igualmente los conservadores tibios e intelectuales independientes, como los más entusiastas radicales.

El *francofilismo* es más extenso de lo que puede creerse a primera vista; pero tardó en brotar dentro de España, no por falta de fervorosos partidarios, sino por falta de propaganda y de organización entre sus huestes. El *germanofilismo*, bien adiestrado y preparado al estallar la guerra, como Alemania misma, supo aprovecharse del momento. Cogiendo a los *francófilos* desprevenidos, pudo invadir a España gracias a sus dos grandes ejércitos: el *carlismo* y el clero. Con estos auxiliares poderosos hízose dueño de las «derechas»; es decir, la mayoría de los católicos, aristócratas y conservadores. Su furibunda campaña de prensa, sus artículos, sus folletos y sus hojas, hicieron el efecto que sabemos en esa gran masa de opinión, desinteresada, por lo general, de los problemas internacionales...

Pero ni Francia ni Inglaterra habían pensado acudir a esta clase de maniobras en los países neutrales. Bastábales, al parecer, su clara actitud respecto a la guerra europea. Y sólo cuando vieron adulterados los orígenes del conflicto, negada o discutida la malevolencia de Alemania y refutados cínicamente los actos cometidos en Bélgica y en Francia, decidieron apelar a la opinión mundial. Entonces comenzaron las publicaciones, los folletos traducidos, los libros diplomáticos. Sin embargo, estas obras y estos documentos llegaban tarde. La propaganda *germanófila* había echado hondas raíces en nuestro suelo patrio, y ese movimiento, con ser perjudicial a España y basado en su mayor parte sobre errores o intrigas, tuvo, eso sí, el efecto de una habilidad política. Los «aliados» pudieron ver entonces que la discreción y la dignidad suelen salir mal paradas frente al odio y la inconsciencia.

No obstante, el «trop de zéle» puesto en la propaganda germanófila, sus ditirambos, sus quiméricas promesas de «restituirnos» Gibraltar y darnos Marruecos gracias a la magnanimidad de Alemania «agradecida» (!!), produjo una reacción. El público imparcial y sereno iba cansándose de esta campaña feroz y persistente contra los aliados. Para la mayoría de los españoles, Francia, con sus errores o sus culpas, era una nación muy semejante a la nuestra, psicológicamente, mientras que a Alemania nos unen muy

pocos lazos psicológicos o materiales. Esta continua apología del Kaiser y de su Imperio era ya suficiente para cansar los entusiasmos de muchos lectores. Los embustes y las exageraciones *germanófilas* llegaron a irritar a no pocos patriotas al ver que se abusaba de la credulidad pública. Tales rumores y absurdos tenían forzosamente que dar una idea muy falsa de la cultura española. Fué la razón principal de que ciertos escritores y publicistas intervinieran en la contienda para poner coto al delirio *germanófilo*. Entonces vimos en España una gran lucha intelectual en que iban a removerse valores literarios, científicos, filosóficos, razones políticas, históricas, estratégicas y comerciales. La victoria pesó en la balanza a favor de los aliados. Ya anteriormente, en las esferas periodísticas, iba poniéndose freno a las engañosas promesas *germanófilas* con frecuentes dosis de sentido común. Recuérdese, entre otros muchos casos, los briosos artículos de «Juan de Aragón» en *La Correspondencia de España*.

No menos digno de mención es que incluso en *A B C* fuera disipando tantos rumores engañosos y juzgando con fría impasibilidad la guerra europea, una pluma tan competente en cuestiones internacionales como la del Sr. González Hontoria. El ex subsecretario de Estado, en sus artículos, ha sacrificado muy a menudo la superficial amenidad periodística a la escrupulosa investigación de fechas, datos y cláusulas.

Su colaboración en *A B C* es de las que dejan huella.

Los políticos, al comenzar la guerra, pecaron de demasiado reservados en cuanto a sus tendencias. Tienen, por lo general, nuestros hombres públicos el defecto común de hablar cuando no hay nada que decir, y de callar cuando la opinión pública desearía oirles. Y así, lo que pudiera creerse habilidad, lo suelen atribuir los maliciosos a falta de criterio personal o de convencimientos arraigados. Bien es verdad que el deseo de mantener «la más estricta neutralidad» y el no abordarse el complejo tema de la guerra en el Congreso fué la principal causa del silencio. Además, los políticos prudentes recordaban con recelo las manifestaciones populares contra el Sr. Lerroux al volver éste de Francia, y la protesta de una gran parte de la opinión contra el Conde de Romanones, a raíz de publicarse en el *Diario Universal* el célebre artículo «Neutralidades que matan.» Pero observando la repercusión que dicho artículo tuvo al otro lado de la frontera, no puede negarse la habilidad del Conde para captarse simpatías en Francia. Desde entonces, en los Centros oficiales de París y en la prensa francesa, se le considera el campeón político del *francofilismo* en España. Y hasta quizá se le considere todavía un posible colaborador de los «aliados» en la esfera del partido liberal, no obstante las declaraciones periodísticas de su actual jefe protestando contra tales intenciones.

¿Se sigue respecto a la guerra europea la opinión liberal del país...? Cabe dudarlo. El liberalismo es una gran masa de agrupaciones políticas que abarca desde las tendencias conservadoras hasta los lindes de la república. A veces sus mismos límites aparecen vagos y borrosos. Desde que lo fundó Sagasta, cuya habilidad apenas si podía barajar las disensiones personales con frecuentes cambios de cartera, vienen minando a este partido las fracciones y los grupos. Hoy, lo vemos dividido entre el Conde de Romanones y el Sr. García Prieto, jefe de la minoría democrática. Entre el desunido partido liberal y los republicanos se alza un nuevo grupo: el *reformista*, acaudillado por D. Melquiades Alvarez. ¿Qué programa político y qué ideología separa a unos de otros...? Al parecer ninguno, salvo diferencias de criterio personal. Sus respectivos jefes y su prensa defienden, más o menos, las mismas reformas sociales interiores o la misma orientación en el orden internacional. Anhelan abordar el problema de «españolizar» a Tánger, y saben muy bien que, para esto, hemos de contar con Francia y con Inglaterra, no con la supuesta «gratitud» de una Alemania victoriosa. Desean también el triunfo de Francia y de Inglaterra, de donde surgen todas las innovaciones y libertades políticas de la humanidad...

Mas, por desgracia, no lo entienden así algunos liberales, cuya persistencia en informarse en las columnas belicosas de *El Correo Español* ha me-

recido censuras del mismo Conde de Romanones. Y esto que, a primera vista, pudiera parecer fútil, es un detalle muy significativo. Revela cuán dividida está España respecto de la guerra, y lo arbitrario que resultaría el admitir de un modo absoluto que las «derechas» son *francófilas*, y las «izquierdas» *germanófilas*. No es poco frecuente que personas de ideas conservadoras y sentimientos religiosos, las cuales pudieran creerse afiliadas al *germanofilismo* de tinte clerical, resulten entusiastas partidarias de Francia y de los «aliados». Asimismo, otras que ostentan ideas democráticas se revelan *germanófilas*, bien por admiración hacia «la maravillosa organización alemana», como por incidentes en la frontera franco-española, que han agrandado con singular malevolencia ciertos diarios y patriotas ofuscados. Como en la política interior de España siempre fuimos víctimas de los partidos y las diferencias opuestas de criterio, no era de esperar, en cuanto a la guerra europea, una mayor unión entre españoles.

Sin embargo, a la vecina República, más que a Inglaterra, a Alemania o a otro país cualquiera, debe atribuirse las dos corrientes de opinión en que se ha dividido España respecto al porvenir de Francia. «Izquierdas» y «derechas» han intentado en vano descifrar el enigma. De salir Francia victoriosa, ¿se consolidará para siempre el triunfo de su República?... Si, por el contrario, Francia sufre otra derrota, ¿no se resta-

blecerá el régimen monárquico? Todas estas suposiciones han hecho brotar no pocos artículos y polémicas.

Una autorizada opinión de las «derechas» conservadoras, D. Gabriel Maura y Gamazo, reflejó en las columnas de *A B C* los errores comunes, tanto de las *filias* como de las *fobias*. Y, de paso, el prestigioso historiador tuvo frases muy oportunas al recordar a sus lectores, que si tras de la Revolución y de las victorias de Valmy y de Jenmapes surgió de los ejércitos revolucionarios un Bonaparte, ¿quién era capaz de prever las futuras sorpresas que nos reserva hoy la Historia?...

En efecto, nada más arriesgado ni a la vez más inútil. Esta guerra no puede mirarse tampoco bajo el superficial aspecto del régimen. No es la guerra de una República contra un Imperio, ni, caso de serlo, iban a influir por eso ninguna de las dos formas de gobierno sobre el resto de Europa. Es una *guerra de razas*. Van nuestros afectos y nuestras simpatías hacia Francia, por ser República *latina* como son las hispano-americanas. También allá, en el inmenso continente, sufrieron nuestras glorias un eclipse y nuestro orgullo patrio un rudo golpe en la hora dolorosa de la independencia y de la separación... Y, sin embargo, el tiempo ha operado un milagro no menos bello que el de la conquista. Las nuevas Repúblicas tienden los brazos a la vieja España, su madre. Sus diferencias de criterio político no disminuyen por eso la cordialidad de

los sentimientos y la afinidad de los intereses. ¿Qué patriota no desea estrechar hoy los lazos hispano-americanos?...

El caso de Francia es semejante: si atendiésemos a los espíritus fósiles y nos indispusiéramos ahora con ella por desaprobar su política interior, nuestras relaciones con la América del Sur irían enfriándose también. América sigue a Francia en casi todas las orientaciones y no habría de imitar en nosotros influencias germánicas tan incompatibles con su carácter latino. ¿Han pensado en esto los inquisidores de levita?... Porque volver la espalda a Francia, es volver la espalda a la realidad.

***

Acaso el furor de los ataques *germanófilos* haya contribuído, más que nada, a despertar las simpatías de una gran masa de opinión hacia Francia e Inglaterra. Tan feroces campañas periodísticas han hecho sospechar a más de un español que se ocultaban intereses alemanes bajo las apariencias del patriotismo ultrajado. Unas veces se evocaba Trafalgar, Gibraltar, el Dos de Mayo; otras, incidentes franco-españoles en la frontera, agrandados como la proverbial bola de nieve.

Al gobierno del Sr. Dato se le ha atacado con frecuencia por supuestas simpatías hacia las naciones aliadas, y no han faltado alusiones para

las altas esferas. El movimiento de los grandes centros fabriles, sobre todo en Barcelona y la mayor parte de Cataluña, también promovió el escándalo de los «incorruptibles», clamando, indignados, contra el contrabando. Cuando las masas de opinión «francófila» iban a depositar sus tarjetas en la Embajada de Francia, se daba a esta manifestación, en cierta prensa *kaiserófila*, un carácter marcadamente revolucionario. *Francófilo* quería decir republicano, radical, ateo, mal patriota. Si tal o cual político daba muestras de simpatía hacia Francia, «estaba vendido». Recuérdese el alboroto contra Lerroux y contra Blasco Ibáñez, acusados por los periódicos de las «derechas» de venir a España a predicar la intervención y a imitar a D'Annunzio por unos cuantos millones de francos (!!!).

Cuando más culminante se hacía la *francofobia* publiqué mi folleto *La verdad sobre la guerra*. Pude juzgar del estupor de muchas gentes. ¡Qué falta de tacto...! ¡Simpatizar con «la republicana Francia» y la «pérfida Inglaterra»...! ¡Escribir contra el pueblo «providencial», el Kaiser, la religión, el orden, la disciplina y tantas cosas sagradas!

Esta «apostasía» intelectual era sólo posible en un patriota tibio y en un aristócrata descastado. Fuesen, por lo tanto, cuales fuesen mis razonamientos, no valían la pena de ser tomados en consideración. Y se decidió en ciertos círculos muy «comm'il faut» censurar acremente el fo-

lleto... sin leerlo. Bastábales a estos creyentes la excomunión lanzada sobre mí desde *El Correo Español* en un artículo titulado «Un mal engendro.»

El «mal engendro» había sido leído ante un público muy numeroso y varios altos representantes diplomáticos en la sala de actos del Instituto Francés de Madrid. Desde la declaración de guerra, dicho Centro intelectual, que tanto labora por estrechar los lazos espirituales entre España y Francia, venía dando lectura de las negociaciones diplomáticas anteriores al conflicto. ¿Objeto de estas lecturas? Restablecer la verdad de los hechos, adulterada por ciertos periódicos, y mostrar la inculpabilidad de Francia en esta guerra. Era lo que yo mismo había hecho en mi folleto. En unas páginas sinceras, que hallaron eco en muchas conciencias, señalaba la preparación de Alemania, sus ambiciones, su programa político, al par que combatía, dentro de mis medios, las vulgaridades del *germanofilismo* español bajo el aspecto histórico, político, moral y religioso...

Fuéme pedida autorización para dar lectura pública de mi folleto por el Director del Instituto, y este acto, que mereció la gratitud de tantos patriotas franceses, doloridos por ciertos aspectos de la opinión española, me valió una severa reprimenda de *El Correo Español*. El órgano tradicionalista, sin atribuirme, claro está, móviles políticos, ni creerme, dada mi insignificancia,

«vendido al oro francés», tuvo a bien recordarme mi «glorioso antepasado» de Trafalgar, lamentando que quien lleva este apellido pueda hoy día servir tan mal a su país.

Huelga decir que pude consolarme con opiniones más favorables. No todo el mundo en Madrid pensó lo mismo, y merecí además el alto honor de que mi obra traspasara las fronteras. Los grandes diarios de París agradecieron mis palabras de cordial simpatía hacia Francia. Eminentes literatos del país vecino tuvieron frases de elogio para mi actitud desinteresada. Personas de todas las clases sociales me escribieron o comunicaron verbalmente su adhesión y su agradecimiento... No cito estos hechos guiado por una vanidad pueril, sino consciente de haber disipado errores en una hora crítica para ambos pueblos y de haber sembrado esta semilla intelectual que dará frutos en los dos países cuando la verdad, la razón y la justicia hayan disipado aquellas sombras que se llaman el rencor, la intriga o la ignorancia.

IX

HABLAN LOS POLÍTICOS

La prensa de Madrid y de provincias anunció, a principios de Abril de 1915, el proyectado viaje del Conde de Romanones a Barcelona y a las Islas Baleares. Este viaje, según los periódicos, tenía carácter semi-oficial. El jefe de los liberales iba a unir sus levantiscas huestes, suavizar asperezas y atraerse voluntades con el imán de su cetro parlamentario. Tratábase, una vez más, de consolidar la fuerza y la anhelada unión del partido liberal. Era, pues, necesario tantear el terreno, hacer un viaje de propaganda y fijar la orientación del liberalismo español en un gran discurso político.

Y, en efecto, así se hizo; pero los periódicos, al anunciar, tanto el itinerario del viaje, como los actos, recepciones, banquetes y demás muestras de homenaje con que los partidos políticos suelen siempre agasajar a sus «prohombres», insistían en la trascendencia del famoso discurso que había de pronunciarse después de un banquete, en Palma de Mallorca.

Allí, el Conde de Romanones iba a analizar la situación de su partido, su norma de conducta respecto al gobierno, su programa parlamentario y su orientación política. Esto no era, sin embargo, lo bastante para fijar la atención pública, ya harto acostumbrada a semejantes manifestaciones. Lo nuevo, lo importante era que el jefe de los liberales, en plena guerra europea, iba a emitir sus opiniones sobre la «situación interior y exterior de España».

Semejante proyecto, dada la representación política del orador, no podía menos de producir viva inquietud en ciertas esferas sociales. Inútil es señalar aquí las conjeturas, los rumores y las profecías que corrieron por la prensa en esos días, al recordar pasadas «declaraciones» y algún artículo no muy alabado. Pasemos al discurso de Palma de Mallorca, donde, terminado el gran banquete ofrecido por los liberales a su jefe, éste se levantó a hablar, entre aplausos, y abordó, tras de otros temas y aspectos de nuestra política interior, el problema internacional:

«Seguro estoy»—dijo el Conde—«de que aquel »insigne estadista (Maura), gloria de esta tierra, »que asumió la iniciativa y la responsabilidad de »firmar en nombre de España, en Cartagena, la »*Nota* sobre el Mediterráneo, tuvo al hacerlo, »puesto el pensamiento en la tierra que le vió na»cer, en esta región, pedazo amadísimo de Espa»ña, cuya intangibilidad es para todos esencial e

»indispensable. En estas islas, como en sus her»manas las Canarias, puse yo también mi pensa»miento cuando, en 1913, me cupo el honor de »acompañar a S. M. el Rey y al Presidente de la »República a las mismas aguas de Cartagena, y »allí, en presencia de un barco que izaba la ban»dera inglesa, se realizó, como para dar término »y definitivo carácter a la visita de S. M. el Rey »de España a París y del Presidente de la Repú»blica Francesa a España, una revista a la escua»dra francesa, y desde allí se enviaron telegra»mas de saludo y de cordialísima expresión al »Rey de Inglaterra, que eran por éste afectuosa»mente contestados.

»¿Hay alguien que pueda creer que este acto »era tan sólo una fiesta más en aquella serie que »en honor de nuestro ilustre huésped se habían »verificado...?

»¿O era *un acto político maduramente pensado »que se realizaba con el acuerdo de todos, sin que »contra él protestara nadie y cuyo significado y al»cance notorios eran la ratificación por un Gobier»no liberal* de modo solemne y en el propio lugar »y sitio *de lo que en 1907 había llevado a cabo un »Gobierno conservador?...*»

Como verá el lector, el jefe de los liberales mantenía toda la trascendencia política del pacto de Cartagena. He subrayado las frases del discurso que merecen especial atención. En ellas el Conde de Romanones atribuye el verdadero ori-

gen de esta política hispano-franco-inglesa a la personalidad del Sr. Maura y al partido conservador. Los liberales, según el Conde, no hicieron sino recoger la herencia del Gobierno conservador y ratificarla más tarde en Cartagena. Luego la aproximación de España hacia Francia e Inglaterra, en el orden internacional, no era ya el criterio de tal o cual gobernante, ni siquiera la tendencia de un partido determinado: pasaba a ser programa nacional... Y en efecto, no protestó nadie, aunque entonces fuese la ocasión de que los prohombres del *germanofilismo* clamaran contra el desacierto, invocando las razones que tuviéramos para pactar con Alemania...

Pero sigamos al Conde de Romanones en su discurso:

«... Por el problema del Mediterráneo hemos »ido y debemos permanecer en el Norte de Ma»rruecos; por el problema del Mediterráneo, prin»cipalmente, hemos de desarrollar nuestra efica»cia militar y naval sobre las bases de Cádiz, Car»tagena y éstas islas (Baleares); por el problema »del Mediterráneo, *conservadores y liberales ini»ciamos y mantuvimos los acuerdos de* 1904, 1905, »1907 y 1912, y *por el problema del Mediterráneo »nos está impuesta la política de inteligencia con »aquellas naciones con las cuales, desde el comienzo »del reinado de Alfonso XIII, hemos mantenido re»laciones más directas* (!).»

Y luego esto, que es de sentido común, aunque tantos españoles vivan prescindiendo siempre de este sentido:

« ... Y esta política no significa ni desvío ni »antipatía hacia otras naciones, con las cuales de»bemos mantener los vínculos de unas relaciones »cordiales y amistosas; es sólo el resultado inelu»dible de la posición geográfica de España, *por»que, como dijo Maura, lo que no puede hacer la »voluntad es variar la realidad, forjar otra Espa»ña distinta de la que existe, ni colocarla en el »mundo en otro lugar que aquel que en el mundo »ocupa*, etc.»

No puede negarse que el jefe de los liberales, a más de dar pruebas de su acostumbrada habilidad, estuvo claro y contundente en su discurso. Expuso la situación de España ante la realidad política y geográfica amparando sus juicios personales con la autorizada opinión del Sr. Maura. No estuvo incierto, ni vacilante, ni apeló a esos recursos de oratoria que, según sus adversarios, no posee. Pero hay ocasiones en que más valen unas frases sencillas y sobrias que no una oratoria de ampulosa retórica encubriendo absurdos y quimeras bajo la magia de una elocuencia torrencial.

El discurso del Conde de Romanones hizo gran efecto en todo el país, pues no podía menos de pesar en la balanza la opinión del que, a juicio de muchos, es en la hora actual «el amo de Es-

paña». Publicado extensamente por toda la prensa liberal, elogiado por los grandes diarios de París y de Londres, deseosos de hallar apoyo en un gobernante español, halló, naturalmente, viva oposición entre las «derechas», los *germanófilos* y todos aquellos españoles que miran desconfiados la personalidad política del Conde.

Pero seamos justos; ya que hablamos siempre mal de los políticos y les atribuímos en gran parte el atraso, la ruina y los desastres que han amargado a España, debemos reconocer que los políticos, en esta ocasión, han señalado al pueblo la realidad, en contra de los que, inconscientemente, anhelan mantener un sentimiento nacional de rencores estériles y de venganzas irrealizables. Bajo ese aspecto, el discurso del Conde de Romanones en Palma de Mallorca es una advertencia saludable a todos los Quijotes, que en su furor «patriótico» quisieran cerrar nuestros puertos a Inglaterra y poner un candado a los Pirineos.

* * *

Estas alusiones a la política del Sr. Maura fueron recogidas por el eminente orador en el largo discurso que pronunció el 21 de Abril en el Teatro Real.

En la memoria de todos vive el recuerdo de la enorme expectación que precedió al discurso. Los periódicos reflejaron antes del acto sus temores, sus inquietudes o sus anhelos, cada cual

según las tendencias de sus hojas. Mil suposiciones giraron alrededor del tema. Se hablaba de rudos ataques al Gobierno, de «crisis» probable, de la formación de un nuevo *partido católico* compuesto por las huestes «jaimistas» del señor Vázquez Mella y el partido adicto a la personalidad de D. Antonio Maura; algo así como un gran «bloque» semejante al «centro» católico del Reischtag, para contrarrestar la influencia disolvente de las «izquierdas» democráticas. Los mismos panegiristas del Sr. Maura empequeñecieron, a mi juicio, su figura, al creerle accesible a ciertas pasiones personales y ciertos rencores que estaban en pugna con el desinterés y la elevación de miras características en este ilustre hombre público.

Había, sin embargo, muchas razones para que el proyectado discurso no dejara indiferente a la opinión, como suelen hacerlo la mayoría de los discursos de nuestros políticos, aunque ellos, sus adictos y su prensa vivan en la ilusión de lo contrario. El caso del Sr. Maura es muy distinto, porque el *caso Maura* ha provocado en España verdaderas tempestades y desatado el entusiasmo, la idolatría, el odio, la calumnia, el atentado. Aún no se han cicatrizado las heridas causadas por estos conflictos políticos y sólo el trascurso del tiempo permitirá a la Historia dictar su fallo en un ambiente lejano de paz y de serenidad. Pero no es pretensión de anticiparla el decir que en una época de medianías encum-

bradas, Maura destaca con una *personalidad* indiscutible. Su silencio, su mismo alejamiento de la enredosa comedia política, lejos de apagar su aureola ha contribuído a engrandecerla.

Hay políticos que al abandonar el Gobierno y la casaca parecen desaparecer de la memoria de los vivos. Al extinguirse su pasajera vida ministerial han muerto ya en el concepto de la mayoría de los ciudadanos, y huelga decir que si no «suenan» como candidatos probables en futuras combinaciones gubernamentales, se les da ya por enterrados...

¿Quién diría esto de Maura?... Su misma sombra ha turbado la tranquilidad de los que desean, ante todo, su aislamiento. Su actitud de esfinge, en estos últimos años, ha suscitado controversias. Maura sin hablar... *hace hablar*. Cuando se cree que va a decir algo, se produce un revuelo en todas las esferas sociales, y esa curiosidad no la despierta el político y el orador, sino el hombre. Su austeridad, su honradez y la firmeza de sus convicciones, han contribuído, más que su oratoria, a realzar su figura prestigiosa, hoy respetada incluso entre las clases populares que ayer le combatieron. Maura ha sido hombre de acción en un país de retóricos y de sedentarios; Maura ha querido gobernar a un pueblo *que no quiere ser gobernado*. Maura intentó realizar su hermoso sueño la «revolución desde arriba», única manera de regenerar a España sin abandonarla a la república o a la anarquía... Y se es-

trelló contra la revolución desde «abajo» auxiliada por la rutina política, el miedo, el egoísmo y toda una liga de intereses creados. Esto es lo que se ha llamado, con frecuencia, el *fracaso* de Maura. Pero hay fracasos que valen, por su lealtad en la lucha, más que algunas victorias... aparentes. Hoy, los mismos adversarios políticos del Sr. Maura rinden tributo a su figura prestigiosa, y acaso en este homenaje vaya envuelta cierta admiración hacia el hombre que prefirió abandonar las riendas del gobierno a seguir gobernando con tal de no claudicar sus teorías y abdicar sus convicciones.

No es de extrañar, por lo tanto, que el anunciado discurso agitara la opinión pública en España. Al parecer, sólo se trataba de que el señor Maura hiciese un resumen de todas las interesantes y a veces divertidas conferencias «mauristas» pronunciadas durante aquel invierno en el Hotel Ritz. Allí había lucido su elocuencia y su ingenio la plana mayor de la juventud maurista, entre ellos los Sres. Goecochea, Ossorio y Gallardo, Delgado Barreto (musa de *El Mentidero*), Maura Gamazo, etc. Allí también se habían dicho no pocas crudezas sobre la política de actualidad.

¿Qué norma de conducta adoptaría el Sr. Maura? ¿Recogería aquellas alusiones para atacar a fondo al Gobierno del Sr. Dato y a las izquierdas liberales?... ¿Explicaría su silencio y su conducta cuando la pasada crisis del partido conserva-

dor?... ¿Abordaría el problema internacional contestando al discurso de Palma de Mallorca?...

Estas conjeturas hicieron del discurso del señor Maura en el Teatro Real tema general de las conversaciones... ¿Hubo desencanto en el vasto auditorio al oir la palabra vibrante del gran orador?... No; si se tiene presente la ovación larga, frenética, imponente, que se le tributó, tanto al aparecer en el estrado, como al analizar los principales síntomas de la decadencia política de España. Durante su largo discurso fué el señor Maura interrumpido y aclamado varias veces por un público ebrio de entusiasmo. Pero este entusiasmo decreció visiblemente al abordar el ilustre político el problema internacional. Acaso una gran parte de los espectadores, aferrados por ofuscación mental al aspecto religioso de las naciones beligerantes, a tristes recuerdos históricos y a la estabilidad del trono con todo su poderío legendario, esperase, dado su credo *germanófilo*, una confesión pública de *germanofilismo* por parte del Sr. Maura.

El error se desvaneció bien pronto y la decepción fué amarga.

Dijo el Sr. Maura:

«En el año 1907 tuve el honor y me cupo la »responsabilidad, que reivindico entera, de sus»cribir los acuerdos de Cartagena. Alrededor de »aquellos acuerdos con Francia y con Inglaterra, »yo no escuché protestas considerables; ya sé que

»en España es muy difícil la unanimidad; la ma»yor cantidad de unanimidad que cabe en Espa»ña creo que había alrededor de esa política. »¿Por qué?... Porque los acuerdos no necesita»ban ser algo ideado, eran el reflejo de una rea»lidad, de un conjunto de realidades incoerci»bles, imperativas, evidentes.

»España, en el Occidente del Mediterráneo y »en la costa atlántica, tiene su situación que esos »acuerdos definen, de comunidad de intereses con »Inglaterra y con Francia, y la recíproca prome»sa de mantener y trabajar en pro de esa comu»nidad y de ese *statu quo* no era una política que »se hubiese ocurrido a aquél ni a ningún otro go»bierno.

»Respetando todas las opiniones, ya compren»do yo que haya quien crea que a España le pue»de convenir otro género de conexiones; pero yo »a esos les recomiendo una cosa, y es que adviertan que para ganar el derecho de elegir hay que »cuidar primero de integrar la plena personali»dad y de vigorizar, intencionadamente, el albe»drío para que funcione, y cuando se tenga la »libertad de optar y la fuerza de resistir, será el »deliberar y el decidir. Porque mientras tanto, »yo digo que en 1907 los intereses de España, en »lo que se refiere al Mediterráneo y a las islas y »las costas del Mediterráneo y del Atlántico que »interesan a España, las cosas están como esta»ban, subsisten en la misma coordinación de in»tereses y en la misma dinámica de previsiones

»y riesgos, y *que, por tanto, hoy habría que volver*
»*a suscribir los pactos de Cartagena...*»

... Y aquellas palabras, dignas de un político que sabe afrontar su propia responsabilidad, imponiéndolas a su auditorio aun a riesgo de que el aplauso se convierta en desaprobación, cayeron, como era de esperar, en un ambiente de hielo. Los murmullos reflejaron sorpresa y desilusión. El Sr. Maura, lejos de inspirar teorías quiméricas y exaltar los ánimos enardecidos, exponía, sin rodeos, la realidad ineludible de nuestra situación geográfica y política. Su verbo enérgico rehuyó los efectos y las vaguedades retóricas. Habló como el gobernante que ha estudiado de cerca este problema internacional, resolviéndolo para bien de su país, según las circunstancias y los medios.

Acaso contribuyó esta loable sinceridad a que el discurso del Sr. Maura no concluyese entre salvas tan entusiastas como se le prodigaron al comenzar a hablar. Las muy torcidas interpretaciones que sus partidarios dieron a sus palabras, fueron el reflejo de una amarga decepción. Y es que el público, aun arrastrado por la pasión política o el culto de un hombre, prefiere verse halagado en sus errores colectivos, que aleccionado por la voz de la verdad, como la mujer coqueta mirándose en los ojos del adulador y no en el espejo...

***

En cambio, el Sr. Vázquez Mella superó a todas las esperanzas, exaltando con su verbo mágico los rencores, los entusiasmos y las paradojas del más genuino *germanofilismo*.

Campeón de la causa «germana» en España, inspirador de sus campañas periodísticas, pontífice máximo del «jaimismo», tan desatendido por Don Jaime, ídolo, en fin, de sus huestes belicosas, del clero y de las «derechas», era D. Juan Vázquez Mella el llamado a sostener el fuego sacro de una política «nacional» que halla su fuerza en la tradición, su musa inspiradora en los apagados resplandores de la Historia, y su consuelo en la retórica florida, cuando no en manifestaciones callejeras.

Eje parlamentario de una dinastía de pretendientes, el Sr. Vázquez Mella habla en el Parlamento, y fuera de él, con toda la libertad del orador que no ha de compartir nunca las responsabilidades del Poder. El Sr. Vázquez Mella puede, por lo tanto, decir cuanto se le ocurra, y suele decirlo de un modo primoroso, en párrafos sonoros y brillantes. Aunque sus aficiones son, al parecer, teológicas y filosóficas, su verdadera musa es la poesía. Un discurso suyo es un largo poema en prosa con grandes evocaciones descriptivas, panoramas históricos, aromas de leyenda, incienso de catedrales, himnos a la religión, todo ello salpicado, aquí y allá, de ingeniosas frases al juzgar la actualidad política. La amenidad y el colorido que da a sus teorías, un

tanto quiméricas, hacen de su oratoria unos bellos fuegos artificiales que, al apagarse en la letra de molde, ya no producen la misma impresión. Su elocuencia grandiosa y torrencial ha hecho decir a un cáustico periodista madrileño que el Sr. Vázquez Mella, cuando se levanta a hablar, se propone «achicar al Niágara».

Pero si el elocuente orador tradicionalista no varía el género de su oratoria, es porque sabe muy bien que no varía la mentalidad de su auditorio. Éste vuelve siempre á beber de las mismas aguas. Si es «jaimista», se inspirará en la cruz y en la espada que el orador agita en cada párrafo; si es religioso, se conmoverá ante la apología de la Iglesia y los recuerdos de esa España que soñó Felipe II; si es femenino, se extasiará ante los encantos de esa música verbal, de ese himno místico-patriótico. Los sacerdotes que leen a Balmes y las damas que sienten verdadero culto por las novelas de Ricardo León, tienen igual preferencia por la oratoria lírica de Vázquez Mella.

Esta vez, al abordar el tema de la guerra europea, acudió en masa su vasto auditorio, además de las «derechas» dinásticas, algo desencantadas por la sensata actitud del Sr. Maura. La prensa no dejó de comentar, antes y después del acto, la presencia de varias damas de la Reina, y, lo que es más extraño, la de «gran parte de la colonia alemana que había sido invitada, reservándosele localidades». También, según parece, se ofrecieron palcos a las Embajadas de Alemania y

Austria, para sellar, en acto de tan vasta trascendencia, esta anhelada confraternidad «hispano-germana» que ha de traernos, además de Gibraltar, la autoridad, la organización, la disciplina y otras muchas cosas muy dignas de importarse a España, aun cuando sean poco adaptables a nuestro clima meridional.

No sabemos el efecto que en los espectadores alemanes hizo el discurso del Sr. Vázquez Mella, ni cómo se apreciarían en Berlín sus más brillantes párrafos. Si hay algo radicalmente opuesto a la *Kultur,* es la oratoria latina, plástica y ampulosa. Fuera de esa ingenua admiración por el triunfo de la política imperial y el deseo de ver precipitada la decadencia de Inglaterra, ¿qué afinidades puede haber entre la moderna mentalidad alemana y las ideas del Sr. Vázquez Mella?... ¿Qué analogías entre el partido «jaimista» y el Imperio alemán?... Acaso la nostalgia de no tener como caudillo un Guillermo II en un trono absolutista; quizá la ilusión de fundar un gran «centro católico», a semejanza del que hoy se sienta en el Reischtag y dictaba, hace unos años, su voluntad parlamentaria.

Pero el Sr. Vázquez Mella sabe muy bien que aun el catolicismo se entiende por allá de muy distinto modo que entre sus huestes. A los católicos del Rhin el «jaimismo» les parecería algo rancio e inquisitorial. El tiempo les ha hecho más tolerantes o más adaptables a la evolución ideológica de su país. Han padecido allí la *Kultur-*

kampf, es decir, la persecución gubernamental. Después de tratárseles como a enemigos se les ha pedido su apoyo parlamentario, no como reparación a los agravios, sino para combatir a un enemigo mucho más terrible: el socialismo. La *Kultur* científica, la filosofía anticristiana, el espíritu materialista de las aulas y de los laboratorios, son las verdaderas manifestaciones de la Alemania moderna.

Huelga decir que en su elocuente discurso del Teatro de la Zarzuela, el Sr. Vázquez Mella se apartó, prudentemente, de un tema tan arriesgado. Fértil en recursos oratorios y conocedor de la psicología de su público, se propuso entusiasmar y entusiasmó a su auditorio. Como siempre, la religión, la historia, la política, el pasado y la actualidad, desfilaron en colores deslumbrantes. No dijo nada nuevo, pero dijo, de modo incomparable, lo que su público deseaba oir. Gibraltar fué, naturalmente, el tema predilecto. Es fácil hacer sangrar la herida de los corazones españoles con un recuerdo tan amargo. Pero es más difícil demostrar lo que intentó el Sr. Vázquez Mella, o sea que Inglaterra es la causa de todos nuestros desastres.

¿De todos?... No tanto. Puede un orador conmover a un auditorio impresionable, con las guerras y los conflictos habidos en el curso de la Historia entre dos naciones rivales... cuando había rivalidad. Mas al hacer un sincero examen de conciencia nacional, no es posible atribuir a

Gibraltar la causa de nuestros infortunios. ¿Es que devuelta «la llave del Mediterráneo» íbamos a ser ya primera potencia?... ¿Ha de pretenderse, imparcialmente, que Trafalgar y la invasión napoleónica sean la causa de nuestras desdichas?...

Sería pueril culpar de ésto a Inglaterra y cruzarnos de brazos. Nuestra política y nuestra diplomacia han dado casi siempre la victoria a las armas enemigas, desde nuestras guerras europeas y la independencia de la América española hasta el desastre de Cuba. España se agotó por la sangría de sus hombres, el despilfarro de su hacienda, la ineptitud de sus gobernantes y la indiferencia pública respecto a los asuntos exteriores. Harto hemos tenido que hacer en nuestra propia casa, y algo nos ha ayudado la misma Inglaterra contra los franceses cuando la guerra de la Independencia y en tiempos más recientes y pacíficos al apoyar nuestras aspiraciones en Marruecos... La mayor causa del atraso de España en el siglo XIX, que ha visto nacer o resurgir otras naciones, no es debida ni a Inglaterra, ni a Francia, ni a los Estados Unidos, sino a las guerras civiles, a las luchas fratricidas que ha provocado el *carlismo*.

Por eso, el discurso del Sr. Vázquez no es más que una serie de lugares comunes adornados por una forma plástica. Raro es el párrafo que no se presta a una rotunda negativa o a una interrogación. Toda la parte referente al problema internacional es un largo canto de odio a Inglate-

rra. El orador infunde a su auditorio crédulo la teoría inverosímil de que sólo debido a Inglaterra, ha tenido lugar la decadencia de España. Bastaría una síntesis de nuestra desorganización política interior para afirmar lo contrario. Sin embargo, el orador, víctima de sus pasiones o de las de su auditorio, sigue su himno destructor con éxito creciente. ¡Nada con Inglaterra!... Todo patriota debe sentirse *anglófobo*. Para Francia es más benigno el Sr. Mella, y sintiendo acaso renacer antiguas simpatías, ensalza sus cualidades, su heroísmo, su clero que vuelve de la emigración para empuñar las armas. Francia «volverá a ser grande cuando suprima el paréntesis jacobino». Como es de suponer, este renacimiento sólo tendrá lugar barriendo las influencias antirreligiosas y radicales.

«Con Francia, el día de mañana»—dice el fogo»so orador—«podríamos nosotros estrechar nues»tras relaciones; pero ¿con Inglaterra?... ¡Con »Inglaterra, jamás!»

Y no es que el Sr. Mella quiera independizarnos de la influencia franco-inglesa: quiere «germanizarnos» al terminar la guerra. Como Alemania, según él, necesitaría bases navales en el Mediterráneo, nosotros se las brindaríamos a cambio de su alta protección. Es decir, seríamos la Turquía de Occidente, ¿y quién sabe?... Quizá debido a esto fuesemos capaces de entrar en una guerra próxima bajo la sabia dirección de los ingenieros y de los militares alemanes. Sería todo

un programa internacional. El Sr. Vázquez Mella cree, como sus huestes, en el próximo derrumbamiento del vasto Imperio Británico. Si evoca sus grandezas históricas, sus expansiones coloniales y sus poderosas escuadras, es para hacer resaltar más el anhelado epílogo de su apogeo. El Sr. Mella, como todo un poeta futurista, adorna con bellas imágenes las hazañas de los submarinos alemanes y ensalza «los audaces *zeppelines,* extendiendo sus alas como las alas triunfadoras de Germania» (!!).

Lo mejor de su discurso es puro lirismo y melodía verbal; tanto al cantar las grandezas innegables de Alemania, como al describir las campañas de su ejército en Bélgica, en Francia, en Rusia, en los Cárpatos. El efecto era seguro en un auditorio que siente la nostalgia de nuestras hazañas titánicas del siglo XVI. Pero, ¿y Bélgica?... El Sr. Mella, creyente fervoroso e inspirador de un partido que ostenta con orgullo su catolicismo, no ha tenido una oración fúnebre para esas ruinas desoladoras.

Este olvido increíble lo ha señalado con amarga ironía el ilustre Morel Fatio en su interesante ensayo *Les Néo Carlistes et la Guerre.*

Los entusiasmos del Sr. Mella por la causa alemana llegan hasta el extremo de hablar del Kaiser como el más patriota de los súbditos teutónicos. Don Jaime ha debido sufrir al verse suplantado por el César de Postdam en el corazón del caudillo tradicionalista. En el retrato idea-

lizado que hace el Sr. Mella de Guillermo II, no hay que buscar el parecido, sino todo un símbolo de la Alemania actual. Poeta, artista, humanista, guerrero, diplomático y otros muchos dones los prodiga sobre su modelo con la benevolencia de un cronista de salones. Resume sus distintas aptitudes y su continua inquietud en un *monstrum activitatis*. Creeríase leer un fragmento de la *Apocalipsis*. Y el orador termina entre aplausos su oda en prosa, comparando al Kaiser con Felipe II y Napoleón... «porque cumple contra la Gran Bretaña los designios de la raza latina, que ésta no ha sabido cumplir».

Esto es, en resumen, la clave del *germanofilismo* revelada por su inspirador: el castigo de Inglaterra y Francia, al cual hemos de asistir, risueños, como un paralítico reanimándose al ver que otra persona estrangula a dos antiguos rivales. Y aun así, fuera de este consuelo inspirado en el odio y no en el razonamiento..., ¿lograríamos esa emancipación y este resurgimiento que anhelamos?... ¿Cree el Sr. Mella que hundida Inglaterra se nos *regalaría* Gibraltar?... No; toda su elocuente peroración parece capricho de un humorista y no resiste el más pequeño análisis. Predicar esta política de antagonismos contra Francia e Inglaterra al mismo tiempo que la *federación con Portugal* y la vaga realización de los *Estados Unidos Españoles*... es soñar despierto. Víctima de su imaginación, como cuando se lanza a describir, sin más ni más, la España de

los místicos y de los aventureros, el Sr. Vázquez Mella se ha equivocado lamentablemente de camino.

Hoy por hoy no es fácil que Portugal rechace la influencia mundial de Inglaterra, que garantiza su independencia, para buscar nuestro apoyo. Ni es tampoco más verosímil el estrechar nuestros lazos de unión con la América latina si persistimos en la cruzada *germanófila*, incomprensible y antipática para aquellas Repúblicas florecientes que aman o imitan a Francia desde su nacimiento.

Todos estos ensueños de un orador poeta... ¿pueden reflejar algo más que un efecto dramático en un auditorio impresionable?

Del Teatro de la Zarzuela salieron muy exaltadas las pasiones *germanófilas*. El verbo mágico del orador, que algún periódico, maliciosamente, hallaba muy en armonía con aquel escenario, había embriagado al público. Los elogios de la prensa «derechista», dando al discurso proporciones de verdadero acontecimiento nacional, provocaron vivas réplicas de los diarios liberales y demócratas. Corrió no poca tinta, ya en pro, ya en contra de los ideales políticos del Sr. Vázquez Mella. Pero de no tratarse de un tan alto prestigio parlamentario, todo ese rebullicio merecería, en este caso, el nombre que puso Shakespeare a una de sus más lindas comedias:

Much ado about nothing.

* * *

Y para terminar esta reseña de los distintos «estados de opinión» política, he de hacer referencia al discurso de D. Melquiades Alvarez pronunciado en Granada el 1 de Mayo de 1915.

Gran orador, en la forma, ex republicano y jefe de ese recién nacido grupo parlamentario que se llama *reformismo*, el Sr. Alvarez, como jefe de una minoría, se creyó en la obligación de tranquilizar al país respecto a sus opiniones personales, después de hacer otro tanto el Conde de Romanones, el Sr. Maura y el Sr. Mella.

El país, sin embargo, no dudaba de cuáles habían de ser las predilecciones del Sr. Alvarez. Toda una vida en la oposición republicana y en contacto con las teorías más avanzadas de la democracia, tenía forzosamente que atraerle hacia el régimen político de Inglaterra y de Francia. Sobre todo de Francia, o más bien de la República francesa. El Sr. Alvarez pertenece a esa ya larga casta de políticos liberales o republicanos que tienen su vista fija en París, entendiendo por esto, no la capital, sino el Eliseo, el Palais Bourbon, los centros oficiales. Nuestros más vehementes radicales sienten un cariño fraternal por los «prohombres» de París y de Lisboa. Esta fraternidad en los sentimientos se refleja en nuestra prensa democrática. Inspirarse en París ha sido para nuestros repúblicos lo que para nuestros elegantes vestirse en Londres.

Huelga decir que, en la gran masa de opinión monárquica, esto se ha visto siempre con re-

celo y desconfianza, temiéndose no sé qué vagos pactos y maquinaciones futuras contra la estabilidad del régimen. Pero ya se han despejado esos nubarrones, en lo que se refiere al Sr. Alvarez. El ilustre orador ha cambiado, si no de credo, al menos de «postura». Hoy está dispuesto a enmendar lo que juzga deficiencias de la monarquía constitucional con el auxilio de su personalidad política. Es decir, que el Sr. Alvarez, patriótica y desinteresadamente, olvidará su pasada hostilidad al trono, si el trono, a su vez, le encarga de formar gobierno.

Al estallar la conflagración europea, ya el señor Alvarez emitía sus opiniones respecto a la situación de España, en unas declaraciones hechas en *El Imparcial* el 25 de Agosto de 1914:

«Considero»—decía—«un deber para España »mantener la neutralidad, siempre que ésta pue»da conservarse sin detrimento del honor y sin »daño alguno para la vida nacional.»

No podrían menos de adherirse todos los patriotas a tan razonable y discreta actitud. Pero no habría de aprobar, igualmente, los siguientes párrafos aquella parte de nuestra sociedad que se inspira en los ideales del Sr. Vázquez Mella:

«Los que quieren sumarse a la causa de Ale»mania y Austria son unos suicidas. Por eso insis»to en decir que, si algún día pudiésemos abando»nar la neutralidad, *cosa que no deseo*, habríamos

»de colocarnos, resueltamente, al lado de Ingla-»terra y Francia, ya que una y otra tienen con »nosotros tal solidaridad de intereses, *que su hos-»tilidad equivaldría a la ruina de España.*»

Esta declaración rotunda había de afirmarla, meses después, el Sr. Alvarez, en su ya mencionado discurso de Granada, al señalar nuestra afinidad de intereses con los aliados:

... «Estoy seguro que así piensan todos los par-»tidos de la izquierda. Debiera ser, a mi juicio, »el común sentir de todos los españoles, si éstos, »dando tregua a la pasión política, sobrepusieran »á sus egoísmos de partido las supremas conve-»niencias de la patria. ¿Quién lo duda, correligio-»narios?... Negar en este momento el consorcio »del interés nacional con la causa de los aliados, »es negar la evidencia misma. Básteos saber, »para convenceros, que nos ligan a ellos víncu-»los de conveniencia, los cuales tienen a veces »tanta fuerza como los vínculos espirituales del »afecto; que de Francia y de Inglaterra es más »de un 60 por 100 nuestro comercio exterior; que »ingleses y franceses son en su mayor parte los »capitales que explotan nuestra riqueza; que con »ambas naciones tenemos intereses comunes en »el Mediterráneo, y con una de ellas una comu-»nidad fraccionada en Marruecos y que sólo por »parte de aquéllas puede ser posible, dada su ve-»cindad, de atentar contra la independencia de »nuestro territorio.»

Como se ve, el Sr. Alvarez, dejando a un lado los sentimentalismos y la habitual fraseología parlamentaria, fundó en razonamientos de orden práctico la orientación política de España. Esta orientación ha de inclinarnos, forzosamente, hacia la causa de los aliados. Sea cual sea el resultado de la guerra, habrán de subsistir las mismas influencias internacionales en el orden industrial, comercial y geográfico. Aún no parecen comprenderlo muchos españoles, aferrados a una política radicalmente opuesta que nos pondría en muy grave trance tanto por mar como por tierra. Por eso, el Sr. Alvarez, después de hacer suyas las opiniones del Conde de Romanones y del Sr. Maura, señaló el peligro de nuestra situación, caso de inclinarnos del lado de Alemania.

«Pienso que aun en el supuesto de que nuestro »territorio, por el heroísmo de sus hijos, quedara »indemne de enemigos, bastaría un sencillo blo»queo de la escuadra aliada para vernos aislados »del resto de Europa y para que, al paralizarse »por efecto de este bloqueo el comercio de nues»tro país, sobreviniera, inevitablemente, al poco »tiempo, la ruina y la muerte de la Nación »entera.»

Este cuadro sombrío tiene toda la fuerza de la realidad. Recordará el lector que ese mismo peligro lo expuse yo, meses antes, en las páginas de *La verdad sobre la guerra*. Pero el Sr. Alvarez se funda también en la necesidad de llevar

a cabo nuestra pacificación de la zona de Marruecos. Hay un punto del aspecto internacional en que han coincidido, tanto el Conde de Romanones como los Sres. Maura, Vázquez Mella y D. Melquiades Alvarez: es el que Tánger llegue a ser español. Ya el Presidente del Consejo, Sr. Dato, había manifestado esos deseos abordando el asunto, según parece, con ciertos representantes diplomáticos.

El Sr. Alvarez, en su discurso, afirmó que:

«Tánger internacionalizado es un semillero de »conflictos, una rémora para la obra de España, »un asilo del contrabando y un foco constante de »perturbaciones y de revueltas. De seguir en »Africa, Tánger debe pertenecer a España. Pero »con Tánger se halla relacionada íntimamente la »cuestión del Mediterráneo, y en este punto la »convención de Cartagena nos señala un camino »y nos impone un deber.»

Tal es, en síntesis, lo más importante del discurso de D. Melquiades Alvarez, donde el orador confirma, públicamente, sus anteriores declaraciones periodísticas. No podía sorprender á nadie su criterio, y obsérvese que sólo, entre los políticos de renombre, el Sr. Vázquez Mella tiene un criterio individual radicalmente opuesto a los demás. Pero respecto a la situación internacional de España coinciden el Sr. Maura y el Conde de Romanones, que han gobernado, con el Sr. Alvarez, que aspira a gobernar.

Después del discurso de Granada, el Sr. Alvarez ha estado en París a celebrar distintas entrevistas con personalidades de la política francesa. Su viaje, que había provocado alarma en la opinión al comenzar la guerra, se ha visto eclipsado por más importantes acontecimientos. Al relatarse la visita de D. Melquiades Alvarez a Francia, ha habido en los periódicos de las «derechas» un tono despectivo muy en armonía con los juicios que tanto en España como en Francia e Inglaterra se prodigan hoy día a los parlamentarios en general. La prensa liberal y democrática no tuvo tampoco los encomios grandilocuentes de otros tiempos, sino una cortés reserva. Bien es verdad que los tiempos han cambiado y la situación del Sr. Alvarez parece un tanto vaga y nebulosa. Se ha atraído, con su transformación política, la hostilidad de los republicanos sin lograr atraerse aún las simpatías de los monárquicos. En las izquierdas liberales se le mira como á un intruso y a un rival para el día de mañana en las tareas gubernamentales.

Hay quien, por el contrario, califica de «mal paso» esta evolución y cree al Sr. Alvarez muerto políticamente. Pero bueno es tener en cuenta la frase de Talleyrand: *En politique on ne meurt que pour ressuciter.*

X

LOS «INTELECTUALES» Y LA GUERRA

También pesa en la balanza de la opinión pública lo que opinan sobre la guerra los escritores «consagrados», ó como si dijéramos, las primeras firmas. Aunque no tengan la plataforma del Parlamento, ni alcancen sus escritos la resonancia de un discurso político, reflejan el criterio de esa aristocracia de las letras que viene a ser hoy día, en cada país, la esencia espiritual de su cultura y de su civilización.

Si en el orden internacional se clasifican las potencias europeas por su marina y su ejército, en el concepto de la civilización pesan tanto o más la ciencia, la cultura, la industria, el comercio. Antes de la guerra europea, Bélgica se hallaba a la cabeza de Europa sin poseer la marina de Inglaterra ni el ejército de Alemania. En las letras y en las artes, en la industria y en la pacífica expansión colonizadora, Bélgica podía dar al mundo lecciones de progreso... Y aun después de

la invasión germana, con todos sus horrores, su espíritu independiente habría de influir en la transformación intelectual del mundo. Si ese glorioso y pequeño reino no hubiese escrito en la Historia una página inmortal, la tendría escrita en la literatura universal con tener entre sus hijos a su excelso artista Maeterlinck.

Como en esta hora trágica asistimos a la apoteosis de la fuerza bruta, hemos exagerado mucho el fracaso del idealismo y de la cultura para ensalzar únicamente los efectos de la ciencia destructora... Y, sin embargo, las artes y las letras son las que subsisten al través de los siglos.

Hay algo a que no alcanzan los morteros ni las ametralladoras, algo indestructible, que es el pensamiento, rebelde a toda conquista y a toda esclavitud, y cuyo vuelo se sostiene inalterable sobre los cataclismos del Universo. Las ruinas tienen contra el tiempo una fuerza desconocida en las obras y las fortificaciones de la ingeniería moderna. Puerto-Arturo y Amberes no significan hoy nada; pero el Partenón significa y significará siempre el altar del espíritu helénico, ante el cual seguirán arrodillándose las generaciones venideras.

Grecia, muerta políticamente, ha sido la fuente inagotable durante varios siglos de la civilización humana. Sus dioses y sus héroes, sus estadistas y caudillos, no pasan de ser vanas sombras evocadas por la Historia... ¿Y qué es la Historia? Únicamente la novela de la Humanidad. El tiem-

po traga en su negro abismo los pueblos y las dinastías, los oradores y los caudillos; sólo nos queda el libro que hace contemporáneos nuestros a Platón, a Sófocles y a Aristófanes.

Todas las fluctuaciones políticas no acabarían con la influencia de Roma en el mundo. Aunque los cañones arrasaran los vestigios de su grandeza histórica y no dejaran piedra del Vaticano o del Coliseo, ni siquiera ruinas de sus monumentos, viviría intenso el recuerdo en la memoria de los pueblos. El Paganismo y el Cristianismo resplandecerían como antorchas en el caos mundial. La República de Roma sería siempre fuente de información para el legislador moderno, como las páginas del Renacimiento lo serían para el erudito y el crítico de arte.

Únicamente la palabra escrita es inmortal. El libro deja huella profunda en las generaciones, aunque la generación que le vió nacer desconociera su influencia. El cuadro y el monumento continúan su obra civilizadora, pero carecen de su influencia universal por carecer de reproducción. Nunca una copia o una fotografía puede dar la misma sensación de arte, y sólo la letra de molde tiene el envidiable don de ubicuidad.

La civilización y la representación política de las naciones son dos cosas distintas. La primera se cotiza por la cultura y el progreso; la segunda, por la fuerza. Aunque la civilización sufra un eclipse con la guerra, vuelve a iluminar el pensamiento humano en las horas de paz y de pros-

peridad. Si la grandeza de Roma sólo tuviese como pedestal su triunfo sobre Cartago y sus gloriosas conquistas coloniales, la grandeza de Roma hubiese perdido su influencia civilizadora, como otros Imperios de la tierra. Pero vive indestructible por sus obras; es decir, su literatura, su legislación, sus monumentos. La Italia del Renacimiento presenta el mismo contraste: división y anarquía política y al mismo tiempo la más bella florescencia artística habida en Europa, desde Grecia.

España es también palpable ejemplo de esta contradicción político-civilizadora. A pesar de verse arruinada y desangrada por guerras sin tregua y conquistas insostenibles, mientras baja en el nivel de su valor político mundial, sube en el futuro concepto de la civilización humana. Para ésta y para nosotros mismos, vale más el *Quijote* que Lepanto. No se cotiza sólo a las naciones por los cañones y por los barcos, sino por sus grandes hombres y su influencia en la evolución social del mundo. Holanda y Suiza significan poco o nada desde el punto de vista militar; pero artística, industrial y comercialmente están a la cabeza de la civilización europea, y nadie colocaría en esfera superior a naciones balkánicas como Bulgaria o Rumania, cuyo peso en la actual balanza histórica sólo depende de su situacion geográfica y de su organización militar moderna.

Y así, nosotros, disminuída nuestra importan-

cia política en las Cancillerías europeas, significamos mucho en la Historia de la civilización, y no por el Gran Capitán, por Hernán Cortés o por D. Juan de Austria, sino por Cervantes, Lope y Calderón, por el Greco, Velázquez y Goya. Contra esa fuerza de la herencia legada por siglos de esplendor, nada podrán los resultados de la guerra europea. Los cañones de los Estados Unidos nos habrán arrebatado Cuba y los últimos vestigios de nuestro inmenso Imperio colonial, pero si han borrado ya la huella de nuestros conquistadores, no se ha de borrar, en cambio, la huella del genio español grabada en sus libros y sus lienzos inmortales.

Las «naciones débiles», que desprecian los famosos estrategas como Von Bernhardi, tienen, debido a esto, asegurada su inmortalidad. No puede, en absoluto, atribuirse la civilización de un país a sus medios destructores, a sus unidades navales o á su mayor o menor expansión de fronteras. La verdadera civilización no evalúa sólo políticamente a las naciones como se evalúa en sociedad al hombre por sus riquezas. La obra de la inteligencia, de la cultura, de la ciencia, es la que forma el verdadero escalafón de las razas civilizadoras.

Alemania, a pesar de su formidable escuadra y ejército y de su preponderancia militar, nos parecería por su misma política agresiva, una resurrección del vandalismo, si no la amparase algo la rica herencia intelectual de sus litera-

tos, filósofos, músicos y sabios. Ésta y no la otra, es la verdadera civilización alemana. Pero aun teniendo en cuenta su bienhechora influencia universal, ¿puede creerse que sólo la victoria de las armas imperiales la harían superior a Francia?...

No; Francia, en todos los ramos del saber humano, en ciencias, en industria, en letras, en artes, ha sido, hasta la guerra, la única rival europea de Alemania. Y aunque no siempre pueda atribuírsele superioridad sobre el genio germano en todas las manifestaciones del pensamiento, recordemos que Alemania sólo traspasa las fronteras con la emancipación religiosa de la Reforma y con la obra literaria del gran Goethe. La Alemania filosófica e intelectual no comienza su reinado hasta el siglo XIX, mientras que Francia desde Corneille y Racine, o sea el «siglo de Luis XIV», continúa reflejando su genio literario e imponiendo al mundo la evolución de su ideología, no sólo en la literatura, sino en la música, en la escultura, en la química, lo mismo que en las modas, los automóviles y los aeroplanos.

***

Sin embargo, al estallar la conflagración mundial reinó un silencio abrumador en el mundo de los «intelectuales». Alguien ha comparado este silencio al de las ranas de un estanque cuando cae una piedra en el agua turbando la quietud de sus

acuáticos moradores. Tras de la algarabía se produce una pausa de temor y de expectación...

Algo de esto sintieron los intelectuales europeos. Para muchos el despertar debió ser rudo. ¡Todos los ensueños pacifistas se desvanecían ante la explosión de pólvora! La hora de la guerra implacable ponía término cruel a las risueñas teorías de confraternidad universal, a las quimeras y a las paradojas. De un golpe el individuo desaparecía ante la colectividad. Ya no se hablaba de personas, sino de miles y millones de hombres. Ya no se comentaban discursos o libros, sino cañones, ejércitos y acorazados. La acción sustituía a la palabra, y la negra realidad, con sus horrores, parecía barrer del Universo al arte con sus ensueños.

El espectáculo era de pesimismo y desorientación. Seguramente debieron inquietarse en la hora trágica no pocos «maestros», dudando acaso de la inmortalidad de sus obras literarias. ¿Qué parecían significar, entonces, los libros, los artículos y los discursos?... Cuanto representaba una fase de la vida social, fuesen modas, estrenos, crímenes, procesos, todo, en fin, carecía de importancia; reflejaba un pasado que no habría quizá de revivir, sino borrarse de la memoria humana ante la trascendental crisis de la Historia.

En este fracaso de la diplomacia, de los Tratados, de los convenios, resurgía triunfante la espada y huían las Musas despavoridas. El mundo de las ideas sufría una parálisis. Hubo quien se

replegó, desencantado, en el aislamiento de su torre de marfil. Hubo quien, por lo contrario, renegando antiguos errores, egoísmos o paradojas, salió a la calle a unirse con el pueblo y a entonar el himno de la patria.

Hemos presenciado bellas actitudes, rasgos de abnegación y mezquindades ridículas. Al lado de un Hervé, esgrimiendo de pronto la pluma con la exaltación patriótica de un Maurice Barrés, después de una vida entera clamando contra el militarismo y contra todo, vimos a Anatole France hacer un acto de increíble contrición. El irónico padre de *Jerôme Coignard,* á pesar de su edad y de su escepticismo, pedía un fusil y un uniforme al gobierno francés. Y es que en esa hora de reacción social vió atacar y despreciar su obra literaria como un veneno espiritual que hubiese adormecido la vitalidad y la energía de la raza francesa. ¡Qué horrores no se escribieron entonces de la literatura, en general, y de la de «exportación»—novela o teatro—en particular! Viendo palidecer su astro, Anatole France se agarró al patriótico fusil, como el diablo pudiera agarrarse a un crucifijo.

Menos belicoso, pero más práctico, M. Saint-Saëns aprovechó la ocasión para descargar sus iras sobre la música alemana, anatematizando la de Wagner, cuya influencia universal atribuyó á *snobismo*. Estos escritos intempestivos, que pudieran atribuirse a un patriotismo exclusivista o a las divagaciones propias de un cerebro ya en

la senectud, fueron, no obstante, inspirados por un criterio más comercial que artístico. Los ciclos wagnerianos de la Ópera de París perjudicaban a las obras del autor de *Sansón y Dalila*, y M. Saint-Saëns tuvo la esperanza de que, con la «revancha» del 70, le llegara a él la hora de su revancha musical. Pero su criterio propio sufrió rudos ataques en la prensa de ambos países.

No estaban los ánimos tampoco para suavizar, entonces, asperezas. Recuérdese el caso, más desinteresado, de Romain Rolland. Este escritor, en medio del conflicto, escribió palabras de paz y de serenidad anhelando la hora futura en que se uniesen, fraternalmente, las razas hoy en lucha. En seguida le llovieron encima insultos, comentarios desdeñosos y otras manifestaciones de la incomprensión. Atacado rudamente por la prensa de Francia y de Alemania, el autor de «*Jean Christophe*», no tuvo más remedio que volver al silencio, no sin lanzar antes a la publicidad una protesta llena de amargura y desencanto...

¿Pero quién era capaz de restablecer la armonía intelectual en esta Europa turbulenta, donde los mismos «intelectuales» descargaban sobre sus adversarios, no sólo sus odios patrióticos, sino sus rencores individuales?... A la enconada lucha de las balas, seguía la de las plumas en periódicos, revistas y folletos. De un lado al otro de las fronteras cruzábanse manifiestos y destituciones. Academias y corporaciones borraban de sus listas a ilustres adversarios. Tal cual autor, en un impulso

de patriotismo ofendido, devolvía honores y cruces, como todo un soberano de país beligerante.

Esta guerra de sorpresas en la táctica, lo fué también en el mundo de las letras. Ténganse en cuenta, no sólo las divagaciones de algunos artistas y escritores franceses, sino, por otro lado, la cínica agresividad «pangermanista» de un Max Harden, fiel reflejo de la Alemania actual. El que un espíritu tan independiente como Hauptmann firmara el vergonzoso manifiesto de los intelectuales alemanes, se presta desde luego a tristes reflexiones. El célebre autor de *Los Tejedores*, demócrata, socialista y soñador de una fraternal humanidad, se convirtió de pronto, con la guerra, en el más belicoso de los «pangermanistas». Cantó la guerra con fervor de poeta y tuvo comentarios despectivos para las trágicas ruinas de Bélgica.

¿Cómo justificar esta increíble evolución?... ¿El patriotismo?... No obliga a tanto mientras no empuñe uno las armas. Al renegar de su credo individual y de toda su obra literaria, ¿había pretendido el insigne dramaturgo acercarse a las esferas oficiales que mantenían respecto a él una implacable intransigencia?... ¿O será verdad que los celos de la obra literaria del gran Maeterlinck influyeron en su displicencia respecto al heroico sacrificio de los belgas?... Tan increíbles evoluciones pudieran sorprendernos si no supiésemos ya que en algunos «maestros» la sinceridad y la pluma siguen rumbos muy distintos.

El caso de Bernard Shaw fué una nota estridente en la pelea mundial. A raíz de estallar la guerra europea, el famoso comediógrafo y polemista irlandés publicó su ruidoso folleto *Common Sense about the War*. El ruido lo provocaron tanto la celebridad mundial del autor, como la inoportunidad del contenido. El «sentido común» y Bernard Shaw han vivido siempre en actitud hostil. Hacer del primero el título de una obra suya, era ya por parte de Shaw una paradoja. Pero el público inglés, harto acostumbrado a las contradicciones, al cinismo y a las *boutades* del gran humorista, le hubiera perdonado todo, una vez más, a no ser porque en esa hora tan grave para el Imperio Británico el escritor revolucionario se volvía agresivo contra la política de Inglaterra, hacía a ésta responsable de la guerra europea y envenenaba el sentimiento patriótico de sus hijos en el momento en que éstos luchaban en Francia por su aliada.

El clamor de indignación y de protesta, provocado en Inglaterra por esta publicación, tomó caracteres de resentimiento popular. No podía, en efecto, mirarse con benevolencia a un escritor prestigioso que, abusando de su afición a la paradoja y a la polémica, no vacilaba en servir los intereses extranjeros contra el Imperio Británico a cambio de su preocupación constante: el reclamo periodístico.

Cito este ejemplo, porque al comentarse en la prensa española esta publicación, el júbilo de

los *germanófilos* se manifestó a grandes voces. *A B C* publicó dos o tres artículos sobre las ideas generales del folleto, y al divulgarse su contenido se decían los *anglófobos:* ¿Quién va a negar ahora la culpabilidad de Inglaterra, cuando «su más célebre escritor» la acusa públicamente de haber provocado la guerra, sembrando este conflicto con sus intrigas, sus perfidias y sus hipocresías?...

Claro está que un mayor conocimiento literario de la obra y de la persona de Bernard Shaw, hubiera apagado el entusiasmo, no sólo del público de *A B C*, sino de las «derechas» españolas al saber que dicho señor también escribió a su tiempo contra España, firmando el lamentable manifiesto de los «intelectuales» *pro-Ferrer*.

Pero no hay que alarmarse; la contradicción fué siempre norma de conducta en Bernard Shaw. Es un anarquista cuya pluma agresiva suelta su veneno disolvente, encubriéndolo bajo la brillantez de un ingenio mordaz. Sus comedias y sus prefacios son otros tantos ataques demoledores contra la sociedad. ¿Cómo sorprenderse de su actitud respecto de Inglaterra?... Bernard Shaw no es inglés, y aunque lo fuese, no sería patriota. Ha puesto en solfa el patriotismo, el militarismo, la propiedad, la religión, la moral, las leyes y el matrimonio. Las grandes figuras de la Historia no le merecen mayor respeto; véase cómo trata a Julio César en *Caesar and Cleopatra* y a Napoleón en *The Man of Destiny*. A su lado considera a Shakespeare un pigmeo anticuado. Dios,

según él, no existe. La tradición, el trono, el ejército, los tribunales, la aristocracia de la sangre y del dinero, son otros tantos valores impuestos por el tiempo o por la fuerza y no por la razón...

Lo que sucede es que los razonamientos de Bernard Shaw no pasan de ser, muy a menudo, teorías en pugna con la vida, y este hombre genial, con tal de fascinar y divertir, no desdeña tampoco el llevar los cascabeles de bufón y hacer piruetas y chistes de verdadero *clown* intelectual...

* * *

En España ha habido una casi unanimidad de pareceres entre los «intelectuales» respecto de la guerra. La mayor parte de nuestras personalidades «consagradas» en el mundo de las letras inclinan sus preferencias del lado de los aliados. En unos influyen tendencias liberales o democráticas, que les hace *germanófobos* y admiradores de Inglaterra; en otros, ideas radicales o republicanas, que también contribuyen a fomentar su amor a Francia.

Aquí, en España, los «intelectuales» suelen pertenecer a la extrema izquierda, o sea la cuerda revolucionaria, cuando no el anarquismo demoledor. Son, por lo general, inadaptables a la sociedad, en pugna con todo el orden de cosas. Claro está que esta agresividad se calma, a veces, con el éxito, el aplauso y el bienestar material, y así vemos a algún periodista o literato

de antiguas tendencias revolucionarias acercarse a las altas esferas y hasta llamar a la puerta de la Real Academia Española.

Somos un pueblo de «individualistas», y más pesan en nosotros los sentimientos personales que el amor abstracto a las ideas.

No obstante, sería un error atribuir sólo a la política dichas preferencias. Nuestros escritores, salvo raros casos, suelen aislarse en su torre de marfil y desdeñar la política. Su amor a Francia estriba en el mayor conocimiento de las letras francesas que de otros países y en la respectiva influencia española y francesa de ambas literaturas, desde Corneille hasta el romanticismo, y desde el romanticismo hasta nuestros días. Con Francia hemos tenido siempre un constante intercambio literario; sólo en estos últimos años una mayor curiosidad intelectual y una cultura más cosmopolita nos ha puesto en contacto con Inglaterra, con Alemania y con Italia, abriendo a nuestras letras nuevos horizontes.

Esto explica la diversidad de pareceres manifestada por catedráticos, publicistas, periodistas, etc., sin contar los numerosos estrategas que rivalizan con Napoleón desde las columnas del periódico. Mas sólo he de señalar aquí algunas opiniones de autores conocidos, pues pretender dar la opinión o siquiera el nombre de cada «intelectual» que figura en banquetes, manifiestos y homenajes, resultaría imposible. Tenemos, además, la fatal tendencia de abaratar los adjetivos,

y en España llamamos «intelectual» a cualquier señor que va al café o al Ateneo y habla mal de los que escriben.

En la llamada «república de las letras» ha habido sólo dos personalidades que se han divorciado del común sentir de sus compañeros. Su *germanofilismo* ha causado sensación en las huestes literarias. Estos dos casos aislados son el novelista Pío Baroja y el dramaturgo Jacinto Benavente.

Pero todo el júbilo y ruido provocado en las «derechas germanófilas» por la adquisición de tan famoso paladín como Benavente, se ha trocado en fría hostilidad y en silencio calculado al saberse las causas del *germanofilismo* de Baroja.

En efecto, Baroja, que es un individualista exaltado y un anarquista literario, está en pugna con las ideas más o menos erróneas que han cimentado en España el *germanofilismo*. Véanse las opiniones que el novelista publicó en el semanario *España* (28 de Febrero 1915), en su habitual estilo claro, libre de retórica y de consideraciones:

«Yo creo—decía Baroja—, que si hay algún »país que pueda aplastar la Iglesia católica defi- »nitivamente es Alemania. Si hay algún país que »pueda arrinconar para siempre al viejo Jehová, »con su séquito de profetas de nariz ganchuda y »de grandes barbas de farsantes, con sus descen- »dientes de frailucos, puercos y ordinarios, y los

»curitas pedantescos y mentecatos, es Alemania. »Si hay algún país que pueda desacreditar esta »camada del parlamentarismo, es Alemania. Si »hay algún país que pueda acabar con la vieja re»tórica, con el viejo tradicionalismo español, soez »y grosero, con toda la sarna semítica y latina, »es Alemania.

»Si hay algún país que pueda sustituir los mi»tos de la religión, de la democracia, de la farsa »de la caridad cristiana por la ciencia, por el or»den y por la técnica, es Alemania».

Como se ve, este hijo espiritual de Niezsche está más lejos de los *germanófilos* que sus propios adversarios. El divorcio lo marcan la rudeza y los adjetivos callejeros, muy en armonía con la literatura del autor. Hízose, pues, el silencio alrededor de la firma del Sr. Baroja, quedando en un extraño aislamiento que acaso satisfaga su amor propio de espíritu independiente.

La alegría, los halagos y los ditirambos de las «derechas» fueron desde luego para el insigne Benavente. Y el entusiasmo es comprensible; primero, por la natural sorpresa de contar con tan inesperado refuerzo intelectual; segundo, porque dos tan excelsas figuras como Benavente en la literatura y Vázquez Mella en la oratoria, cubren la mercancía, es decir, cubren con su prestigio la ignorancia, el absurdo entusiasmo y los rencores del *germanofilismo*.

¿Para qué ahondar en nuestra situación políti-

ca, ni discutir, imparcialmente, los orígenes de la guerra europea?... Ahí tenemos dos famosos paladines que pensarán y hablarán por nosotros. En ellos depositamos nuestra confianza. Uno es el mago de la tribuna. El otro es el mago de la escena. Ambos son, igualmente, magos del verbo. La habilidad verbal de Benavente ha sugestionado, desde sus comienzos, al gran público de los teatros y sigue de triunfo en triunfo. Su ingenio flexible se renueva con asombrosa variedad en todos los géneros teatrales. Para el público español, Benavente no es sólo el más grande de los literatos españoles, sino *el único*. Esta es la pura verdad. El incienso, los elogios y los aplausos se prodigan al autor no ya cuando estrena una comedia, sino cuando lee unas cuartillas o escribe unas líneas. Jamás se ha presenciado en España tal unanimidad de pareceres, desde el espectador corriente hasta el «maestro» y el crítico. Benavente es el *Fénix de nuestros ingenios contemporáneos*, y al escribir en los periódicos sobre su obra, es ya de rigor hablar de Lope y de Shakespeare para no hacerle sentir su aislamiento en un siglo de tan estéril producción intelectual.

Huelga decir que del universal coro de alabanzas salieron protestas airadas y ataques personales al conocerse las tendencias *germanófilas* de Benavente. Para muchos escritores dejó de ser el «ídolo» y se tornó en el descastado y el apóstata. Hasta en los intelectuales influye tanto la

pasión política (cuando no más bajas pasiones), que algunos de los que antes le comparaban a Shakespeare (?) no vacilaban ahora en tratarlo como al más pésimo de los saineteros...

Y esto es sacar las cosas de quicio, porque si Benavente era un Shakespeare antes de la guerra, no veo la razón por qué haya dejado de serlo, sean cuales sean sus opiniones acerca del conflicto europeo. ¿Es que estos señores literatos exageraron, en un tiempo, su entusiasmo?... ¿O es que exageran ahora su odio al autor que no piensa como ellos?...

Todo pudiera ser. Pero es muy de lamentar que una opinión adversa en un autor ilustre desate los rencores, los insultos o las insinuaciones calumniosas. Al fin y al cabo, Benavente ha tomado esta «actitud» como pudiera haber tomado la contraria, con su habitual escepticismo e ironía. Sus argumentos no son razones, sino murmuraciones, adornadas por su ingenio personal. Este espíritu flexible y ondulante, que unas veces moraliza y otras desmoraliza, que tan pronto parece un revolucionario como un Mefistófeles arrepentido predicando desde el púlpito, ¿se ha tomado el trabajo, siquiera, de explicarnos su *germanofilismo?*... No; burla burlando, hace aquí un comentario sobre la cultura y organización de Alemania; allí trata a Francia de «coqueta», que para sí quiere todos los favores y no concede ninguno.

Según D. Jacinto Benavente, «Francia es la

enemiga natural de España» y no ha hecho más que empequeñecerla y rebajarla. La guerra la ha provocado la «envidia» de Inglaterra. En esta tragedia mundial el autor reparte caprichosamente los papeles, adjudicando el de *Yago* a Inglaterra, cuya perfidia y cizaña excita al fogoso e ingenuo *Otelo* (Alemania) y sacrifica a *Desdémona* (Bélgica)...

¡Y todo esto lo escribía el ilustre comediógrafo en sus amenas «Sobremesas» de *El Imparcial*, meses después de estallar la guerra!!

***

Estas acres censuras lanzadas contra Francia por sus desdenes, más o menos fundados, hallan una respuesta vigorosa en la pluma de uno de los pensadores más originales que tenemos hoy en España, el ilustre ex Rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno.

«Y en cuanto a nosotros, los españoles,—dice »Unamuno—por mucho que nos quejemos del »desdén con que ingleses y franceses nos hayan »tratado y juzgado, y habría que hablar largo y »tendido de ello, tenemos que confesar que los »alemanes no nos han tratado ni juzgado, en ge»neral y salvas excepciones de algunos doctos »investigadores, muy pedantes por lo común, ni »con desdén ni sin él. Sencillamente, nos ignoran. »Para el pueblo alemán el pueblo español no exis-

»te, sino a lo sumo como unos salvajes domesti-
»cados y de sangre caliente que viven tocando la
»guitarra y tomando el sol entre naranjos y limo-
»neros. Y aún es mejor esta leyenda que la de los
»que nos toman a modo de ranas o conejillos de
»Indias de filología e investigaciones críticas. Y
»si fuesen vecinos nuestros, como lo son los fran-
»ceses, ¡habría que oir aquí! Dios nos libre, pues,
»de esta vecindad...»

No pueden decirse más rudas verdades en tan pocas líneas. Son del prólogo de la traducción española de la *Historia Ilustrada de la Guerra Europea*, por Gabriel Hanoteaux, el historiador y político francés.

Todo el mencionado prólogo de Unamuno es digno de la gran mentalidad y de la vasta cultura de su genial autor. Aunque Unamuno no hubiese escrito en la prensa tantos y tantos artículos a favor de la causa de los «aliados», bastaría este prefacio para haber formado uno de los trabajos más concienzudos y profundos que acerca de la guerra europea han visto la luz en España. Su pluma fustiga los errores y las necedades que ha fomentado aquí el *germanofilismo*. Tiene frases despectivas para el materialismo y la organización, en pugna con el individualismo de la Alemania actual, para su *Kultur* pedante y su militarismo absorbente. Opone la cultura latina, con su larga y no interrumpida historia, a esta ciencia *pangermanista* de reclamo descarado. Analiza

y compara la historia política del Imperio alemán con las demás naciones de Europa... Y al terminarse tan provechosa lectura, lamenta uno que este prefacio no haya circulado más entre las «derechas» españolas.

D. Miguel de Unamuno, espíritu sincero e independiente, ha hecho, una vez más, obra de sinceridad. Y es que el ilustre Catedrático, a quien se acusa ligeramente de paradojista y de voluble, no estará siempre de acuerdo con éstos o con aquéllos, pero lo está con su conciencia, primera cualidad en el escritor.

Otro gran prestigio de las letras españolas que ha esgrimido la pluma en pro de las naciones aliadas, es Pérez Galdós.

Citar su nombre es evocar una época de la literatura española. Desde las «novelas contemporáneas» hasta la inmensa galería de *Episodios Nacionales*, el maestro infatigable va publicando, año tras año, tomos y más tomos. La vitalidad de su espíritu es un ejemplo para la nueva generación. Ni los éxitos de librería ni los triunfos escénicos, le han dejado dormirse sobre sus laureles. Pero la veneración que inspira en las esferas intelectuales, no es tan unánime en otras esferas de la sociedad. El autor de *Doña Perfecta* y el dramaturgo de *Electra* se ha atraído, por su anticlericalismo, el *veto* de las «derechas». El estreno de sus obras teatrales suele servir de pretexto a ruidosas manifestaciones callejeras, y acaso cediendo a este ambiente de populachería, el viejo

maestro, después de una existencia dedicada al trabajo literario, se ha aventurado en el terreno de la política bajo la bandera republicana.

Galdós, por sus ideales democráticos y sus mismas afinidades literarias, es un gran admirador de Francia y de Inglaterra. Desde los comienzos de la guerra ha manifestado públicamente sus simpatías por la causa de los aliados, tanto en el semanario ilustrado *La Esfera,* donde colabora, como en su entrevista con el Rey Don Alfonso XIII en Santander, muy comentada por los periódicos.

Galdós sale a la defensa de Inglaterra (véase *La Esfera* del 31 de Julio 1915) con grandes bríos y certero espíritu crítico. He de citar más adelante sus juicios atinadísimos sobre la política del Imperio Británico. Su pluma, de un realismo vigoroso, juzga así a Alemania en esta guerra:

«... Fuerte sobre toda ponderación es el gigante »alemán; incansable, sagaz, iracundo, ávido de »exterminar cuanto se le ponga por delante. Dió »principio a la campaña con descomunal fiereza; »asoló y atropelló sin piedad; insensible al deses»perado lamentar de la debilidad y la inocencia. »Sostenía que la guerra no resulta eficaz sino »cuando es desaforadamente trágica. La tenaz »idea que viene incubándose en los cerebros teu»tónicos desde la victoria de 1870, es que, el Im»perio, regido por los Hohenzollern, no cumplirá »su providencial, su divina misión, hasta domi-

»nar toda la tierra. Los derechos y las tradiciones »de los demás pueblos no significan nada para es- »tos intérpretes de una voluntad superior a los »designios humanos. Hay que confesar que en »las ambiciones de Alemania resplandece la más »trágica de las gallardías, y reconozcamos tam- »bién que en esta gallardía trágica y artística está »el secreto del loco entusiasmo de nuestros sen- »cillos e inocentes germanófilos».

Esta última observación es lamentablemente exacta. No es menos sincero, aunque humorístico, el análisis que hace de la psicología de los alemanes.

«Al par que valientes—dice Galdós—son ima- »ginativos. Construyen a su gusto la opinión de »los neutrales; fabrican la Historia contemporá- »nea; esparcen por tierras y mares planes y no- »ticias que el buen sentido de los pueblos convier- »te en páginas fabulosas. No dejan pensar a na- »die; quieren que las voces de todo el mundo »sean un eco de lo que ellos piensan y dicen. Ol- »vidan la magnífica frase del coral de Martín Lu- »tero: «*¡Dejadnos la palabra!*» Esto equivale a »decir: «para vosotros la acción; para nosotros »la libertad de pensamiento».

Galdós tiene frases de cordial admiración para el «estoicismo sublime» de Francia, que «se vuel- »ve ahora reflexiva, requiriendo en silencio la »espada de sus agravios con la idea de añadir a »las grandezas de su Historia una grandeza ma-

»yor». Ensalza *la joven Italia* de Víctor Manuel, de Cavour, de Garibaldi y de Mazzini, y termina con un doloroso canto a la martirizada Bélgica, su bello artículo inspirado en una actitud de protesta ante la bárbara y sangrienta lucha que provocó Alemania.

***

Las respectivas opiniones de Baroja, Benavente, Unamuno y Galdós son muy significativas, tanto por el prestigio de las firmas, como por las diversas orientaciones que reflejan. Pero, ni son las únicas, ni pueden dar una idea aproximada del rebullicio literario que ha provocado en España la guerra.

Nuestra neutralidad ha sido política en el orden internacional. En cambio, literariamente, la lucha de ideales o de intereses no ha cesado en los periódicos, en las revistas y en los libros. Publicistas, escritores militares y técnicos de todas clases han invadido las columnas de la prensa con belicoso entusiasmo. Han visto la luz libros científicos y libros humorísticos sobre algunas naciones beligerantes. Los manifiestos, los folletos, los libros diplomáticos, los discursos pronunciados en los distintos Estados europeos han invadido a España, dando lugar a ruidosas polémicas. Pululan en las librerías las traducciones de historiadores y de estrategas. Unos hablan del derecho y otros de la fuerza. Como no nos cohibe la censura ni la misma neutralidad, Es-

paña es donde más sinceramente se ha escrito acerca de la guerra europea. Raro es el escritor o pedagogo que no ha abordado esta pavorosa crisis de la Historia, y aunque unas veces la pasión y otras la superficialidad hayan desorientado la opinión pública, justo es reconocer que esta gran guerra ha provocado entre nosotros una fuerte reacción espiritual y una loable curiosidad por la política internacional.

No puede sorprender a nadie, por lo tanto, que novelistas, dramaturgos o poetas ahuyenten sus ensueños para afrontar la realidad trágica. Así vemos a Blasco Ibáñez, intrépido hombre de acción, visitando el frente francés para escribirnos desde París la *Historia de la Guerra Europea* con su pluma de artista que ha trazado tan bellas descripciones. A Felipe Trigo, el novelista erótico, abordar en un libro serio el problema *Crisis de la Civilización*. Altamira, el sabio Catedrático tan admirado en España y en América, expone su pensamiento en *La Opinión Española y la Guerra Europea*. La Condesa de Pardo Bazán, ese gran prestigio de las letras españolas, cuyo amor hacia Francia palpita en sus admirables páginas de crítica literaria (baste citar aquí su *Literatura Francesa Moderna)*, escribe también acerca de la guerra en los diarios y revistas de España y de América donde colabora.

Menos literarias en la forma, pero más ingenuas en el fondo, varias damas de nuestra aristocracia exponen su humanitario anhelo de paz

universal en las columnas del semanario *La Monarquía*, bajo el patético encabezamiento «Las Damas españolas piden la paz», sin que las naciones beligerantes hayan tenido aún la galantería de atenderlas.

Varios intelectuales, artistas y profesores quisieron también hacer acto de fe «aliadista» en una protesta colectiva contra la actitud indiferente o silenciosa de la España oficial. Titulose esa declaración *Palabras de algunos españoles*, y fueron reproducidas en la mayor parte de nuestros periódicos. Aun cuando ya se habían prodigado por todas las naciones manifiestos declamatorios de muy dudosa utilidad, mereció éste la atención pública por el prestigio de algunas de sus firmas. En efecto, realzan su contenido los nombres de tan conocidos profesores y publicistas como los Sres. Azcárate, Buylla, Cejador, Cossío, Menéndez Pidal, Unamuno, Ortega y Gasset, Zulueta. Por los músicos firman Turina, Manuel Falla, Vives y Rogelio Villar. Después vienen los «escultores y decoradores». Y, por último, los «escritores», entre los cuales vemos a Pérez Galdós y a Palacio Valdés, dos grandes maestros de la novela española; al refinado artista Valle Inclán, autor de *La guerra carlista*, cuyas simpatías, no obstante su «tradicionalismo», son todas para Francia, donde han empezado a traducir sus obras; al dramaturgo Martínez Sierra, y a ilustrados periodistas como Acebal, director de *La Lectura;* el prestigioso

crítico de *El Imparcial* D. Eduardo Gómez de Baquero; Araquistain, cuyos artículos sobre la guerra en *El Liberal* son realmente notables, y los Sres. Maeztu y Pérez de Ayala, que en el *Heraldo de Madrid* y en el semanario *España* han puesto sus respectivas plumas al servicio de la causa de los aliados.

No se comprende por qué dejaron de firmarlo otros literatos cuya adhesión a la causa aliada es de todo el mundo conocida... ¿Quizá por esto mismo?... ¿Acaso por exclusivismo de los que redactaron el tal «manifiesto»?...

Leímos en la prensa la protesta de algún escritor, que se consideraba ofendido por no haberse solicitado su firma. Pero aparte de que ello fuera por olvido o premeditación, no hay tal ofensa. Este documento no es ni pretende ser un «manifiesto de los intelectuales y artistas españoles»; se titula modestamente *Palabras de algunos españoles*. Tienen, pues, perfecto derecho a firmarlo sólo quienes lo redactaron, como pudieran haberlo reducido a su tertulia de amigos.

No hay que exagerar las consecuencias de los «manifiestos» de esta índole. Sobre que suelen aparecer, como éste, un poco tarde, se agradecen al otro lado de la frontera, por la cordialidad de sus párrafos declamatorios, no por la influencia que puedan tener en la psicología de las multitudes...

XI

LA ACTITUD DE INGLATERRA

La actitud de Inglaterra se ha prestado, en España, a grandes controversias desde que estalló el conflicto europeo. No sería posible prescindir, en un libro de esta índole, ni de las causas ya señaladas anteriormente, que han fomentado la *anglofobia,* ni de los razonamientos que han inspirado la *anglofilia.*

A pesar de la violenta campaña periodístico-patriótica, amalgama de fanatismos, de ignorancia, de calumnia y de mala fe propagada por los elementos jaimistas y *kaiserófilos*, no todos los españoles, ni mucho menos, han caído en esas redes que se tendían a la ingenuidad pública. Gibraltar, inagotable mina que explotan los tradicionales enemigos de Inglaterra, evocando un recuerdo muerto durante largos años, no era razón suficiente, creo yo, para calificar de «pérfida» y de «traidora» a Inglaterra en el conflicto, ni para clamar a voz en grito la inconcebible majadería

de que la «hipócrita Albión» ha «provocado la guerra por envidia de Alemania», cuando el tiempo demuestra, día por día, su falta de preparación.

Y no digamos nada de Bélgica, «sacrificada al egoísmo» inglés (!!!), y del manoseado *cliché* de los indios, cipayos y senegaleses que nuestra prensa germano-turca-jaimista repite hasta la saciedad.

Para no caer en el mismo defecto, dejo al lector que vuelva a las anteriores páginas donde hago referencia al desbordamiento de las iras *germanófilas* al encontrarse de frente con Inglaterra... Ya sabemos, desde entonces, el cambio de «postura»; el desprecio alemán por Francia y la hostilidad hacia Rusia se trueca en odio salvaje contra la Gran Bretaña, odio estéril que se manifiesta en bombardeos por los «zeppelines», en el hundimiento de barcos pesqueros y de transatlánticos, en el ataque repentino a las costas indefensas. Estas hazañas épicas son coreadas por nuestros *germanófilos* que aplauden a coro los golpes traidores de Alemania:

«¡Inglaterra es la culpable!...»

Y no les falta razón: Inglaterra es la culpable de que fracasara el plan del *pangermanismo*. Inglaterra es la culpable de que el atropello de Bélgica no quedara impune. Inglaterra es la culpable de que las costas de Francia no fuesen bombardeadas por la escuadra alemana y de que las colonias francesas no pasaran a formar parte del Imperio alemán. Inglaterra, en suma, *tiene toda*

la responsabilidad de que se prolongue la guerra, por ser la Banca de las naciones «aliadas» y haberlas ligado unas con otras en esa hábil cadena diplomática llamada el Convenio de Londres, unión espiritual y material de Europa contra el *pangermanismo*.

Reconozcamos todas estas «perfidias» y bajas «intrigas» que tanto contrastan con la ruda franqueza y la ingenuidad alemanas. Son motivos harto suficientes para justificar la irritación de nuestros *germanófilos*.

Y admitido esto, vamos a declarar, para no ser sospechosos de antipatriotismo, que la toma de Gibraltar fué un robo injustificado (y digo «injustificado», porque hay robos justificados por la civilización: son las colonias). Voy a suponer, incluso, que «esa espina hace sangrar todo buen corazón español», y que a estas horas cada patriota suspira por la restitución de Gibraltar, como los moros por la de Granada. No se me negará, después de esto, ni buena voluntad ni recta intención.

Pero confieso que en Gibraltar me es imposible ver algo más que un rasgo de sentimentalismo y de amor propio, hoy resucitado con fines muy diversos. Lo de «problema nacional» me parece excesivo, habiendo tantos más urgentes que resolver hoy en España. En cuanto a su utilidad práctica, aún resulta más dudosa. Gibraltar, hoy día, no significa lo que era, ni es la «llave del estrecho». Si para Inglaterra tiene su importancia, como base naval, a nosotros, en

cambio, de poco o nada habría de servirnos. Tenemos en la costa de África importantes rivales de la fortificación inglesa, como Ceuta. Y por tierra Gibraltar es hoy día vulnerable, gracias a los adelantos de la artillería moderna...

Pero aun admitiendo, con los patriotas vocingleros, que no nos dejen fortificar los ingleses en un radio de 13 kilómetros, no es cosa de adherirse a la «causa» de Alemania y entonar, con los tradicionalistas, el *Deutschland über alles!*

¿Por qué ha de estar en pugna el patriotismo con el sentido común?... Si alguien ha de devolvernos Gibraltar será Inglaterra, y no Alemania, como anuncian unos cuantos charlatanes, ilusos o interesados. De arrebatárselo a Inglaterra, Gibraltar pasaría a ser dominio de Alemania, que habría de necesitarla como base en el Mediterráneo, y *tampoco nos permitiría el Imperio Alemán cubrir la plaza con nuestros cañones.* En cambio, vencedora Inglaterra o invulnerable su supremacía naval, las cosas seguirían como están... ¿Y cuál será el fruto de esta campaña de rencores, de ataques, de calumnias?... ¿Podemos salir de la neutralidad?... No. ¿Vamos á recuperar Gibraltar por la fuerza?... Tampoco. ¿Será un buen sistema para realizar esta «aspiración nacional» el persistir en nuestra actitud intransigente, acumulando insultos sobre Inglaterra?... Menos aún.

Dejo, pues, al lector que juzgue los deplorables efectos de ciertas campañas periodísticas cuando el silencio habría sido la mejor de las políticas...

Pero no; es más fácil no hacer nada, no pensar en el mañana y pasarse la vida gritando y protestando. La mayoría de los políticos y de la opinión pública ha declamado con igual inconsciencia de los hechos y de la realidad.

Cuando oigo vituperar a Inglaterra por «su conducta» en el conflicto europeo, al mismo tiempo que se exalta, con júbilo, la «causa» de Alemania; cuando oigo decir que la violación de Bélgica fué, por parte de Alemania, «una necesidad» perfectamente lícita, y, en cambio, la defensa de Bélgica por Inglaterra una «perfidia», un «pretexto» que inmoló al ingenuo pueblo belga, me pregunto si habrán perdido las palabras su significado... o si habrán perdido la cabeza la mayoría de mis compatriotas. Porque de lo contrario, habría que tacharles de mala fe y de calumniadores. Sólo así pueden invertirse las responsabilidades de la guerra europea, atribuyendo a Alemania el papel «defensivo», y a Inglaterra el de «provocadora»; al Imperio Alemán la salvación de Europa, y al Británico la «intriga», el «maquiavelismo» y la opresión de los pueblos débiles. A poco más, los campeones del *germanofilismo* son capaces de afirmar que Alemania es el símbolo de la tolerancia y de la libertad, mientras que la «pérfida Albión» lo es de la tiranía y de la violencia.

Pero si en la vida de los pueblos hay hechos vulnerables, cuando no vergonzosos, ¿qué raza está libre de estigma? Y, sobre todo, ¿qué nación

europea va a tirar a Inglaterra la primera piedra?... Nadie ha abusado menos que ella de la fuerza. Nadie la ha empleado más en defensa de los débiles contra los poderosos, defendiendo sucesivamente a los Estados pequeños, como los Países Bajos, Grecia, Portugal y ahora Bélgica. Y nadie ha contribuído tanto a la unión espiritual y material de los diversos Estados de América, África, Asia y Oceanía, bajo la benéfica influencia europea.

El Imperio Británico, digno heredero del romano, ha llegado a la más alta cima de la civilización universal. Su envidiable supremacía mundial es obra de la inteligencia y no del despotismo. Su «egoísmo» permite, no obstante, vivir a las naciones débiles, y bajo su amparo y protección florecen los más remotos confines de la tierra.

***

Pero dejemos la palabra a persona tan autorizada como el gran veterano de las letras españolas, D. Benito Pérez Galdós.

El ilustre novelista, que ha escrito *Trafalgar* como primera piedra de sus «Episodios nacionales», conoce y admira a Inglaterra, y al hablar de ella en su ya mencionado artículo de *La Esfera,* dice lo siguiente:

«Los que hoy la motejan, con harta ligereza, »deben, a mi juicio, retirar la calificación de *pér-*

»*fida,* pues en la ocasion presente, *la más grande* »*que vieron los siglos, ni esperan ver los venideros,* »la Gran Bretaña más que de *pérfida* debe ser ca»lificada de candorosa. Digamos, a boca llena, »que la *Candorosa Albión* ha cometido el error »de no igualar su poderío terrestre a su poderío »naval. Candidez enorme fué desoir el dictamen »de Lord Roberts, que pidió la instrucción mili»tar obligatoria, para contener la formidable ex»pansión austro-alemana.

»Para formar el inmenso Imperio Británico, »los gobiernos de aquel país han empleado en »distintas ocasiones la fuerza, la astucia y han »cometido actos de dureza y crueldad; pero una »vez constituído aquel Imperio en toda la redon»dez del planeta, los pueblos sometidos a la me»trópoli y unidos a ella por inquebrantables vín»culos comerciales, se encuentran muy bien ha»llados con su *tirana* y no cambiarían esta madre »por ninguna otra. El secreto de esto es que In»glaterra ha dado a sus colonias vida autonómi»ca y absoluta libertad en materia de cultos, aun »tratándose de los más extravagantes. Alguien »ha llamado a esto la *magia inglesa.* No es magia, »es sentido de la realidad y conocimiento del »alma humana. España perdió su colosal impe»rio por la intolerancia religiosa y el centralismo »burocrático.»

Haremos nuestras estas palabras del veterano escritor, y las hará suyas el lector si conoce al

Imperio Británico, no al través de *filias* o de *fobias* desprovistas de fundamento, sino al través de las páginas de la Historia Universal.

Porque la Historia de Inglaterra, libro glorioso de una raza privilegiada, gran novela de hazañas prodigiosas que van labrando, a compás de los siglos, este Imperio donde no se pone el sol, no es obra de magia, como dice muy bien Galdós, sino *claro sentido de la realidad* que ha faltado a otros pueblos menos afortunados. En nosotros hubo antaño un Don Quijote belicoso que se estrelló contra esa realidad, y hoy tenemos, en cambio, un Sancho Panza desengañado que adormece la conciencia nacional. Inglaterra no ha padecido durante muchos siglos ni estos desengaños ni otras amarguras; no ha sufrido derrotas humillantes ni sangrientas invasiones como Francia, como España, como Prusia, como Rusia y casi todos los Estados europeos. Su suelo patrio es, al parecer, invulnerable, desde los tiempos remotos de Guillermo el Conquistador hasta nuestros días, a pesar de los ataques alemanes. Su historia, no obstante las contiendas feudales y las guerras civiles, es un continuo progreso en el arte de gobernar y en el manejo de los hombres y de los pueblos. Con ser grande el reinado de Isabel, ¡qué abismo le separa del glorioso apogeo de la Reina Victoria! Si en el siglo XVI es Inglaterra una potencia europea, en el siglo XIX es ya una potencia mundial. Las pequeñas Islas Británicas tienen entre sus redes a las tres cuartas partes del globo.

¿Perfidia, astucia, despotismo? No; las mallas se hubiesen roto en este grave conflicto europeo y el Imperio Británico se habría derrumbado. Es el interés propio de las colonias y no el temor o el afecto a Inglaterra lo que mantiene esta asombrosa cohesión de razas. Dejemos a un lado las protestas y las quejas de antiguos o actuales adversarios que pagaron sus errores o su agotamiento. No es Inglaterra la nación de los maquiavelismos políticos, según pretenden hoy los adictos a la causa de Alemania; únicamente su claro sentido de la realidad supo aprovecharse, en la hora oportuna, de las equivocaciones de otras Cancillerías europeas.

La política de Inglaterra ha sido la más asombrosa fusión del espíritu de dominio y de la tolerancia. No hallaremos en su Historia dictadores ni déspotas: Simón de Monfort y Cromwell son precisamente hombres que han representado al pueblo contra la intolerancia de los Reyes; hombres símbolos de una raza que tiene muy arraigado el sentimiento de la tradición y de la monarquía, pero que no está dispuesta a ver oprimidas sus libertades individuales por los caprichos de la corona... Y esta libertad no sé yo que en ningún otro país europeo haya tenido mayor amplitud sin llegar a los límites de la desorganización y de la anarquía, como suele suceder en los países latinos, donde la libertad significa muchas veces revolución y dictadura de las «izquierdas». No es tampoco el concepto

de la autoridad en Inglaterra una formidable organización de férrea disciplina que anula al individuo dentro de su vasta mecánica social.

En ningún lado hay, como allí, más respeto a la ley, y en ninguno se hace menos visible alarde alguno de fuerza y de presión. Cuantos hemos vivido en aquel admirable país, reconocemos en él diferencias características que le dan una supremacía indiscutible sobre los demás países europeos. Sólo Inglaterra ha sabido fundir los extremos opuestos: el amor al trono y al progreso; la tradición y la evolución política; el culto a su Rey y a su gran aristocracia, con las reformas políticas y sociales que la colocan a la cabeza de la civilización. Mientras la ley nivela a los ciudadanos, la autonomía da libre expansión a las grandes colonias del Imperio que nunca ha pretendido dominar al planeta por la fuerza armada, quimera desechada por su sentido práctico. Y sus grandes escuadras le son indispensables para protegerlas, en caso de peligro, contra una agresión del enemigo, porque el *bloqueo efectivo* de Inglaterra sería la muerte de sus habitantes.

La libertad es una palabra muy adulterada en Europa, y sólo en Iglaterra tiene su verdadera significación, pues el concepto político de la libertad ha de estar tan alejado de la reacción y de la dictadura como de la demagogia y la anarquía. Véase como Inglaterra ha mantenido ese admirable equilibrio armónico, dando una lección política a los demás Estados europeos. Li-

bertad religiosa, política e individual. Sinceridad electoral y no farsa parlamentaria fabricada en los Ministerios. ¿Hay algún organismo político tan real y representativo como el Parlamento inglés?... Seguramente ningún *germanófilo* opondrá a éste el de España, el de Francia o el de Italia, que padecen de vicios muy frecuentes en la política latina; pero menos aún el *Reichstag* alemán, ficticia asamblea popular a merced del Kaiser y de su Canciller, que sólo es responsable ante su Soberano de su programa gubernamental.

Y si abordamos el problema religioso y la libertad de cultos, veremos que ésta, en Inglaterra, no es una frase hecha, sino una realidad. Aunque la religión oficial sea la anglicana, a la sombra de su libertad de cultos se manifiesta el espíritu religioso en sus más variadas formas. Mientras Alemania provoca la *kulturcampf*, verdadera cruzada anti-católica, y prohibe a los jesuítas establecerse en el Imperio; mientras Francia, abandonada al *bloc* radical y masónico, arroja a las Órdenes religiosas, Inglaterra da al mundo otra lección de tolerancia y acoge a estas comunidades de la Iglesia Romana en su territorio. Escuelas, conventos y monasterios se edifican por todo el país, sin oposición gubernamental.

Es que ahí existe, como en ninguno otro lado, el respeto a las ideas y el derecho a exponerlas. En el centro aristocrático de Londres se levanta la Catedral católica, reflejo del enorme crecimien-

to que ha tenido el catolicismo estos últimos años, y en el barrio de *Whitechapell* vive tranquila una verdadera plaga de anarquistas emigrados. Este contraste palpable nos revela el espíritu de libertad política y religiosa que se respira en Inglaterra, sin menoscabo del orden público. El Imperio Británico ha sabido ser grande, sin tener a su pueblo en pie de guerra ni hacer autómatas de sus ciudadanos.

Escribo las anteriores líneas para citar, a este propósito, la sorpresa de un prelado católico inglés frente al entusiasmo increíble de los *germanófilos* españoles por el triunfo de Alemania:

«Es indudable—me decía—que la campaña »anticlerical de los últimos gobiernos franceses »ha contribuído a fomentar esa hostilidad de una »gran parte del clero español contra la Repúbli»ca vecina y la «causa» de los aliados... Pero »¿olvidan aquí, en España, la benevolencia que »hay en Inglaterra para con los católicos?... ¿Ig»noran que varias de esas Órdenes emigradas se »han establecido en la Gran Bretaña?... Yo ven»go a España a decir esto a cuantos *germanófilos* »quieran escucharme. No pretendo variar opi»niones; no han de proferir mis labios ninguna »acusación contra Alemania. Deseo, únicamente, »hacer constar cuán grave puede ser para los ca»tólicos ingleses la campaña de propaganda *ger»manófila* iniciada por el clero español. Hasta »ahora, los gobiernos en Inglaterra nos han dado

»siempre todo género de facilidades para abrir »colegios o edificar templos... Pero esta actitud »política puede cambiar bruscacamente si se ge- »neraliza la idea de que la Iglesia de Roma es hos- »til a las naciones aliadas. Es de esperar, por lo »tanto, que en bien de la religión, los católicos »españoles moderen el ímpetu de sus opiniones.»

Tales o parecidos razonamientos fueron los que oí al culto y distinguidísimo Obispo de Southwack en su reciente viaje por España. Es el Obispo un inglés que habla el español como un andaluz, que ha nacido en Gibraltar y que además de conocer nuestro país y amarlo, comprende los distintos móviles de la opinión pública española, como lo demuestra su carta al *Times* (Noviembre 23, 1915), reproducida luego por nuestra prensa.

Inglaterra, preparada únicamente para una guerra naval y no una guerra terrestre, ha tenido que realizar una faena enorme, financiera, industrial y militar para prestar un eficaz auxilio a sus aliadas europeas. Esta magna labor nacional le ha restado tiempo para preocuparse, al comenzar la guerra, del estado de opinión en los países neutrales. No significa esto que los «desprecie», sino que Alemania, previsora como siempre, empezó en seguida su propaganda interesada. Gibraltar, Marruecos, la República vecina y la Iglesia fueron resortes admirables para excitar las iras de aquellos patriotas miopes cuya

vista no alcanza hasta Berlín. Cuando Inglaterra se percató de esto, era ya tarde, como en otras ocasiones, porque el pecado político de Inglaterra no ha sido en este conflicto europeo la «perfidia», sino la imprevisión. Después, sus protestas, sus folletos o sus diversas publicaciones de poco o nada habrán servido para variar el ambiente que se respira en las «derechas».

Pero aun así, hay en España muchos *anglófilos*, que aun cuando no crean a Inglaterra intachable en su pasada historia, consideran que su sistema político-mundial es superior al de las otras potencias europeas. Hay, entre nosotros, *anglófilos* desde la aristocracia más linajuda que habla su idioma, conoce el país y educa allí a sus hijos en los colegios o Universidades, hasta el demócrata admirador de aquellas instituciones políticas. Las modas, los *sports* y el «turismo» han propagado, desde antes de la guerra, la benéfica influencia inglesa. En cuanto al *turismo*, aparte de la riqueza que trae a nuestro país, ¿no refuta visiblemente el supuesto «desdén a todo lo español?...» Existe en Inglaterra, acaso más que en ningún otro país europeo, verdadera curiosidad y admiración por las cosas de España. Pueden dar fe de ello cuantos hayan vivido algún tiempo en la Gran Bretaña, y lo reflejan numerosas publicaciones sobre arte español y los muchos libros de viajes, historia y literatura que anualmente se publican sobre España. Nuestros paisajes y nuestras ciudades tienen más admiradores entre

los anglo-sajones que entre nosotros mismos, y en estos últimos años la investigación intelectual sobre nuestro país ha tenido sus representantes en ilustres hispanófilos como Fitz-Maurice Kelly y Martín Hume.

Pero no insistamos más sobre cosas harto sabidas por los que no están obcecados. Demasiado saben los políticos el apoyo eficaz que nos prestó Inglaterra en el tratado franco-español sobre Marruecos. El financiero y el hombre de negocios no ignoran, tampoco, lo que debe España al capital inglés y las consecuencias que la derrota inglesa pudiera tener en las compañías anglo-franco-belgas establecidas aquí. Mucho debe a Inglaterra nuestra industria; más aún nuestro comercio de exportación, que vive, en su mayor parte, del Imperio Británico (1).

---

(1) Según los interesantes datos de D. José Eugenio Ribera en su folleto *La conveniencia española en la guerra europea*, «Alemania y Austria»—dice el autor—«venden »a España por valor de 145 millones de pesetas al año, »mientras que sólo nos compran por valor de 69 millones, »es decir, que cada año *perdemos 76 millones* que emigran »a los Imperios germánicos.

»En cambio, como sólo importamos de Francia, Inglate»rra y Bélgica por valor de 439 millones al año, y les ven»demos por valor de 562 millones, resulta a nuestro favor »la balanza mercantil *con un ingreso anual de 123 mi»llones*.

»Observemos, por último, que nuestro comercio con »Francia e Inglaterra *es casi la mitad de nuestro comer»cio mundial*.»

Hay, sin embargo, un factor de mayor importancia en el orden internacional que hace simpática la causa de Inglaterra: mientras su adversario, el Imperio Alemán, tiende a anexionarse los pequeños Estados europeos, como Bélgica, y a aniquilar los pueblos débiles como Polonia y Servia, Inglaterra defiende el principio de las nacionalidades y se opone a su desaparición. La derrota de la Gran Bretaña significaría el trastorno geográfico de Europa a merced del *pangermanismo*, indiferente a razones étnicas para derribar fronteras... Y no se diga que la «pérfida Albión» obra del mismo modo, porque nuestros vecinos de Portugal refutarían esas acusaciones. En el estado de desorden, de agitación y de anarquía en que va arrastrando su existencia tumultuosa la República lusitana, una intervención de Inglaterra no hubiera sorprendido a Europa. La deseaban los monárquicos para restablecer en el trono a Don Manuel, la anhelaban los emigrados cuyos bienes habían sido confiscados, la solicitaban incluso varios políticos republicanos viendo al país entregado a los *carbonarios* y a los demagogos callejeros... Y, sin embargo, el Gobierno inglés se negó a intervenir por la fuerza en los asuntos interiores del pueblo portugués, limitándose, como nosotros, a enviar sus acorazados a las aguas de Lisboa para proteger a los súbditos británicos.

¿Fué esto perfidia o criterio de libertad política? ¿No le hubiera sido fácil a la «pérfida Albión» imponer a Portugal su monarca otra vez

y hacer de él su instrumento político? ¿No le habría sido aún más fácil desembarcar en Portugal, a fin de contribuir a su «pacificación», y despojarle luego de sus colonias a cambio de servicio tan valioso?

Y, sin embargo, la «pérfida Inglaterra» protege a su aliada y vela por sus intereses. A Inglaterra debe Portugal, primero su independencia, y segundo la conservación de sus colonias. Sin medios ofensivos para defenderse contra una agresión, vive gracias al amparo de la bandera británica. Es decir, que lo que no han podido hacer sus gobernantes, lo ha hecho la alianza inglesa.

Bien harían nuestros patriotas exaltados en aprender esta lección política.

***

La guerra europea sorprendió a Inglaterra en una de las más graves crisis de su política interior; de ahí sus vacilaciones, su falta de preparación, su explicable tardanza en reorganizar sus elementos ofensivos, movilizar sus escuadras e ir aumentando su «insignificante ejército» para hacer frente al *pangermanismo*.

Así, la «imprevisión», y no la «perfidia» inglesa, tuvo que luchar contra la previsión alemana con todas las desventajas de una tardanza fatal. Inglaterra llegó tarde para salvar a Bélgica, como llegó tarde en los Balkanes para salvar a Servia con sus aliados. Los mismos *ger-*

manófilos que señalan estos fracasos, deben comprender que ellos mismos contradicen la supuesta «perfidia» de Albión formando el llamado «círculo de hierro» para ahogar al Imperio Alemán. Nadie en aquel «círculo» estaba preparado cuando el Gabinete de Berlín hizo estallar el conflicto europeo. Inglaterra, menos aún. Adormecida por la seguridad que le inspiraban sus escuadras, a pesar del alarmante crecimiento de la marina alemana, gastaba todas sus energías en fratricidas luchas políticas que han estado a punto de desquiciar la estructura tan firme de su Constitución y de su hacienda...

El despertar fué brusco, y el Imperio, al abrir los ojos, tardó en comprender la gravedad de la hora y la trascendencia de esta lucha mundial.

La guerra europea ha causado en Inglaterra, como en Francia, una saludable reacción espiritual que ha sobrepuesto el patriotismo a odios o luchas de partido. Para apreciar el magno esfuerzo realizado por Inglaterra al entrar en la lucha, hemos de recordar el período de agitación que habían provocado las innovaciones de sus políticos radicales. El equilibrio armónico de su política ha estado a punto de inclinarse hacia la revolución. Inglaterra, antes el país más tradicional de Europa, se vió a dos dedos de la guerra civil.

Y es que el radicalismo perturbador había sucedido al «imperialismo» colonial, no sólo en las esferas gubernamentales, sino en las letras y en

la sociedad. Del glorioso reinado de la Reina Victoria a Eduardo VII y a Jorge V, parece que media todo un siglo de evoluciones disolventes. Ya no es la Inglaterra de Chamberlain, de Cecil Rhodes, de Rudyard Kipling, hombres-símbolos que en la política y en la literatura soñaron con una «más grande Inglaterra» inspirada en su arraigado patriotismo. ¿Es que el esplendente apogeo del Imperio comienza su declive hacia el ocaso?... La duda parece inquietar a cuantos siguen con interés la evolución política de la Gran Bretaña. Los hombres del día ya no son constructores, sino demagogos. En política se llaman: Lloyd George, Burns, John Redmond, Winston Churchill. En literatura: Bernard Shaw, Wells, Galsworthy, Arnold Bennet, Hilaire Belloc, plumas temibles adictas a la causa del socialismo. ¿Qué ha pasado en unos años?... Pues que desde el advenimiento de Eduardo VII el aire de la calle sopla como una ráfaga hasta llegar a las mismas gradas del trono. Esto ya se observó el día memorable en que sir Henry Campbell-Bannerman se presentaba en Palacio, llamado por el Rey, con sombrero de ala flexible. Aquella voluntaria falta de etiqueta en el ilustre político demócrata, fué duramente censurada por algunos periódicos. Pudo entonces un lector cualquiera juzgar insignificante ese detalle; pero era, al contrario, muy significativo. Anunciaba esa etapa turbulenta en que laboristas y obreros iban a vestir casacas de ministros; en que desde el Go-

bierno se iba a dar el asalto a la propiedad, y en que la Cámara popular intentaba nada menos que reformar la Constitución dando un golpe mortal al prestigio y freno tradicional de la Cámara de los Lores.

Murió Eduardo VII antes de ver el apogeo del radicalismo ministerial dando al traste con las tradiciones de la vieja Inglaterra. Pero aquel monarca mundano y galante, árbitro de las elegancias y al parecer de las frivolidades, había dejado cimentada en pocos años de reinado la obra de un gran diplomático. Su testamento político era la *entente cordiale*, o sea la aproximación de Francia y de Inglaterra y el olvido de Fashoda; es decir, la base defensiva de Europa contra el *pangermanismo*. Eduardo VII, bajo su aspecto *bon viveur*, fué un profundo observador de los hombres y de los acontecimientos, y sintió siempre una irresistible antipatía por su imperial sobrino Guillermo de Alemania. A pesar de las reiteradas protestas de amistad y de afecto hechas frecuentemente por el Kaiser, éste no logró engañar la perspicacia del monarca inglés, ni evitar la temida aproximación de Francia y de Inglaterra. Eduardo VII deseaba la paz, y para mantenerla quiso restablecer el equilibrio europeo, uniendo a Francia, Rusia e Inglaterra frente a la *Tríplice* y Turquía.

Pero la muerte del Rey Eduardo de Inglaterra debió calmar las angustias de Berlín. Su testamento político no tenía, al parecer, más valor

que el de visitas regias o presidenciales y brindis efusivos. Los ministros de ahora tenían demasiado que hacer en casa para ocuparse de las relaciones exteriores. La lucha de clases era bulliciosa. ¿Necesitaré recordar al lector la desorganización social provocada por los impuestos sobre la propiedad y la renta, la cruzada de Lloyd George contra la aristocracia, los conflictos parlamentarios, las huelgas mineras, los increíbles atentados de las sufragistas?... Todo ello había desencadenado las pasiones, convirtiendo a Inglaterra en un volcán... ¿Quién iba á soñar con su intervención armada?... El Gabinete de Berlín veía, con íntima satisfacción, al Gobierno de Mr. Asquith entregado a John Redmond y los *separatistas* irlandeses; veía también en ese campeón de los obreros, Lloyd George, un colaborador inconsciente de la política alemana, puesto que sus campañas disolvían la unión social de Inglaterra; aplaudía las travesuras de ese aristócrata radical Winston Churchil, hasta verle, con sorpresa, pasar al Ministerio de Marina y solicitar los aumentos navales...

Y para despistar toda sospecha, después de unas palabras agridulces entre la prensa inglesa y alemana, se recibía a Lord Haldane en Berlín con los brazos abiertos, el Kaiser le llamaba «su amigo», y el confiado hombre público volvía a Londres absolutamente convencido de la amistad «anglo-alemana» y del entrañable afecto que profesaba el Kaiser a su primo Jorge V de Inglaterra.

Sí... Inglaterra dormía sobre sus laureles y sobre sus escuadras... Sólo al interior, el *Home Rule* y la cuestión de Irlanda convertían este sueño en pesadilla; pero al exterior, ¿qué nubecilla obscurecía siquiera el horizonte de la Gran Bretaña?...

El proyecto de Berlín llevaba camino de triunfar en toda la línea. ¡Qué íntimo regocijo debieron sentir los *pangermanistas!* La inmovilidad de Inglaterra parecía asegurada...

No debe confundirse, sin embargo, la inmovilidad de un hombre que duerme con la de un cadáver.

***

El Imperio Británico despertó tarde, y ha tardado aún más en desperezar sus miembros adormecidos, en empuñar las armas, en hacer un llamamiento al patriotismo de sus ciudadanos y prepararse para la larga lucha mundial que le sorprendió desprevenido.

El esfuerzo titánico llevado a cabo por Inglaterra para colocarse a la altura de las circunstancias, bien merece unas palabras de alabanza. No he de mencionar aquí sus gestiones á fin de evitar la guerra, y la propuesta de Sir Edward Grey para someter el caso de Servia a una Conferencia europea, *rechazada por Alemania*. Mis lectores hallarán en las páginas de *La Verdad sobre la Guerra* un resumen claro y documentado sobre dichas gestiones diplomáticas, que prece-

dieron al conflicto europeo. La responsabilidad de Alemania y sus intenciones belicosas resaltan a la vista de todo el que no halle justificada la invasión alemana de Bélgica y la violación de los tratados de 1839 y de 1870, pero condena, en cambio, rencorosamente, la actitud de Inglaterra cumpliendo sus compromisos y saliendo a la defensa de los débiles.

Las iras de Alemania contra la «pérfida Albión» son muy comprensibles. ¡Cómo! ¿Inglaterra pretende intervenir en el conflicto?... ¿No le bastan *nuestras garantías?*... ¿Se atreve a oponerse a que bombardeemos las costas de Francia?... ¿Va a impedirnos que pasemos por Bélgica cuando *necesitamos llegar cuanto antes a París?*... ¿Pero no comprende Inglaterra que su absurda e injustificada intervención retrasa el fin de la guerra?... Contra ella no va nada; queremos únicamente aplastar a Francia, que nos provoca, y a Rusia, que nos desafía. Después prometemos volvernos a Berlín, si no con la conciencia limpia, al menos con los bolsillos más redondeados.

¡Oh, terca, implacable Albión! Se contaba con tu egoísmo y tu aislamiento, y he aquí que, pérfidamente, vienes a vengar a la mutilada Bélgica y a auxiliar a la invadida Francia... Pero ¡ay de ti si te alcanzan las garras del águila prusiana! ¡No olvidaremos que a ti se debe el fracaso del programa *pangermanista!*

Tan amarga decepción hace estallar el furor

teutónico, y claman a coro los *germanófilos:* ¡Inglaterra es la culpable, la hipócrita, la vil!... Contábamos con que durmiese y se ha despertado amenazándonos. Sus mismos políticos revolucionarios, tan útiles para Alemania, arrojan el disfraz y se nos revelan patriotas. ¿No es el propio Lloyd George Ministro de Municiones?... Ahora los adversarios más implacables olvidan sus querellas y forman un Gobierno Nacional. Las Cámaras turbulentas votan los créditos de guerra. Las sufragistas se ponen a la disposición del Gobierno. El *Home Rule* y la guerra civil son cuestiones de ayer, que se han disipado como el humo... ¡Ah!... la hipocresía inglesa ha despistado los cálculos y los informes de los espías. Ahora aparece *la verdadera Inglaterra.* El pueblo de «traficantes y mercaderes» se pone frente a frente de la *Kultur*, y a falta de «ciencia» y de «organización», va a luchar con su patriotismo, su hacienda y su tenacidad. Lord Kitchener ha dicho que la guerra durará tres años, y esto ha causado risa entre las huestes *germanófilas.*

Mientras tanto, aumenta la recluta voluntaria, y el «insignificante» ejército de French va creciendo según pasa el tiempo. Inglaterra ha vertido la sangre de sus hijos en Bélgica y en Francia. Ha llamado a sus colonias, y éstas, ¡oh, sorpresa!, han acudido en su auxilio. No obstante los traidores ataques de los «zeppelines», de las bombas, las minas y los submarinos; no obstante

la pérdida de varios buques, Inglaterra ha barrido de los mares el pabellón alemán. ¡Da risa oir hablar del *fracaso de la marina inglesa* cuando se piensa en el lucido papel de la «escuadra invisible» embotellada en Kiel!

XII

EUROPA EN 1915
(UN AÑO DE TRAGEDIA)

El año 1914 pasará a la Historia Universal como el año terrible en que se levantó el telón mostrando al mundo asombrado los preludios de la sangrienta tragedia europea. Si la profecía de Lord Kitchener se cumple y ha de durar tres años esta increíble guerra mundial, al terminar 1915 no habremos visto, por lo tanto, más que un acto.

La sorpresa y la inquietud espiritual del público que contempla la tragedia desde las mejores localidades, léase los países neutrales, resulta harto comprensible. ¿Cuál va a ser el desenlace?..., se preguntan los espectadores, agitados.

En realidad nadie lo sabe. La obra demoledora prometía ser corta y va alargándose hasta producir cansancio y tedio en el ánimo del público. Y no es que falten, ciertamente, los episodios más variables, ni que decaiga hasta ahora el

ánimo de los actores, sino que la expectación de cuantos contemplan el espectáculo se ha visto defraudada. La marcha triunfal de Alemania se estancó en Occidente, y, cambiando de rumbo, lleva la muerte y la desolación hacia el Oriente, que encedió la hoguera. En el mar, nada, salvo una inmensa flota británica bloqueando las costas de Alemania. No hemos tenido gran espectáculo naval, porque desde que terminaron las audaces correrías del *Emden* y fueron hundidos unos buques alemanes en el Pacífico, la soberbia escuadra de Alemania ha tenido a bien no salir a escena.

Esto es debido a la aparición escénica de un factor muy importante: Inglaterra; tan importante, que va a cambiar el aspecto de la lucha por mar, como por tierra. Y téngase en cuenta que la entrada en escena de tan magna entidad ha causado mal efecto por el retraso de su aparición y la insuficiencia de sus medios. No ha estudiado su papel como su rival germana, y en medio del espectáculo, mientras declama y amenaza al adversario feroz, llama a sus hijos, termina de vestirse y prepara sus armas de combate.

Así se explica, primero, la sorpresa del auditorio, luego los improperios y los gritos de los que aplaudían a su rival, y después los murmullos de hilaridad o de aprobación por parte de unos y de otros al ver el colosal esfuerzo sostenido por Albión para cumplir con su papel abrumador. Nunca se vió en trance más temible su prestigio

mundial. ¡No importa! Su voluntad, su resistencia física, su genio, podrán suplir a las faltas de preparación. Acostumbrada a reposar sobre los viejos laureles de sus victorias navales, va, no obstante, a tomar parte en la gran tragedia terrestre, arriesgando en esta lucha todo su porvenir.

El público de las demás naciones no ha comprendido la magnitud del conflicto hasta entrar Inglaterra en escena. Ese *coup de théâtre* ha transformado el aspecto de las cosas, llegando la espectación general a su grado máximo de intensidad.

Ya están frente a frente las dos rivales: Inglaterra y Alemania; es decir, Inglaterra frente al *pangermanismo*. Esto, en la Historia, es un momento culminante. Ahora cambia de repente el decorado, y el público, voluble, ya no parece acordarse ni de Bélgica, ni de Francia, ni de Rusia, ni de Austria, ni de nación alguna... Todo el mundo se pregunta: ¿Qué hará Inglaterra?...

Veamos, pues, lo que ha hecho Inglaterra, para refrescar la memoria de los *germanófilos*, que tan pronto le atribuyen la responsabilidad moral del conflicto europeo, como pregonan a los cuatro vientos, ya en la conversación, ya en los periódicos, el fracaso de la política británica y de la marina inglesa (!!).

Bien está entusiasmarse con los vuelos belicosos del Águila prusiana por media Europa y el aplaudir su organización y su ciencia militar. Sin

embargo, el entusiasmo por la causa de Alemania no debe cerrar los ojos ante la evidencia, y la evidencia es que, en este primer acto de 1915, Inglaterra habrá cometido errores, como sus propios adversarios, pero ha dado un golpe mortal al *pangermanismo*, ha contribuído a paralizar el avance alemán en Occidente y ha hecho desaparecer de los mares el pabellón alemán. Su habilidad diplomática, reparando varios años de letargo incomprensible, forma la cadena de naciones que unen a Londres y a otras varias capitales europeas con el Extremo Oriente. Su actividad industrial, asombrosa en tiempo de paz, no será menos asombrosa al transformarse para la guerra en la fabricación de municiones, bajo la enérgica inspección del turbulento Lloyd George, hoy convertido en ardoroso defensor del imperialismo inglés. Los fabulosos medios financieros del Imperio Británico permiten no ya votar todos los créditos de guerra y cubrir los empréstitos y las suscripciones nacionales, sino acoger la espantosa emigración belga con fastuosa y fraternal generosidad, al par que, inagotable en recursos bancarios, pone a la disposición de los «aliados» su inmensa riqueza monetaria.

Desde que el «pequeño e insignificante ejército», tan menospreciado por el Kaiser, puso el pie en Bélgica para auxiliar a sus aliados, las fuerzas británicas han ido en aumento y no fueron «aplastadas» por el Águila prusiana, aunque sí rechazadas, por la superioridad numérica del

adversario. Los bravos soldados del General French resisten la avalancha germana hasta ver diezmada la flor de sus escuadrones y de su oficialidad; luchan fieramente en las hecatombes de Mons-Charleroi y de la Marne, en la batalla del Aisne, donde la partida queda «en tablas», en Neuve-Chapelle y en Ypres, donde por dos veces los alemanes se estrellan en su afán de romper la línea de Calais.

En todos los campos de batalla yace lo mejor de la juventud inglesa y lo más granado de su aristocracia. No hay quizá en Inglaterra una gran casa que no esté de luto en este año de guerra. Pudiera decirse lo mismo en pro de la sociedad de otros países, pero téngase en cuenta que el esfuerzo inglés, tan ridiculizado por los adversarios *germanófilos* en cierta prensa de Madrid y provincias, fué un esfuerzo *voluntario* y no un *servicio obligatorio,* como el de las demás potencias europeas.

Dudo yo que ningún otro país hubiese respondido más generosamente al alistamiento voluntario, para luchar al fin y al cabo en defensa del territorio de sus aliados, que Inglaterra. No sólo van a la lucha los privilegiados de la fortuna, sino que toda la Gran Bretaña se convierte en un vasto campo de instrucción militar, y los palacios, como los castillos, se transforman en hospitales de sangre. Así el pequeño ejército de French, que apenas tenía al comenzar la guerra unos 250.000 hombres, tiene—según las declara-

ciones del Presidente del Consejo, Mr. Asquith, en la Cámara de los Comunes—1.000.000 de soldados, próximamente, al terminar el año 1915.

¿Y las colonias?... Reflexionemos un poco sobre este caso único, que es la mejor demostración de la superioridad política del Imperio Británico. Las colonias han dado otro golpe mortal a los vastos proyectos del *pangermanismo* (1). Ni se han levantado «como un solo hombre» (esta profecía es de un periódico *germanófilo* de Madrid) contra la «pérfida Albión», ni los manejos alemanes han logrado, hasta ahora, triunfar en el Transvaal, en Egipto y en la India. La sorpresa de los adversarios de Inglaterra ha sido grande al ver que ésta no sólo retiraba de allí sus acorazados, trayéndolos a aguas europeas, sino que las mismas colonias brindaban a la Metrópoli hombres y dinero. El Canadá contribuía con 96.000 soldados; Australia, con 92.000; Nueva Zelandia, con 25.000, y así sucesivamente,

---

(1) Ya en 1913, es decir, un año antes de la guerra europea, el inglés Rollo G. Usher, en su notable libro *Pangermanismo*, señalaba la vasta conspiración política de la Alemania Imperial para dominar al mundo. Son de gran interés y actualidad los capítulos que señalan los manejos y las intrigas alemanas contra Inglaterra, tanto en la última guerra del Transvaal, como recientemente en la India y en Egipto, para provocar la anhelada rebelión de las colonias inglesas.

Pangermanismo ha sido publicado en castellano por la «Biblioteca Corona» y traducido por D. Fernando Durán.

mientras que los Rajás de la India ofrecían su espada y su dinero a su Emperador Jorge V.

Pero la cohesión asombrosa de este vasto Imperio colonial había de revelarse, sobre todo, en Sud Africa, donde el boer General Botha, terrible adversario de ayer, reprimía la rebeldía pagada y agitada por Alemania. Los caudillos Maritz, Beyers y De Wet fueron aplastados, y el victorioso Botha añadía a sus laureles la conquista del Africa alemana, o sea una extensión de 322.348 millas cuadradas, *mientras que Alemania no tiene, hasta la fecha, un solo palmo de terreno inglés.*

En cuanto al «fracaso de la marina inglesa», pertenece al género de información *germanófila,* que nos describe un Londres aterrado ante la posible «invasión aérea de los *zeppelines*»; una Inglaterra desmoralizada y próxima a rendirse porque han llegado a bombardear sus costas, y en suma, un Reino Unido ya desunido por los errores del Gobierno, el fracaso de los Dardanelos, las huelgas mineras, las «dificultades» del servicio obligatorio, etc., etc.

Todos estos incidentes, vistos con cristal de aumento, así como las crisis ministeriales del Gobierno Nacional y las desavenencias entre Mr. Winston Churchill y Lord Fisher, a propósito de las operaciones en los Dardanelos, sirven a cierta prensa *germanófila* para divulgar «la decadencia de Inglaterra» y el fin del Imperio Británico.

El «fracaso de la Marina inglesa» ha sido también un *cliché* muy aplaudido entre los *germanófilos*. ¿Cómo calificar entonces aquel asombroso *bluff* pangermanista del «bloqueo británico»? ¿Y quién habla ya de ese bloqueo? Atengámonos a los hechos, que éstos demostrarán la, hasta ahora, indiscutible supremacía naval de Inglaterra. Su flota ha matado el comercio alemán y ha limpiado los mares de corsarios. El pabellón británico pasea triunfante por todos los mares, sin ver interrumpidas sus comunicaciones. Este alarde inverosímil de fuerza y seguridad, le habrá costado pérdidas sensibles en acorazados y barcos pesqueros, pero el rencor de Alemania tiene que desahogarse en ataques submarinos, como el ladrón acechando al policía en las tinieblas de la noche. Esa formidable escuadra alemana, que costó tantos millones, lleva ya más de un año encerrada en el canal de Kiel. La flota inglesa la ha inutilizado sin combate, y mientras va eliminando del canal de la Mancha a los submarinos alemanes, sus propios submarinos realizan hechos de valor y audacia en el Báltico y en el mar de Mármara...

No cabe negarlo; en el duelo entre Alemania e Inglaterra durante el año 1915, Inglaterra ha vencido a su rival. Sigue siendo la dueña de los mares y ha conquistado la inmensa Africa alemana. Desde entonces el Aguila prusiana, rechazada, tendrá que volar hacia el Oriente;

pero ni sus victorias balkánicas ni el fracaso inglés de los Dardanelos, afectarán *directamente* al odiado Imperio Británico.

* * *

El «Convenio de Londres», unión del Gabinete inglés y de los Gobiernos aliados, fué otra medida de innegable habilidad contra el esfuerzo militar del *pangermanismo*. Así, el proyecto alemán de aniquilar primero a un país y emprender luego la invasión de otro, resultaba estéril para el advenimiento de la paz. Ninguna de las potencias firmantes habían de aceptarla «separamente».

Eran, pues, inútiles, desde ese punto de vista, la invasión de Francia, decidida a «luchar hasta el fin», y, más tarde, la de Rusia, dispuesta a volver a las andadas, después de los desastres del otoño de 1915. Pudo entonces creerse vencido y agotado el Oso por el Aguila, y no faltaron en nuestra prensa rumores sensacionales de una próxima paz ruso-alemana. Pero fueron infructuosas las tentativas del Gabinete de Berlín para eliminar de la gigantesca lucha a una rival tan molesta. No se rompieron por eso los eslabones de la cadena que forma el Convenio de Londres. Y el caso más extraño es que allá, en el Extremo Oriente, el Japón velaba por los intereses de los «aliados». Ahora se convertía en arsenal de su antigua adversaria Rusia, y al tra-

vés de las desoladoras llanuras siberianas llegaban municiones y cañones de donde antes venía el «peligro amarillo» en toda su trágica aureola militar. El Japón asestaba otro golpe a Alemania despojándola de su colonia asiática, Tsing-Tsao, al propio tiempo que proporcionaba armamentos a San Petersburgo.

El «peligro teutónico», estallando en el centro de Europa, hizo posible esta unión material de dos razas aún resentidas por el formidable choque de ayer. Ante el peligro recíproco, se olvidaron antiguas querellas con una laudable reflexión, desconocida aquí en España por los que se aferran a «Trafalgar», el «Dos de Mayo», el «caso Ferrer», a nuestros resquemores con Francia en Marruecos, etc., etc. No haría falta un Bismarck, ni siquiera un Bülow, para explotar hábilmente estos rencores de una opinión pública superficial; lo hace a maravilla cada miembro de esa invasión pacífica alemana que hoy se extiende a España y sabe explotar en las ciudades la ligereza o el interés, y en el campo la pasión o la ignorancia.

Para nosotros, ni la posible invasión de Europa por los nipones, ni las «notas» más o menos enérgicas del Presidente Wilson al Gobierno de Berlín, pasaron de ser aspectos del espectáculo internacional. El público de los periódicos daba tan poco crédito al desembarco de los japoneses, como a la tan anunciada declaración de guerra de los Estados Unidos. No en vano el *tío Sam*,

aprovechándose de la hecatombe europea, desangraba a Méjico fomentando la rebelión y la anarquía, como antaño en Cuba contra nosotros, al par que se enriquecía a expensas de unos y otros beligerantes.

El doble juego es provechoso, y a este paso la doctrina de Monroe lleva trazas de ser, antes de acabar la guerra: «América para los americanos... y Europa también».

Poco a poco el barómetro ha subido de «malo» a «variable», para la mayoría de los españoles. Despejáronse los nubarrones belicosos que entenebrecían los Pirineos. El viento los llevó hacia el Oriente, haciendo estallar la tormenta en la frontera de Italia antes de que estallara con más fuerza en los Balkanes.

La actitud de Italia en esta guerra no podía menos de interesar a España por dos conceptos: uno, geográfico; el otro, político-religioso. La posible intervención de Italia a favor de los Imperios centrales significaba la guerra naval de terribles consecuencias para nuestras costas y para nuestras Islas Baleares. Hubiéranos sido difícil mantenernos en la neutralidad y salir ilesos del conflicto. Los *germanófilos* que increpan a Italia deben, por lo tanto, moderar sus ímpetus, puesto que a Italia se debe que el Mediterráneo no se convirtiese en un lago de fuego.

El otro aspecto a que me refiero es puramente ideológico, pero de gran arraigo en la mentalidad social de España. Así como hay dos Romas,

la del Vaticano y la del Quirinal, hay dos corrientes contrarias en la opinión española, al juzgar a la Italia de hoy. Una, la forma nuestras «derechas» conservadoras, clericales y tradicionalistas, adictas al poder temporal del Pontífice e implacables adversarios de la Casa de Saboya, del *risorgimento* de la nueva Italia y de las influencias del socialismo y del anticlericalismo en las esferas políticas. Es decir, que para estos intransigentes, Italia es un conjunto de males sin mezcla de bien alguno, salvo el espacio ocupado por el Vaticano y la Basílica de San Pedro. Italia es la apóstata de la Iglesia, la cuna del libre pensamiento y del anarquismo. Ha «calumniado y vituperado a España cuando el famoso caso Ferrer». Ha abandonado, pérfidamente, a sus «aliadas» Austria y Alemania en el momento del peligro». No tiene, pues, derecho a la vida, y merece un castigo del dios de los ejércitos... Hago caso omiso de las ironías y de las vulgaridades corrientes sobre «el país de los macarroni» y de los «tenores», porque responden a esa mentalidad superficial e inculta que brota en todos los países y hace juzgar al nuestro como una España de pandereta en la que sólo hay majas y toreros.

Al otro lado de la balanza pesa la ideología democrática y radical, inspirada en el laicismo, las «izquierdas», o sea la vasta agrupación de liberales, intelectuales o revolucionarios que saludan en la nueva Italia de Cavour, de Mazzini y de Garibaldi la emancipación de las conciencias

y el renacimiento de la raza latina. No son, a veces, menos sectarios estos apasionamientos que tienen al Quirinal por templo de la libertad frente a la supuesta intolerancia del dogma religioso. El fantasma negro del «clericalismo» ha hecho surgir el espectro rojo del «anticlericalismo», cuyo librepensamiento, más tolerante en la forma que en el fondo, tiende a arrasar altares y a destruir cuanto pueda evocar los problemas de ultratumba. Pero prescindiendo aquí del conflicto mundial entre la Iglesia y las logias masónicas, ¿puede prescindirse igualmente, al hablar de Italia, del admirable ejemplo de actividad y progreso que dan hoy día los italianos?

Cada innovación política y social nace siempre rompiendo antiguos moldes, y así la Roma moderna que nace hoy a la vida, no debe mirarse únicamente como la mano profana que arrasa los vestigios del arte y de la antigüedad, sino como el renacimiento de una raza inmortal que edifica ahora la tercera Roma sobre la vieja Roma de los Césares y de los Papas.

Véase, pues, en esto, un símbolo de la Italia de los Saboyas que ha realizado el milagro de la resurrección. En pocos años han adquirido algunas ciudades, como Milán, inmenso desarrollo industrial. Prospera en toda Italia la industria y el comercio. Las ciencias, las artes, las letras italianas traen al mundo entero una nueva orientación. Lombroso y Marconi, Carducci y D'Annunzio, Ferri, Colajanni, Croce y Ferrero, por no

citar más nombres de fama universal, revelan ante el mundo este florecimiento de la raza italiana eternamente joven. La actividad de Italia no se manifiesta sólo en la esfera del arte y de las letras, sino en los laboratorios y las Universidades. La ciencia médica italiana se halla en la cima del progreso, como la de Francia y Alemania... En cuanto a la evolución política del pueblo italiano, ha influído no sólo en el anhelo nacional de la unión de sus Estados, sino en la reforma de su hacienda, de su ejército y de su marina, que le ha sugerido la posible aspiración de un Imperio colonial.

Pudiera objetarse que la situación internacional de Italia fué debida, ante todo, a Alemania, y esto es, en parte, exacto, pero no debe negarse lo que ha logrado Italia por su propio esfuerzo. Mal hacen los *germanófilos* en clamar contra la «ingratitud» y la «traición» italiana. Estas protestas están en pugna con sus afirmaciones lanzadas al principiar la lucha europea, de que «los tratados son pedazos de papel» y... «la guerra es la guerra».

¿Por qué ha de ser este criterio demoledor privilegio exclusivo de Alemania?... Puesto en práctica por el Imperio germánico, fué imitado únicamente por un país latino cuya «alianza» era más bien una cadena. Y téngase en cuenta, además, que la *triplice* era una ficción política renovada siempre por los ministros de Roma, Viena y Berlín contra la voluntad del pueblo. Si en la

aristocracia y el ejército italiano predominaba el *germanofilismo*, como en nuestra sociedad española, el arraigado sentimiento nacional era el odio colectivo a Austria, que significaba la *Italia irredenta* y el anhelo de libertar a Trieste.

***

Otro aspecto de la guerra era la indiferencia o la hostilidad respecto al yugo germano, difícilmente soportado por los hombres de la nueva generación y la simpatía fraternal que el pueblo italiano siente por su hermana latina Francia. Esta situación equívoca, este odio tradicional a Austria, manifestado tan frecuentemente en Roma por ruidosas manifestaciones populares frente a la Embajada austriaca, había de estallar a la primera chispa, y cupo el honor de producir la explosión del sentir popular al más alto poeta latino, Gabriele D'Annunzio.

Su discurso histórico fué un canto a la raza y a sus aspiraciones, pero no debe caerse en la ingenua suposición de que el inmortal poeta «arrastró a sus compatriotas a la guerra», y menos aún prestar crédito al tentador pero nada honroso «donativo» de unos millones (¡!) pagados por el Gobierno de París. Ni la poesía, ni la hacienda pueden operar estos milagros nacionales, y si el discurso del poeta de *La Nave* provocó la explosión de los entusiasmos belicosos, fué porque interpretaron sus palabras vibrantes los

arraigados sentimientos del pueblo italiano. Esto era lo bastante para convertir en héroe nacional al hombre que, á pesar de las burlas y de las caricaturas de los *germanófilos,* añadió aquel día un laurel más a su corona formada por las hojas de sus obras admirables que han de vivir en el mundo lo que viva el idioma del Dante.

Berlín debió presentir la tempestad que se avecinaba, y para despejar el horizonte nebuloso encargó sus intereses al ex Canciller Príncipe de Bülow. La compleja misión de Bülow en Roma tuvo fija la atención del mundo entero, y la prensa española le dedicó sendos artículos y comentarios. Cuando se haga la historia política de esta guerra europea, será interesante desenredar los hilos de la intriga que tejió el habilísimo diplomático alemán desde su residencia la *Villa Malta.* Acaso el espíritu flexible, mundano y observador del célebre político no se forjó ilusión alguna respecto a la actitud de Italia, y únicamente echó mano de todos los resortes financieros y políticos para retrasar el temido conflicto.

Campañas periodísticas, entrevistas con altos personajes, ofrecimientos de «compensaciones»... todo se puso en juego. Durante días y semanas desfilaron por las planas de los diarios las siluetas del Pontífice Benedicto XV, de los Reyes de Italia, de Salandra, el político del día que ahora preside un Gobierno y hace unos años era sólo un catedrático desconocido, de Sidney Sonnino, el austero ministro, frío, estudioso y solitario,

que rehuye la exhibición, desdeña la retórica y ¡caso inaudito!... *lee* sus discursos en pleno Parlamento. ¿Puede darse innovación más radical en una asamblea legislativa formada por latinos, es decir, retóricos?... Y tras de otras figuras, como la de D'Annunzio o la del general Cadorna, aparece el hombre que provocó la crisis ministerial y que se prestó a ser la «última carta» de Bülow antes de abandonar éste la ciudad Eterna: el jefe de los *neutralistas*, Giolitti, llamado el «dictador» por su política de caciquismo parlamentario.

Giolitti, visto desde España, parece, por su obra, uno de nuestros políticos genuinamente españoles, lo cual demuestra que el sistema es vicio natural de la política latina. Durante diez años este hombre ha tenido entre sus manos la suerte de Italia. El Parlamento era feudo suyo, «fabricaba» diputados y caciques y desde su escaño parlamentario daba vida ó muerte a los gobiernos... El aire de la calle renovó ese ambiente de odioso «caciquismo». La opinión pública dió al traste con las ficciones del «dictador», hombre útil al Príncipe Bülow y, en general, a Viena y a Berlín, puesto que representaba los moldes rutinarios y la cómoda norma de «ir viviendo» a la sombra de la *Tríplice*.

Pero no son menos dignos de mención los avances y los halagos de Berlín respecto al Vaticano. La enorme influencia espiritual de la Santa Sede es una fuerza en el mundo que no desconoce el *panger-*

manismo, para inclinar la balanza hacia su lado cuando de entre las manos se le escapa el Quirinal. Los hombres de buena fe creen ver en esta disimulada habilidad los comienzos de una conversión político-religiosa, la vuelta del luteranismo a las redes de San Pedro y... ¿quién sabe?... el nuevo camino de Canosa: el Emperador inclinándose ante el Papa.

¡Oh, almas cándidas que no ven la misma comedia representada con éxito en tierras mahometanas, donde se adornan las mezquitas con ricos presentes de Berlín y se excita a las tribus fanáticas a provocar la *guerra santa!*

En tiempo de guerra, Maquiavelo se hace teutón y cambia de disfraz o de careta según los países neutrales que visita. ¿Cómo hemos de negar que han caído en sus lazos muchísimos incautos?...

Al subir la escalera de San Pedro, habrá disimulado bajo guantes blancos las manos manchadas con la sangre de Bélgica, y habrá impedido que el purpurado belga llegue, antes, a ser oído por el Pontífice... Y añádase a esto promesas, ofrecimientos para la paz.

¿Cómo, pues, sorprenderse del silencio del Vaticano, sólo interrumpido por fervientes oraciones?... El Vaticano, como entidad política, tiene que mirar los intereses de la Iglesia, y esos intereses tienen gran porvenir en los países protestantes, como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Ni España ni Austria darán ya más de

sí al Catolicismo. Bélgica no es ahora más que un nombre, y Francia e Italia, oficialmente, están fuera de la Iglesia y del camino que conduce a Roma.

Tan contradictorias influencias habrán pesado en el ánimo de la Curia y han influído también en los países católicos neutrales. A mi juicio, no se ha analizado en España suficientemente la situación internacional del Vaticano. A ella se deben los rumores alarmantes que corrieron respecto a la invasión austro-alemana de Italia y la destrucción de sus bellas ciudades. Hubo quien vió ya los famosos morteros de Krupp frente á Roma, poniendo en grave peligro no sólo al Vaticano, sino a la persona del Pontífice... Y adelantándose a los acontecimientos, S. M. el Rey de España ofreció hospitalidad a Su Santidad el Papa en su Real Monasterio de El Escorial, y la Real Maestranza de Sevilla elevó un «mensaje» al Pontífice para que aceptara dicho ofrecimiento.

La tempestad, sin embargo, no fué tan formidable como se esperaba, y no ha pasado, hasta ahora, del Valle del Isonzo. Los ejércitos del General Cadorna siguen luchando en los Alpes, sin dar mayor empuje á su ofensiva. Italia rompió con Austria, pero no declaró la guerra a Alemania. Italia, no obstante sus aspiraciones en el Adriático, tampoco ha prestado su auxilio a los «aliados» en los Balkanes...

¿Cuál será la clave del «enigma italiano»?...

No lo sabemos, pero gracias a la «evolución» de Italia, no se ha turbado, para nosotros, la paz en el Mediterráneo.

***

España vió alejarse la tormenta hacia el Oriente con una sensación de alivio, que parecía ir en aumento al despejar un peligro inmediato para nuestras fronteras. El problema balkánico no afectaba nuestros intereses, y había de servir únicamente como campo de observación o balanza de nuestras simpatías.

La campaña austro-alemana en Rusia y en los Balkanes puede darnos idea del peligro que constituye para Europa la organización y el plan del *pangermanismo*. Alemania reveló allí toda su prodigiosa actividad, su fuerza militar extraordinaria, su ciencia estratégica y sus terribles medios ofensivos. Ni el bloqueo marítimo de sus costas, ni los efectos económicos de una guerra tan costosa, ni la paralización de su ofensiva en Francia, detuvieron su brazo destructor. La espada implacable de Alemania sigue a estas horas repartiendo tajos y mandobles en una frontera, y luego en otra, con increíble energía y ferocidad.

Para los entusiastas de las campañas históricas y de los memorables hechos de armas, esto es motivo de intensa admiración. Alemania, justo es reconocerlo, no decae en su furor bélico, lo cual demuestra que, no obstante sus abrumadoras bajas, está aún lejos del agotamiento. Reservas,

municiones, armamentos, parecen aumentar y multiplicarse, como esas cintas que surgen, ante un auditorio asombrado, del sombrero de un prestidigitador. Los planes de invasión se suceden y llevan a cabo con increíble rapidez. Contenido en Occidente, el Imperio Alemán se ha vuelto hacia el Oriente, poniendo en su ofensiva arrolladora todos los recursos materiales de una preparación militar de varios años.

Las victorias de las armas alemanas sobre las naciones aliadas se deben a la organización y premeditación de las primeras y a la imprevisión de las segundas. Mientras los Imperios centrales, ya dispuestos a la lucha, hasta en los más mínimos detalles, toman siempre la ofensiva y atacan impetuosamente a sus adversarios, éstos resisten la avalancha y prosiguen metódicamente su reorganización.

Así han realizado en unos meses lo que sólo se hace en varios años. Sus errores o sus reveses han sido debidos a ese retraso lamentable que no pudo detener la rápida acción del enemigo en Bélgica y en Servia. No se olvide tampoco la enorme superioridad estratégica de los Imperios centrales. Enlazados por sus fronteras y sus redes de ferrocarriles, tienen sus ejércitos, unidos, una facilidad de concentración para sus ofensivas de que carecen los países aliados, separados por grandes distancias que dificultan su esfuerzo colectivo.

Así, los gobernantes y estrategas de Londres,

París, Roma y San Petersburgo pierden tiempo yendo y viniendo de una capital a otra con sus entrevistas, conferencias diplomáticas y Consejos de Guerra.

Cada nación que firmó el Convenio de Londres conserva su individualidad propia y no admite tutelas de ninguna otra aliada. Para la «disciplina» y la «organización» guerrera son éstas desventajas que ha sabido eliminar Berlín, anulando a sus auxiliares.

El *pangermanismo* absorbente de su politica militarista ha hecho de Austria, de Turquía y de Bulgaria meros satélites del despótico Imperio de los Hohenzollern. Alemania hace sentir la férula de su autoridad incluso a las naciones que se unieron a su suerte. El Estado Mayor alemán es quien dirige toda la campaña de los Imperios centrales, dejando a los generales austriacos y turcos una apariencia de mando.

Austria, abandonada a sí misma, al comenzar la guerra, sufrió terribles reveses, que comprometieron el equilibrio del Imperio, ya tan dividido por sus diversas razas. Primero, el desastre de Servia, que rechazó impetuosamente la invasión austriaca, infligiéndola sangrientas derrotas. Después, en su flanco, la tremenda avalancha rusa devastando la Galitzia, tomando Prezmysl y sembrando el pánico hasta en Viena.

El imperio Austro-Húngaro fué entonces el punto culminante de la tragedia europea. La insuficiencia de sus medios parecía ya inclinar la

anhelada victoria a favor de Rusia y de los aliados. Por otro lado, los rumores balkánicos pintaban apuradísima la situación de Constantinopla por el ataque a los Dardanelos...

Entonces se llamó á Berlín, y Berlín acudió a la refriega, tomando el mando de las operaciones. En la memoria de todos está el cambio brusco de decoración, la retirada rusa de los Cárpatos, la lucha feroz del terreno palmo a palmo. Los morteros de Krupp llovían fuego sobre ejércitos agotados por una campaña durísima y por la escasez de municiones. Así, el triunfo del General Mackensen, nuevo ídolo de las huestes *germanófilas* que olvidaban ahora al viejo Hindenburg, pudo ser resonante. Las armas alemanas se adornaban otra vez de aureolas victoriosas, para embriagar de entusiasmo a su pueblo y añadir otras páginas a su brillante historia militar. La guerra de trincheras en Francia había agotado su paciencia y su anhelo de ofensivas vigorosas. En este fin de año de 1915 ningún ataque alemán rompía el frente, y el otoño reservaba a su Estado Mayor la ruda sorpresa del empuje francés en la Champagne, victoria que significaba menos por sus kilómetros de trincheras que por los miles de bajas causadas al enemigo entre muertos y prisioneros.

Pero el Aguila imperial había clavado sus garras en los flancos del Oso de las nieves; Austria se veía libre de enemigos, gracias a Berlín, que ahora la amarraba a su carro triunfal, arras-

trándola consigo hacia la inmensa Rusia. No cabe dudar que si estas victorias han fortalecido el patriotismo en Austria-Hungría, también habrán herido su amor propio. Bajo la férrea mano prusiana, los austriacos pierden su personalidad. No suenan para nada los nombres de sus estadistas ni de sus generales. No se oyen más nombres que los de Berlín. El poder de expansión del Imperio Alemán es tan enorme, que invade y anula a sus mismos aliados.

El *pangermanismo* pone todos sus recursos de organización para llevar a cabo ese vasto proyecto imperial que ha de unir a Berlín con Bagdad. Y así, durante la guerra, va haciendo la penetración pacífica de los países amigos sometidos a su férula. Dirige los servicios sanitarios en la frontera austro-italiana; toma el mando general de los ejércitos austriacos; hace de Turquía una colonia bajo la dirección de Von der Goltz. En los Dardanelos, los oficiales e ingenieros alemanes han convertido a Constantinopla en feudo del Kaiser luterano; nada se hace sin su aprobación. Bulgaria misma no escapa a esta severa tutela de inspectores germánicos y, a pesar de sus laureles militares, llegan a su capital «oficiales e ingenieros de Berlín», para demostrar a estos pueblos, ya bien aleccionados, que no pueden dirigir sus propios destinos sin la alta protección del Kaiser.

Las campañas de Rusia y de los Balkanes, al terminar el año 1915, han hecho revivir las es-

peranzas del *pangermanismo*, así como las ilusiones de los *germanófilos*. Ya daban por segura la victoria del Aguila imperial. Pero hemos visto que una guerra de tan vasta trascendencia no se gana solo con grandes acciones militares. Un triunfo de armas, hoy día, es más bien de un efecto moral que de un resultado práctico, y ese anhelado efecto moral de anular al enemigo en unas semanas, no pudieron lograrlo las «tenazas» estratégicas del General Mackensen y del Príncipe Leopoldo de Baviera. A pesar de sus bruscas ofensivas y de la toma de ciudades y de fortificaciones, el «desastre ruso» no tuvo las consecuencias que esperaban los *germanófilos*. Rusia es demasiado grande para que esas conquistas puedan afectar a la vida del Imperio, y Rusia aprendió una lección dolorosa al concertar la paz ruso-japonesa: supo, demasiado tarde, que, *a pesar de sus victorias militares*, el Japón, agotado, hubiese tenido que pedir la paz...

Y esta vez no se deja cohibir por la terrible impresión del momento.

La misma toma de Varsovia, que produce intenso júbilo en Berlín, ni trae la paz ruso-alemana ni provoca una revolución contra el Gobierno. En vano, Alemania, para desmoralizar al pueblo ruso, pregona el «ataque a Riga», el «sitio de San Petersburgo», sus vastos proyectos para «una campaña de invierno»... Rusia mira confiada al porvenir. Sabe que esa campaña de otoño ha sido una sangría horrorosa para su ad-

versaria, y sabe también que las nieves invernales causarán terribles daños al ejército y a la hacienda de Alemania. Mientras tanto, Rusia se prepara y se reorganiza para volver a la lucha con su acostumbrada tenacidad.

Las victorias germánicas en Rusia, el acostumbrado *bluff* de sus proyectos y de sus amenazas y su coalición en los Balkanes, contribuyeron a que los *germanófilos* vieran ya «próxima la paz» y el triunfo de Alemania sobre el mundo. Fué otra ilusión de los espectadores. La campaña balkánica resultó entonces un aspecto local de la guerra europea que no ha precipitado el fin de la tragedia.

Visto desde España el conflicto balkánico, es de escaso interés para nuestros destinos. Sólo puede influir para enardecer los ánimos de unos u otros partidarios. Los *germanófilos* han exagerado mucho su entusiasmo y aún más la trascendencia del «fracaso de los Dardanelos» y de la diplomacia aliada en los Balkanes, cosa que los mismos aliados han reconocido abiertamente. Pero con fracasar la tentativa naval contra Constantinopla, militarmente los ejércitos aliados han protegido el canal de Suez y contenido la invasión de Egipto.

Téngase en cuenta que para esa magna operación faltó el concurso de Grecia, dividida entre un Rey, sometido a Berlín por los lazos matrimoniales transformados en cadena, y un pueblo regenerado por un patriota y estadista como Ve-

nizelos, que libró a Grecia de sus politiquillos y caciques. Y en esa hora gravísima pudo más la influencia de la mujer alemana que la del gran político griego.

Ese conflicto reciente ha hecho resaltar una vez más la premeditación del *pangermanismo*, que ha preparado el terreno con su famoso *trust* de Príncipes, ligando las diferentes Cortes balkánicas al cetro de los Hohenzollern. Así, en Grecia, en Rumania, en Bulgaria, se han alzado frente a las aspiraciones populares, tanto el elemento palaciego como el elemento militar.

Y así, Fernando de Coburgo, el hombre de todas las apostasías religiosas y políticas, ahoga las simpatías de su pueblo por Rusia y se lanza a la lucha del brazo de Turquía, su enemiga de ayer. ¡Tal es la liga de intereses creados formada pacientemente por la diplomacia alemana, como una enredosa tela de araña, envolviendo a las potencias de la Cuádruple!

Del Oriente partió la chispa que incendió a Europa en 1914, y al terminar el año 1915 vuelve a reanimarse la hoguera en los Balkanes. Fracasada la primera invasión de Servia por los austriacos, vuelven a llamar en su auxilio a Berlín. Sin tiempo suficiente para recibir socorro por parte de los aliados, Servia resiste heroicamente la avalancha de Austria, de Alemania y de Bulgaria. Las tres naciones tuvieron que coaligarse para «aplastarla»; los tres buitres se unieron para desangrar a ese pueblo feroz y guerrero.

La defensa que los servios han inmortalizado en la historia de esta guerra, lava, en gran parte, los trágicos sucesos del Konac, manchado con la sangre de sus difuntos Reyes. El valor, la abnegación y el sacrificio de su ejército y su pueblo borrarán el estigma del crimen execrable.

La conquista de Servia no es, ciertamente, una brillante página en la historia militar de los Imperios centrales. Contenidas sus grandes ofensivas en Francia como en Rusia, el *pangermanismo* no logró llevar a cabo más que la primera parte de su vasto programa internacional. Dos «naciones débiles», sin «derecho a la vida», han perecido, exprimidas bajo las garras del Aguila prusiana. Son Bélgica y Servia, sacrificadas en el altar de Marte por el furor teutónico.

***

España, con verse libre de la guerra, no se ha visto libre en el interior de una de las mayores calamidades que afligen nuestra política: las frecuentes «crisis» gubernamentales. La guerra europea ha perdido momentáneamente su interés entre nosotros, fijándose la opinión pública en la lucha parlamentaria, alrededor de la cual parece girar toda la vida española. Unas semanas, unos días, han bastado para cambiar, bruscamente, el decorado nacional.

Estas páginas reflejan las diversas fluctuaciones de nuestra situación interna; termina mi li-

bro con la caída del partido conservador y la subida al poder del partido liberal bajo la presidencia del Conde de Romanones.

Siempre fué un vicio lamentable de nuestra política esas crisis de partido turnando cada dos años y renovando su propio personal con frecuentes cambios de carteras, que suelen premiar la intriga y casi nunca el mérito. La obra de nuestros gobernantes se reduce, por lo general, a la muy compleja tarea de evitar conflictos parlamentarios; no da más de sí el tiempo concedido por las oposiciones para gobernar. Así se explica nuestro estancamiento en los vastos proyectos de reconstrucción nacional, la discontinuidad en el rumbo del Estado, la variedad ó la incoherencia en las esferas oficiales y la desconfianza en la opinión pública. Flota siempre en el ambiente un amargo escepticismo en cuanto a los políticos que, sin preparación o aptitudes definidas, van encargándose de diversos Ministerios con igual fe en servir a su partido como en salvar a la patria. Lo que dispone un ministro suele derogarlo el sucesor. Las medidas eficaces de gobierno se estancan en el Parlamento y se reducen a efectos de oratoria. El personal de los Ministerios ve desfilar con una indiferencia harto comprensible a los distintos hombres públicos llamados, muy a menudo, a ejercer una dirección o una subsecretaría con menos conocimiento de los asuntos que el último de los funcionarios...

Pero hay en toda esta triste rutina política, lla-

mada a desaparecer, un peligro mayor para España en el orden internacional: nuestra inestabilidad gubernamental dependiendo siempre de una vida efímera, llena de achaques y dificultades, sirve a maravilla los resortes de la diplomacia extranjera. Si un Gobierno español da muestras de habilidad o de energía ante la presión de tal o cual potencia europea, bastará, por parte del gobierno extranjero, dejar que el tiempo haga su obra demoledora. Saben, más allá de la frontera, que en España un gobierno, conservador o liberal, no dura, ahora, un «quinquenio»; dos años suele ser la medida que conceden las minorías parlamentarias para que el otro partido «turnante» provoque un conflicto cualquiera y tome, aunque sea por asalto, el averiado timón del Estado.

Y esto, con ser fatal en tiempos normales de paz, puede ser de consecuencias deplorables para España en plena guerra europea... Queda, otra vez, la obra estancada, cambian los gobernantes, varía forzosamente la orientación de nuestra política internacional y nos vemos de nuevo reducidos a la mezquina política local, a una hora en que todos los partidos debieron calmar sus inquietudes o sus apetitos en bien de la situación de España frente a Europa.

El Gabinete Dato, justo es reconocerlo, había tranquilizado la agitada opinión pública, al estallar la guerra, declarando nuestra neutralidad. Esta neutralidad supo mantenerla el Sr. Dato a satisfacción de todos, digan lo que quieran algu-

nos adversarios cegados por el odio de partido. Atento a no crear conflictos interiores, el entonces Presidente del Consejo prohibió mitins y manifestaciones que habrían dado lugar a muy graves disturbios. Logró, también, que el Parlamento no desencadenara las pasiones nacionales abordando, en sus debates, el peligroso tema de la guerra. Su prudente actitud personal impúsole el silencio frente a los que pretendían sonsacarle comprometedoras declaraciones periodísticas, y el país supo agradecerle esas medidas preventivas que mantuvieron, en la hora culminante, el equilibrio de España.

Los que acusan al Sr. Dato de haber servido únicamente los intereses de los «aliados», contra la verdad de los hechos, olvidan que si la prensa francesa y las Cámaras en Inglaterra agradecieron su actitud, no hubo protestas de los Gabinetes de Berlín o de Viena contra el proceder de nuestro Gobierno. Intentó éste, sobre todo, velar por los intereses de España, como lo demostró cuando fué comprobado el fusilamiento, en Lieja, de nuestros compatriotas y el hundimiento de nuestros barcos por los alemanes.

No es necesario encarecer aquí la intervención tan eficaz de la diplomacia española, tomando entre manos la representación y los intereses de unos y otros beligerantes en las distintas capitales europeas. Por su benéfica influencia en los asuntos exteriores, debida a su rigurosa neutralidad, España ha sido, entre las

potencias neutrales, la que más ha interesado a la opinión extranjera después de los Estados Unidos. Las gestiones del Rey D. Alfonso XIII consiguiendo indultos de los distintos soberanos de los países beligerantes, los halagos cada vez más señalados que recibíamos de Europa y de América, todo, en suma, parecía señalar a España un papel importante en la futura Conferencia de la Paz...

Mas era necesario prepararse, no sólo con buenas palabras, y tras del nuevo proyecto naval se imponían forzosamente las reformas militares... Y, sin embargo, aunque en el ánimo de todos pesaba esta necesidad de romper viejos moldes y rutinas, el Parlamento quiso dar, al parecer, nuevas armas a los que juzgan estéril y funesto el régimen parlamentario. El proyecto de reformas militares, proyecto más burocrático que técnico, se estrelló en las Cortes contra las rectificaciones, las enmiendas y los mil recursos que emplean las oposiciones parlamentarias, más atentas, a veces, a satisfacer intereses de partido que aspiraciones nacionales.

Y partió la oposición del propio Conde de Romanones, que, días antes de la caída del Gobierno conservador, había revelado al país todas las deficiencias de nuestra organización militar y defensa de fronteras, con una franqueza algo desconcertante en quien ha asumido ya las responsabilidades del Gobierno. En el naufragio de esperanzas salió a flote, sin embargo, la creación

del Estado Mayor Central. Algo es algo; pero del «asalto al poder» que, según el Sr. Dato, dieron los liberales, pesa ahora una enorme responsabilidad sobre los hombres de dicho partido, que el país ha de exigirles a su hora.

Las reformas militares y financieras y la situación internacional son problemas que indudablemente ha de resolver el partido liberal, puesto que, en una tan grave crisis histórica, ha recogido ávidamente la herencia gubernamental. Esta crisis política, o sea la subida al poder del Conde de Romanones, hubiese provocado una verdadera tempestad en la opinion pública unos meses antes. Pero no ha pasado nada, lo cual prueba que el tiempo ha calmado mucho las pasiones y atenuado los recuerdos. La combinación de «altos cargos», las futuras elecciones vuelven a recordarnos la rutina de nuestro *caciquismo* parlamentario. La vuelta del Sr. Maura a la política activa se refleja no sólo en el entusiasmo de sus huestes, sino en el aplauso que el partido maurista prodiga al Gabinete Romanones, de quien antaño no quiso «recoger la herencia», y de quien ahora espera, al parecer, la regeneración de España.

El problema internacional es para nosotros de enorme trascendencia y estamos ligados, aunque indirectamente, al conflicto europeo. Según dirijan nuestros políticos el timón de la nave del Estado, naufragarán nuestras esperanzas o llegarán a las costas de la prosperidad. Asistimos

a uno de los cataclismos más universales que registra la Historia; sus consecuencias han de sentirlas hasta las generaciones venideras, y transformarán la sociedad, las constituciones, la hacienda, las artes, la literatura... España, que ha sabido evitar la guerra, ha de saber afrontar la paz con sus peligros, porque en ella han de surgir o desaparecer nacionalidades...

Trabajemos, pues, para orientar a nuestra patria hacia una mayor actividad en la obra anhelada de la reconstrucción nacional. Ya no tienen razón de ser los amargos pesimismos que afligieron el alma española después de los desastres de 1898. La España que hoy labora en Universidades y en Ateneos, en escuelas y en laboratorios, en la prensa y en los libros, acabará pronto con la España de las deficiencias políticas y administrativas. Esa es la victoria que puede traernos la guerra...

Pero volvamos la mirada al horizonte ensangrentado de Europa, que aún no ha terminado la tragedia mundial.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Al lector	v
I.—Los progresos de la civilización	1
II.—La neutralidad y la opinión	17
III.—La neutralidad, la prensa y el Gobierno	29
IV.—El germanofilismo	49
V.—Don Quijote y el Kaiser	67
VI.—El peligro pangermanista. (Deutschland über alles)	89
VII.—El caso de Bélgica	111
VIII.—Francofilismo	137
IX.—Hablan los políticos	161
X.—Los «intelectuales» y la guerra	189
XI.—La actitud de Inglaterra	217
XII.—Europa en 1915. (Un año de tragedia)	243

292213
Author Alcalá Galiano, Alvaro
Title España ante el conflicto europeo.
HSp
A 3467e
DATE.
NAME OF BOR

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU